

ゼロの使い魔

ヤマグチノボル



ゼロの使い魔

Zero no Tsukaima

Noboru Yamaguchi

Ilustraciones por Eiji Usatsuka



Derechos de autor

Trabajo original de Noboru Yamaguchi.

Ilustraciones originales por Eiji Usatsuka.

Traducción japonés-inglés de Baka-Tsuki.

Distribuye esta obra de manera libre, sin ánimo de lucro, sin modificar su contenido y citando a los autores originales y al equipo que ha trabajado en la traducción. Si es licenciada en tu país, por favor, deja de distribuir esta traducción.

Gracias.

Equipo

Traducción de **Tanzaku**, **Kapia** y **Pen^pen**

Ilustración del índice por **Crash**

Corrección y presentación (2014) por **Slayer**



Noboru Yamaguchi

Noboru Yamaguchi (Japón, Prefectura Ibarki, 11 de febrero de 1972 - 4 de abril de 2013) fue escritor de novelas ligeras orientado a un público joven y diseñador de escenarios de videojuegos. Ganó fama y prestigio a raíz de la novela ligera y novela visual *Zero no Tsukaima*.

En julio del 2011 se informa de que Noboru Yamaguchi padece de un cáncer avanzado descubierto en febrero de ese año y que no podía ser tratado en ese momento. Debido a las operaciones a las que se sometió tuvo que cesar el trabajo con su novela en varias ocasiones. Yamaguchi falleció el 4 de abril del 2013 a la edad de 41 años.



* ÍNDICE *

El Reino de la Magia

* Capítulo 1	
Yo soy un Familiar	8
* Capítulo 2	
Louise la Zero	27
* Capítulo 3	
Leyenda	41

Gandalf

* Capítulo 4	
El día de un familiar	68
* Capítulo 5	
Kirche, la Ardiente	81
* Capítulo 6	
El Vendedor de Armas de Tristain	93
* Capítulo 7	
Fouquet de la Tierra Derribada	105
* Capítulo 8	
El Báculo de la Destrucción	115

ゼロの使い魔

ヤマグチノボル

ゼロの使い魔

ヤマグチノボル

MF文庫



Capítulo 1

Yo soy un Familiar

—¿Quién eres tú? —preguntó una muchacha mientras miraba a Saito de arriba a abajo y con el cielo de color azul claro detrás de ella.

Parecía tener la edad de Saito. Llevaba una capa negra y, por debajo, vestía una blusa blanca y una falda de color gris. La muchacha se arrodilló y miró con detenimiento la cara de Saito.

«Su cara... Es preciosa». Sus ojos rojizos bailaban dulcemente en su blanca y lisa piel y su pelo era de un precioso color fresa. «Tiene pinta de ser extranjera. No, seguro que es extranjera. Una preciosa extranjera. ¿Será mitad japonesa? Mmm... Pero eso que lleva debe de ser un uniforme de alguna escuela, ¿no? Aunque no sé cuál».

Durante todo este tiempo Saito estuvo tumbado en la hierba. Miró hacia el cielo, no sabía cómo había llegado hasta allí. Levantó la cabeza, observó a su alrededor y se percató de que le estaba mirando mucha gente con cara de curiosidad. Todas ellas llevaban capas negras y, a lo lejos, tras el infinito campo verde que cubría la tierra consiguió divisar un castillo enorme hecho de piedra, muy parecido a los de las fotografías que salen en esos reportajes de viajes sobre Europa.

«Esto tiene que ser un sueño. Mi cabeza... me duele».

—¿Que quién soy...? Soy Hiraga Saito —respondió tras agitar su cabeza.

—¿De dónde eres, plebeyo?

«¿Plebeyo? ¿A qué diablos se refiere?» Todos los de su alrededor portaban una especie de vara en la mano y llevaban el mismo uniforme que esa chica. «¿Será una escuela americana o algo así?»

—Louise, ¿qué intentas hacer invocando a un plebeyo mediante el *Ritual Sagra-*do? —preguntó alguien y todos comenzaron a reír.

—Yo... yo sólo he cometido un pequeño error.

Y una chica que estaba delante de Saito preguntó con una suave voz:

—¿A qué fallo te refieres? Admítelo, eso es típico en ti.

—¡Por supuesto! ¡No en vano eres Louise *la Zero*! —gritó alguien, y todos de repente empezaron a morirse de la risa.

Parece que se refieren a la chica de antes. Se llama... Louise.

«De todas maneras, esto no es ninguna escuela americana. Nadie nunca podría ver ese tipo de edificios en ningún lado. ¿Será algún tipo de película? ¿Qué estarán haciendo?» Todas estas dudas asaltaron repentinamente la cabeza de Saito. «No, esto

es demasiado grande para una película. ¿Desde cuándo existe este tipo de paisajes en Japón?, Puede que sea un parque nuevo, pero entonces, ¿qué hacía durmiendo en un sitio así?»

—¡Señor Colbert! —gritó Louise.

La gente se apartó revelando a un hombre de mediana edad. Saito pensó que era divertido porque el hombre estaba haciendo el ridículo. Llevaba un palo enorme e iba cubierto con un traje negro. «¿A qué viene eso? Va vestido como un mago. ¿Estará loco? Ya está, lo tengo, esto tiene que ser una reunión de *cosplay*. Pero no parece haber ese tipo de ambiente».

De repente a Saito se le pasó por la cabeza una idea escalofriante. «¿Qué hago si esto resulta ser una secta religiosa? Es posible. Ellos quizás me durmieron de alguna manera y me trajeron hasta aquí mientras daba un paseo por la ciudad. Eso es, todo esto tiene que ser una trampa, no hay otra explicación posible». Saito pensó que lo más recomendable era estarse quietecito y callado hasta entender qué es lo que se cocía allí.

La chica a la que llamaron Louise estaba muy nerviosa, no paraba de hablar diciendo cosas como 'déjeme intentarlo de nuevo', o 'se lo ruego', al mismo tiempo que agitaba los brazos frenéticamente. «Me da pena la pobre, estar en esta extraña secta religiosa siendo tan guapa».

—¿Qué ocurre, señorita Vallière?

—¡Por favor! ¡Déjeme intentar el ritual de invocación una vez más!

«¿*Ritual de Invocación*? ¿Qué cojones es eso? Creo que ya estuvieron hablando sobre eso antes».

El señor Colbert, el que usaba ese traje negro tan raro, meneó la cabeza de un lado a otro.

—No puedo permitir eso, señorita Vallière.

—Pero, ¿por qué no?

—Es la regla. Cuando te haces estudiante de segundo año tienes que invocar a tu familiar, cosa que acabas de hacer.

«¿Un familiar? ¿Qué es eso?»

—Tu especialidad elemental es decidida por el familiar que convocas. Eso te permite avanzar a los cursos especializados de dicho elemento. No se puede cambiar de familiar una vez sea convocado, porque convocar a un *familiar de la primavera* es un rito sagrado. Que te guste o no el familiar que invocaste es cuestión de suerte, pero sea lo que sea debes aceptarlo como tu familiar.

— ¡Pero...! ¡Nunca había oído hablar de alguien que tuviera un plebeyo como familiar! —cuando Louise dijo eso todo el mundo empezó a reírse.

«¿Convocar a un *familiar de la primavera*? ¿Qué es eso? No entiendo nada. ¿De qué están hablando? Cómo he llegado hasta aquí... Tiene que ser una de esas nuevas religiones. En cuanto se me presente la oportunidad me largo de aquí. Pero, espera, ¿dónde estoy? ¿Me llevaron a un país extranjero? ¡Un secuestro! ¡Me han secuestrado! Estoy en un gran aprieto» pensó Saito.

—Esto es una tradición, señorita Vallière. Y no se permiten excepciones. Él —el mago *cosplayer* de mediana edad señaló hacia Saito— puede que sea un plebeyo, pero ya que fue convocado por ti tiene que ser tu familiar. Nunca antes en la historia un plebeyo había sido convocado como familiar, pero no por ello se hará una excepción. Por lo tanto, él será tu nuevo familiar.

—Estarás de broma... —Louise inclinó los hombros en señal de decepción.

—Bien entonces, que continúe la ceremonia.

—¿Qué? ¿Con él?

—Sí, con él. Démonos prisa. La clase siguiente está a punto de comenzar o, ¿cuánto te piensas que lleva invocar? Después de ir error tras error, finalmente conseguiste invocarle. Venga, date prisa y haz un contrato —todos asintieron y empezaron a reírse de Louise.

Louise miró fijamente a Saito como si estuviera preocupada.

«¿Qué pasa? ¿Qué me va a hacer?»

—Oye —dijo Louise a Saito.

—¿Sí?

—Deberías estarme agradecido. Normalmente nadie recibe esto de parte de un noble en toda su vida.

«¿Noble? ¿Qué noble? Menuda estupidez. Si no sois más que un puñado de bichos raros metidos en una loca nueva religión».

Louise cerró los ojos con cara de resignación. Agitó el bastón de madera que tenía en su mano.

—Mi nombre es Louise Françoise le Blanc de la Vallière. Que el pentágono que guarda los cinco poderes elementales bendiga a este ser humilde y lo haga mi familiar —repitió una y otra vez las mismas palabras, como si fuera un conjuro mágico. Tocó la frente de Saito con el bastón. Sus labios se iban acercando poco a poco.

¡¿Pe... pero qué haces?!

—Sólo quédate quieto —dijo Louise con un tono de enfado en su voz. Su cara se



iba acercando más y más.

—Oye, espera... no... no estoy listo todavía...—Saito se aterrorizó y giró la cabeza.

—¡Ah, Dios! Te dije que estuvieras quieto. —Y entonces Louise sujetó con su mano izquierda la cabeza de Saito.

—¿Eh?

—Mmm...

Los labios de Louise se tocaron con los de Saito.

«¡¿Qué?! ¡Pero bueno! ¡¿Qué tipo de contrato es este?!» El tacto de los suaves labios de Louise confundía todavía más a Saito. «¡Mi primer beso! ¡Mi primer beso me lo robó una total desconocida en este lugar de locos!» Saito quedó paralizado en el sitio.

Louise retiró sus labios.

—Hecho.

«Su cara está roja. ¿Es qué ahora se avergüenza de lo que hizo? Será idiota» pensó Saito.

—¡Soy yo el que debería estar avergonzado, no tú! ¡Fuiste tú la que me besaste de repente!

Pero Louise ignoró por completo ese último comentario.

«¿Aún por encima de que me besas no me haces caso? Qué grosera. ¡¿Quiénes son?! Tengo miedo. Quiero irme a casa ahora mismo y meterme en Internet» pensó.

Saito había abierto hace poco una cuenta y quería ver si tenía algún *e-mail*.

—Fallaste en el *Ritual de Invocación* varias veces, pero acabas de hacer a la primera el *Contrato del Familiar* —dijo muy contento Colbert.

—Dio hecho el contrato porque su familiar es un simple plebeyo.

—Si hubiera sido una bestia mágica, nunca hubiera conseguido hacer el contrato —a raíz de estos comentarios varios estudiantes empezaron a reírse.

—¡No os riais de mí! ¡Aun de vez en cuando hago las cosas bien! —les contestó Louise.

—Eso seguro que ‘muy de vez en cuando’, Louise *la Zero*. —se burló una chica que tenía el pelo rizado y pecas en la cara.

—¡Señor Colbert! ¡Montmorency *la Bebé* acaba de insultarme!

—¿A quién estás llamando bebé? ¡Yo soy Motmorency *la Perfumada*!

—Oí que mojabas la cama como un bebé, ¿no? ¡*La Bebé* te queda que ni pintado!

—¡Pero cómo te atreves, Louise! ¡A ti sí que te queda bien Louise *la Zero*!

—¡Escuchad! Los nobles tienen que demostrarse el respeto apropiado —dijo el

hombre de mediana edad y se interpuso entre ellas para detenerlas.

«¿De qué están hablando? ¿Un contrato? ¿*Contrato del Familiar*? »

De repente, el cuerpo de Saito empezó a calentarse.

—¡Aaah! —gritó Saito con la mirada perdida hacia arriba. ¡Quema!

—Tranquilízate, las *Runas de los Familiares* aparecerán pasado un rato —dijo Louise enfadada.

—¡No quiero esto! ¡¿Qué me estáis haciendo?!

«No hay nada que pueda hacer, pero no puedo quedarme quieto tan tranquilamente. ¡Hace demasiado calor!»

—A propósito.

—¿Qué?

—¿Piensas que se te puede perdonar el lenguaje que usaste antes con los nobles?

La sensación de calor duró sólo unos instantes. Inmediatamente su cuerpo volvió a la normalidad.

—Qué rápido...

El supuesto mago llamado Colbert se arrodilló ante Saito, y comprobó el dorso de su mano izquierda. Ahí acababan de aparecer unas letras muy extrañas.

«¿Y estas letras? Parecen que siguen un extraño patrón». Saito las miró fijamente y pensó «si esto no es un truco entonces, ¿qué es?»

—Mmmm...

Llegado a este punto Saito ya no sabía que pensar.

—Son unas runas muy inusuales —exclamó el mago de las pintas raras.

—¡¿Quiénes son?! —gritó Saito, pero nadie reaccionó.

—Bien, volvamos a clase.

Dicho esto el mago se giró, se levantó y empezó a alzarse suavemente en el aire. Y entonces Saito entró en estado de shock.

«¿E... está volando? ¿Está flotando en el aire? ¡No puede ser!» Y los demás, que parecían estudiantes, también empezaron a flotar. «¡No puede ser! ¿Los demás también? Una persona aún vale, porque podría volar gracias a algún truco, pero, ¿todos?» Saito empezó a buscar algún cable o alguna grúa, pero no había nada que se pareciera a algo así.

Todos los que estaban volando empezaron a dirigirse al castillo de piedra.

—¡Louise! ¡Síguenos! ¡No te quedes atrás!

—Ella no puede volar, no sabe utilizar la levitación.

—¡Un plebeyo es el familiar perfecto para ti! —dijeron los estudiantes que ya estaban bastante lejos.

Los únicos que quedaban allí eran Saito y la chica llamada Louise, y tan pronto como se quedaron ellos dos solos Louise dio un fuerte suspiro, se dio la vuelta hacia Saito y le gritó:

—¿Quién narices eres tú?!

Eso hizo que Saito se enfadara. «¡Eso debería preguntarlo yo!, ¿No crees?» pensó.

—¿Quién eres tú? ¿Qué es este lugar?! ¿Quiénes son esas personas y por qué podían volar?! ¿Qué le hiciste a mi cuerpo?!

—No sé de dónde vienes, pero te lo explicaré.

—¿Un país? Esto es una zona remota perdida en el culo del mundo, ¿no? ¡Porque Tokio no se parece en nada a esto!

—¿Tokio? ¿Dónde queda eso?

—En Japón.

—¿Cómo? Nunca había oído nada parecido.

—¡Oh! ¡por favor! ¿Dime cómo conseguisteis volar?! ¡Tú también les viste! ¡Volaron! ¿Cómo lo hicieron?! ¿Eh? ¿Eh?

Pero Louise no le hizo caso, es como si dijera '¿qué tiene eso de raro?'

—Por supuesto que volaron. Somos magos, ¿Cómo no íbamos a poder hacerlo?

—¿Magos? ¿Qué es este lugar?! —preguntó Saito intrigado.

—¡Esto es Tristain! ¡Y esta es la prestigiosa Academia de magia de Tristain!

—¿Academia de magia?

—Yo soy una estudiante de segundo año, Louise de la Vallière. Y ahora soy tu ama. ¡Recuerda eso!

De repente toda la intriga de Saito desapareció. Tenía un mal presentimiento de todo esto.

—Eh... señorita Louise...

—Dime.

—¿En serio me invocaste?

—Eso es lo que he estado intentando decirte todo este tiempo una y otra vez hasta que me cansé. Yo quería invocar a una criatura que sobrepasase a la de los demás, algo como un dragón, un grifo, una salamandra. O por lo menos un águila o un búho.

—¿Un dragón? ¿Un grifo? ¿A qué te refieres?

—Pues eso, sólo decía que deseaba tener alguna de esas criaturas como familiar.

—¿De verdad existen?

—Pues claro. ¿Por?

—Tienes que estar tomándome el pelo —dijo Saito riéndose. Pero en cambio Louise seguía seria, sin inmutarse.

—Bien, probablemente nunca antes los habías visto —dijo Louise con un tono de compasión en su voz.

No parecía estar bromeando. Repentinamente todo encajó: los magos que vuelan, los conjuros. De repente sintió como una extraña sensación recorría su espina dorsal que explotó en un sudor frío.

—Entonces... vosotros sois... ¿magos y magas?

—¡Sí! ¡Lo somos! ¡Y ahora que lo vas pillando súbete a mis hombros y vámonos! ¡No debes ni tan si quiera dirigirme la palabra!

—Un sueño... Esto tiene que ser un sueño... —entonces, como por arte de magia, su fuerza lo abandonó, y Saito cayó de rodillas.

—Louise —dijo con una voz débil.

—No me llames directamente por mi nombre.

—Golpéame.

—¿Qué?

—Golpéame tan fuerte como puedas en la cabeza.

—¿Por qué?

—Quiero despertar de este sueño. Despertaré y entraré a internet. La cena de hoy será un delicioso filete hamburg. Mi madre lo ha dicho esta mañana.

—¿Internet?

—No es nada. Después de todo tú formas parte de mi sueño, así que no es necesario que te preocupes. Ahora lo único que quiero es despertar.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo, pero quieres que te golpee, ¿no? —Louise apretó fuertemente sus puños.

—Sí, por favor.

Sus puños comenzaron a temblar. La expresión de Louise era indescriptible, pero parecía que pasaban muchos pensamientos por su cabeza.

—¿No te importa para nada el que te haya convocado?

—Y yo qué sé.

—¿Cómo pude yo, la tercera hija de la familia Vallière... una noble orgullosa de su antiguo linaje tener como familiar a un plebeyo como tú?

—Y yo qué sé.

—¿...Y tener que besarte para cerrar el trato?

—Y yo qué sé. Sólo hazlo y terminemos rápido con esto. Odio las pesadillas.

—¿Pesadillas? ¡En tal caso las tendré yo! —Y entonces Louise le propinó un puñetazo con todas sus fuerzas en la cabeza— ¡Fue mi primer beso!

«Quizás ella fue un poco demasiado dura...» Pensó Saito, que se había desmayado.

Hiraga Saito. Diecisiete años y está haciendo el segundo año de instituto. Capacidad atlética: normal. Notas: normales. Tiempo sin novia: diecisiete años. Total: sin puntos positivos o negativos. Opinión del profesor: 'Ah, Hiraga. Él nunca se rinde y es un chico muy curioso, pero un poco torpe'. Opinión de los padres: 'debes estudiar más, eres muy torpe'.

Aun siendo así de torpe rara vez se mete en problemas y acepta más o menos a la mayoría de la gente con todas sus diferencias. Pero antes, al ver volar a todas esas personas, fue demasiado para él, pero teniendo en cuenta que cualquier persona normal habría sufrido un shock y se habría caído de rodillas debe dar gracias a su forma de ser. Y para empeorar las cosas es muy impulsivo y casi siempre actúa sin pensar. También tiene un espíritu muy competitivo y en ese sentido su forma de ser es bastante parecida a la de Louise.

De todas formas, hace treinta minutos escasos Saito estaba en La Tierra, concretamente en Japón caminando bajo el cielo de la ciudad de Tokio. Saito estaba de camino a casa, había ido a recoger su ordenador portátil que lo había llevado a reparar. Estaba muy feliz, sobre todo por el hecho de que por fin volvía a tener Internet. Hace poco obtuvo una cuenta y había conocido a una chica que posiblemente podría llegar a ser novia suya. Aunque lo que quería de verdad era cambiar el ritmo de vida monótona que llevaba. Sin embargo, su cambio no vendría de Internet, vendría de en medio de la calle.

Estaba de camino a casa, ya había pasado la estación de tren cuando de repente un espejo brillante apareció delante de él. Saito se paró y pasó un buen rato observándolo (recordad que su curiosidad es mayor que la de una persona normal). Tenía forma de elipse, era bastante grande y debía tener dos metros de alto por un metro de ancho. En ese instante se percató de que el espejo estaba flotando en el aire. Eso había picado su curiosidad. «¿Qué tipo de fenómeno natural es este?» se preguntaba mientras inspeccionaba el brillante espejo.

«No tengo ni idea. Nunca he visto o he oído hablar de un fenómeno como este». Pensó que lo mejor sería pasar de él, pero la curiosidad mató al gato y pudo con él.

Quería tocarlo, sentirlo, caminar a través de él. «No, no debo», se dijo a sí mismo. «Pero es que está tan cerca...» pensó. Primero hizo una prueba, lanzó una piedra contra el espejo y ésta se perdió en su interior. «Ajá», pensó. Se fue a comprobar que la piedra no estaba al otro lado del espejo y así era, la piedra había desaparecido. Sacó las llaves de casa de su bolsillo y tocó con la punta de las llaves el espejo.

No pasó nada.

Quitó la llave, lo examinó pero no había nada diferente en ella. Así que Saito pensó que de principio no corría ningún peligro si entraba ahí dentro y se vio tentado a entrar. Al final, aun sabiendo que no debía hacer esto siguió caminando. Era como abrir un manga sólo que después te acuerdas de que tenías que estudiar.

Inmediatamente lo lamentó pues una intensa descarga eléctrica embotelló sus sentidos. De repente se acordó de su niñez, cuando su madre le había comprado una extraña máquina, que supuestamente había fabricado con anterioridad una inteligente persona y que funcionaba con electricidad, pero eso le produjo una descarga que recorrió todo su cuerpo.

La sensación de ahora era muy parecida. Saito se desmayó, y cuando abrió los ojos... se encontraba en un mundo de ensueño.

—¿Es eso verdad? —preguntó Louise, mirando a Saito con una expresión de incredulidad. En su mano, tenía el pan de la cena de anoche.

Estaban en la habitación de Louise que debía tener unos 12 tatamis. Había una ventana al sur de la habitación, la cama estaba en el lado oeste, la puerta al norte y el enorme ropero al este. Todos los muebles parecían ser antigüedades muy valiosas.

Louise había traído aquí a Saito aprovechando de que estaba desmayado. Intentaba ignorar el dolor que sentía en su cabeza después del golpe anterior que le había dado.

—¿Dónde diablos estoy? —preguntó. Saito nunca había sentido tan poca curiosidad hasta hoy.

«Nunca debí haberme metido en esa cosa. Esto no es Japón. Ni si quiera es La Tierra.» Si hubiera una nación en donde los magos existieran y pudieran volar por el cielo, aunque sólo fueran unos pocos, tendría que haberlos estudiado en las clases de geo-

grafía de la escuela. Y aunque existieran, ¿qué pasa con esas lunas enormes que están en el cielo? Esas lunas fácilmente podrían ser el doble de grandes que La Tierra. No es muy normal, pero en algunas ciudades a veces hay noches como esa. Sin embargo, lo raro no es eso, lo raro es que hay dos lunas. ¿Es que se han multiplicado las lunas sin que Saito se diese cuenta? «No. Es imposible. En otras palabras, esto no es La Tierra».

Todo estaba oscuro. La noche ya había caído. «Seguro que mi familia está muy preocupada por mí» acabó pensando con tristeza.

Desde la ventana podía ver el extenso césped verde en el que estuvo tumbado. Al fondo del todo, iluminado por las lunas, podía ver una alta montaña. Y a su derecha se discernía un vasto bosque. Saito dejó salir un suspiro. «Apenas hay bosques como éste. Es totalmente diferente a Japón».

Los jardines de la Academia que había cruzado eran muy parecidos a los de los castillos de la Edad Media. Hubiera sido todo un espectáculo ver aquello si estuviera aquí de viaje. Arcos en las entradas y escaleras robustas ambas hechas de piedra. Así era la Academia de Magia de Tristain por lo que le explicó Louise. Todos los estudiantes vivían en habitaciones situadas en los jardines de la academia.

«¿Academia Mágica? ¡Maravilloso! ¿Dormitorios? ¡Genial! ¡Es igual que una película! ¡Pero no es para nada La Tierra!»

—No puedo creerlo.

—Mira, ni yo.

—De otro mundo... ¿Pero qué dices?

—Allí no hay magos y sólo hay una luna.

—¿Pero eso existe?

—¡Te estoy diciendo que es de donde yo vengo! —Le gritó Saito.

—No me grites, plebeyo

—¿A quién estás llamando plebeyo?!

—Tú no eres mago, ¿verdad? Pues eso, plebeyo.

—¿Qué importa que sea o no un mago?

—Oye, ¿es qué no eres de este mundo o qué?

—¡No soy de este mundo como ya he estado diciendo durante todo este tiempo!

En ese instante, Louise puso los codos sobre la mesa al mismo tiempo que una mirada penetrante inundaba sus ojos. Encima de la mesa había una lámpara bastante antigua. Su luz que oscilaba de lado a lado llenaba la habitación de un resplandor pálido. Parecía como si no se utilizase la electricidad.

«Dios, no es tan complicado instalar electricidad, ¿no? Me siento como si estu-

viera en la cabaña de ese viejo extranjero que fuimos a visitar hace unos años yo y mi familia. Espera, instalar... o puede que sea que...»

—Ya entiendo.

—¿Qué entiendes? —preguntó Louise con curiosidad.

—Esto es uno de esos programas de cámara oculta. Y todos vosotros estáis com-pinchados, ¿no?

—¿'Cámara oculta'?

—Pararon de grabar porque alguien se hizo daño, pero no teníais material para seguir después, así que volvisteis a la antigüedad, ¿eh? Entonces, ¿dónde está la cámara?

—¿De qué estás hablando?

Saito saltó encima de Louise.

—¡Aahh! ¡¿Pero qué haces?!

Tiró la silla, y cayó encima de Louise.

—¿Dónde está el micrófono? ¿Aquí?

Agarrándola fuertemente empezó a desabotonarle la blusa. Sin embargo, una fuerte patada a la ingle hizo que se quedase tirado en el suelo por el dolor.

—Gaaaaaaaargh...

—¿Có-cómo te atreves?... A una noble como yo... —dijo Louise que estaba al lado de Saito, y temblando furiosamente por todas partes.

«Con este dolor tan intenso...» pensó «...definitivamente no debe ser un sueño, ni la Tierra. Es un mundo totalmente diferente».

—Por favor...

—¡¿Qué?!

—Envíame de vuelta a casa...

—Eso es imposible.

—¿Pero por qué...?

—Porque has firmado un contrato como mi familiar. Da igual de donde seas, si del campo o de otro mundo. Una vez se ha hecho no hay vuelta atrás.

—Debes estar de broma...

—¡Mira! ¡A mí tampoco me gustas! ¡¿Por qué me tuviste que tocar como familiar?!

—Bien, entonces, envíame de vuelta.

—¿De verdad vienes de otro mundo? —preguntó Louise todavía sorprendida.

—Sí —cabeceó Saito.

—Enséñame alguna prueba.

Haciendo una mueca de dolor por la patada que le propinaron recientemente se levantó y abrió su maletín.

—¿Qué es esto?

—Un ordenador portátil.

La superficie del ordenador que fue arreglada recientemente brillaba frente a la luz de la lámpara.

—Sinceramente, nunca había visto nada igual. ¿Qué tipo de artilugio mágico es este?

—No es magia. Es ciencia.

Saito pulsó el botón de encendido, y el ordenador empezó a funcionar.

—¡Uah! ¡¿Qué es esto?! —gritó Louise sorprendida cuando vio encenderse la pantalla del ordenador.

—Es la pantalla del ordenador.

—¿Qué bonito ¿Y qué tipo de magia utiliza? ¿Viento? ¿Agua?

—Ciencia.

Louise miró a Saito fijamente con una expresión en blanco. Claramente todavía no lo pilló.

—¿Y qué tipo de magia es esa “ciencia”? ¿Es muy diferente a los otros elementos?

—¡Argh, ya es suficiente! ¡De todos modos no es magia! —dijo Saito agitando sus manos violentamente.

Louise se tiró encima de la cama y con los pies para arriba. Entonces encogiéndose, dijo con una mirada desesperanzadora.

—Hm. Pero es que eso es lo único que no entiendo...

—¿Por qué? ¿No hay nada parecido en este mundo?

Louise puso mala cara.

—No, pero...

—¡Entonces créeme! ¡No hay nada que entender!

Sujetando su largo pelo Louise asintió con la cabeza.

—¡Está bien! ¡Te creo!

—¿De verdad?

Cruzando sus brazos y golpeándole en la cabeza Louise le gritó irritada.

—No diré nada para que así puedas seguir tú camino.

—Bien, eso da igual, ahora tómate el tiempo que quieras. Pero llévame a casa.

—Ya te dije que eso es imposible.

—¿Pero por qué?!

La cara de Louise fue oscureciéndose, mientras contestaba a la pregunta de Saito.

—Es por que no existe ningún conjuro que pueda conectar este mundo con el tuyo.

—¿Entonces cómo hiciste para invocarme desde mi mundo?

—¡No lo sé!

Saito y Louise se miraron el uno al otro.

—Escucha, estoy siendo totalmente sincera cuando te digo que no existe conjuro alguno para llevarte de vuelta a tu mundo. Nadie sabe de la existencia de ese mundo.

—Pero obviamente hay uno. ¡Yo soy la prueba!

—La invocación del familiar se utiliza para llamar a seres vivos dentro de Halkeginnia. Normalmente sólo se invocan a animales o bestias mitológicas. Es la primera vez que veo que se invoca a una persona.

—Déjalo ya, como no eres tú la implicada te da igual. De todos modos, vuelve a lanzarme el hechizo otra vez.

—¿Para qué?

—Es posible que me devuelva a mi mundo.

Louise inclinó su cabeza perpleja.

—Eso no funcionará. La *invocación del familiar* sólo sirve para traerlo. No existe ningún encantamiento que sirva para devolver al familiar a su lugar de origen.

—Y qué más da, sólo inténtalo.

—Imposible, no puedo conjurarlo.

—¿Qué? ¿Pero por qué?

—Sólo se puede volver a utilizar el conjuro cuando...

—¿Sí?

—...tu anterior familiar haya muerto, sino no tiene ningún efecto.

—¿Qué?

El cuerpo de Saito se congeló al instante.

—¿Quieres morir?

—Errr... creo que paso —Saito agachó la cabeza. Sus ojos se clavaron como flechas en las runas que tenía grabadas en la mano izquierda.

—Oh, ¿eso...?

—Sí.

—Esa marca es la prueba de que tú eres mi familiar.

Louise de pie, se cruzó de brazos. De cerca era realmente preciosa. Piernas delgadas y bien proporcionadas, tobillos finos. No muy alta, alrededor de 1'55 metros. Sus ojos, similares a los de un gato, y sobre ellos unas sutiles líneas marcaban sus cejas. Si Saito la hubiera conocido en Internet en estos momentos estaría saltando de la alegría. Pero no es el caso, ni siquiera está en La Tierra. No importa lo mucho que quiera regresar, nunca volverá. Al pensar eso Saito se hundió, y sus hombros cayeron.

—Sí, está bien. Mientras seré tu familiar.

—¿Cómo dices?

—¿Es qué tienes algún problema con eso?

—Ya veo que todavía no usas la forma adecuada. Deberías haber dicho, '¿Tiene algún tipo de inconveniente, ama?' —corrigió Louise levantando el dedo como si diera una conferencia. El gesto estaba bien, pero el tono era absolutamente tajante.

—Pero, ¿qué hace un familiar exactamente? —preguntó Saito. Por supuesto, él ya había visto a cuervos o a búhos en animes, como familiares de los magos. Pero lo único que hacían era ponerse en el hombro de su amo y poco más.

—Primero, el familiar hace que el nivel auditivo y de visión del maestro aumente.

—¿Cómo lo hacen?

—Quiero decir que lo que ve el familiar lo puede ver también el amo.

—Oh.

—Pero parece que no funciona contigo. Porque no puedo ver nada.

—Sí, pero da lo mismo —dijo Saito rápidamente.

—Y también un familiar tiene que conseguir los objetos que su amo deseé. Como por ejemplo, reactivos.

—¿Reactivos?

—Son catalizadores que se usan cuando lanzas ciertos conjuros. Algo como el sulfuro, o musgo...

—Ajá...

—Pero es imposible que me encuentres eso, ¿verdad? Considerando que no tienes ni idea de los diferentes tipos de reactivos que hay.

—Verdad.

Louise frunció el ceño, irritada, pero continuó hablando.

—Y esto es lo más importante de todo ¡Un familiar existe para proteger a su amo! ¡La tarea de protegerlos contra cualquier enemigo es la tarea más importante! Pero creo que para ti va a ser un problema.

—Como soy humano...

—El poder mágico de la bestia sería la defensa contra los enemigos, pero dudo que tú tengas ni una mínima pizca de poder mágico.

—Cállate.

—Por eso sólo te mandaré hacer cosas que sé que puedes hacer como por ejemplo, lavar, limpiar, y demás tareas domésticas.

—No me insultes. ¡Estoy seguro de que encontraré la manera de volver a casa!

—Sí, sí, no lo dudo. Es más, cuando lo hagas seré la chica más feliz del mundo. Porque cuando regreses a tu mundo yo podré invocar a otro familiar.

—Tú...

—Bien entonces, toda esta charla ha hecho que me entre el sueño —dijo Louise con un gran bostezo.

—¿Dónde duermo?

Louise señaló el suelo.

—No soy ningún perro ni ningún gato, ¿sabes?

—Pero no hay nada más. Y sólo hay una cama. —Louise le lanzó una manta. Entonces su mano fue a parar al botón de la blusa. Uno a uno, los botones se fueron desabrochando. De pronto Louise se quitó la ropa interior.

—¿Pe-per-pero qué haces? —dijo Saito, sonrojado.

—Voy a dormir así que me tendré que cambiar, digo yo —contestó como si fuera la cosa más normal del mundo.

—¡Pues te cambias en otro sitio donde no pueda verte!

—¿Por?

—¡Porque sí! ¡Es una situación muy incómoda! ¡En serio!

—No es tan incómoda.

—¿Eso es porque eres maga? ¿No te sientes rara haciendo eso delante de alguien?

—¿Alguien? ¿Quién? Eres mi familiar, no tengo por qué tener vergüenza si me ves.

«Maldita sea. Es que me trata como a un perro». Saito cogió la manta, se la puso sobre la cabeza y se acostó lejos.

Lo primero de todo, decidió borrar todos los pensamientos que tenía sobre lo guapa que era Louise. Acaba de agotar su paciencia. «Una chica como ella, ¿maga? Venga ya».

—Oh, y esto. Los quiero limpios para mañana. —Varias prendas salieron volando para aterrizar justo al lado de Saito. Las recogió preguntándose qué eran. Una camisa



y un par de bragas. Todas ellas blancas.

«Qué ropa más delicada, parece que se vaya a romper». Pensó Saito, mientras su cara cogía un color rojo. Apretó fuertemente la ropa con una mezcla de indignación y felicidad.

—¿Por qué tengo que... tu ropa interior?! ¡No sé si estar feliz o tomarlo como una ofensa!

Sin querer, Saito se incorporó. Louise se puso por encima un camisón. Y a la débil y apagada luz de la lámpara Saito podía ver el contorno de su figura. Mientras que él no podía estar atento a otra cosa, Louise no parecía en absoluto sentirse incómoda. Estaba decepcionado. Sentía como si su virilidad quedase en entre dicho.

—¿Quién crees qué te va a cuidar? ¿Quién piensas que te alimentará? ¿Y de quién es la habitación donde estás?

—Uuh...

—Eres mi familiar, ¿verdad? Tú trabajo consiste en lavar, limpiar y demás tareas.

Saito volvió a ponerse la manta sobre la cabeza. «Esta tía es desesperante» pensó. «No parece una chica. Quiero irme a casa. Con mis padres. A mi habitación».

La sensación de nostalgia le abrumó. «¿Cuándo podré volver? ¿Habrá alguna manera de hacerlo? Me pregunto cómo estará mi familia. De todas formas, necesito encontrar una manera de volver a casa. ¿Qué debo hacer? ¿Debo intentar huir de aquí? ¿Pero a dónde? Quizás lo mejor sea que le pregunte al alguien. Pero según lo que me dijo Louise antes nadie sabe que existe otro mundo, así que seguramente nadie me creerá. No, necesito pensar esto detenidamente. De todos modos, pelear no me ayudará en ningún sentido. No tengo ninguna pista tampoco, y si me escapo nada me garantiza que encuentre la manera de volver. Ni siquiera tengo conocidos ni parientes en este mundo. No hay nadie en quien pueda confiar, excepto una chica presumida llamada Louise. No queda otra. Por ahora tendré que ser su familiar. Por lo menos me dijo que me cuidará. Tengo que aguantar, sólo tengo que ser su familiar. Es muy arrogante, pero al menos es guapa. Supongo que puedo imaginármela como mi novia. Alguien a quien conocí por Internet. O como si viniera desde otro país. O como una estudiante extranjera. Creo que así está mejor. Sí, así me la imaginaré. Hah, mira que es simple. Es genial. Bien» pensó Saito «al menos no he caído en una isla desierta. Aunque tampoco conseguiré nada limpiando. Viviré como un familiar y mientras buscaré una manera de volver a casa».

Ahora por fin decidió lo que va a hacer, pero todo esto hizo que le entrara el sueño.

No importa en la situación en la que se encuentre, la gran capacidad de Saito para

adaptarse a todo siempre le salva. Donde todos hubieran sucumbido al pánico y al miedo, Saito gracias a su forma de ser logra alzarse victorioso frente a estas situaciones.

Louise cerró la mano, y rápidamente el resplandor de la lámpara desapareció. «¿La lámpara también es mágica? Con todos los medios que tienen es normal que no necesiten electricidad», razonó Saito. Y un manto de oscuridad se asentó sobre la habitación.

Fuera, las dos lunas brillaban misteriosamente.

Señora Hiraga, su hijo Saito está en un mundo donde los magos existen. No podrá asistir al colegio durante una buena temporada, ni tampoco estudiar. Perdonadlo, por favor.

Y así comienza la vida de un familiar llamado Saito.

Capítulo 2

Louise, la Zero

Cuando Saito se despertó lo primero que vio al abrir sus ojos era la ropa interior que Louise se había quitado. De alguna manera había terminado en su cara después de que la tirara por ahí.

Louise todavía estaba dormida en la cama roncando suavemente. Su cara cuando dormía era simplemente angelical, como si nunca hubiera roto un plato. En ese momento parecía mucho más infantil que de costumbre. Era una chica ruidosa y muy molesta cuando no dejaba de hablar sobre ‘de que si los “nobles” esto, los “magos” aquello...’ Pero mientras dormía era preciosa. Saito casi deseaba que se quedara así para siempre.

Entonces volvió a la realidad. «De modo que lo que pasó ayer por la noche no fue un sueño». Pensó que al despertarse todo volvería a ser como antes, pero obviamente no ocurrió nada. Estaba abatido.

No obstante era una fantástica mañana. La luz deslumbrante del sol entró en la habitación. La incesante curiosidad de Saito resurgió. «Pensándolo bien, esto es una especie de viaje turístico. Me pregunto qué clase de mundo es este. No me gusta la idea, pero mientras siga siendo el familiar de una grosera maga que ronca tendré que hacer todo lo que me pida».

Primero, sacó afuera la manta de Louise.

—¿Pe-pero qué? ¡Qué pasa!

—Ya es de día, miladi.

—¿Eh? O-oh... Espera, ¡¿quién eres?! —gritó Louise con una ronca voz. Parecía perdida, tanto que se arrastraba por el suelo mientras refunfuñaba.

«¿Estará bien?»

—Hiraga Saito.

—Oh, el familiar. Es cierto, te invoqué ayer, ¿no?

Louise se incorporó, bostezando.

—Mi ropa —ordenó a Saito.

Saito cogió el uniforme que estaba encima de la silla y lo sacudió. Louise empezó a desnudarse. Saito instantáneamente se dio media vuelta con la cara roja.

—Mi ropa interior.

—Có-cógela tú misma.

—Está en el último cajón... De ese armario... Allí.

Parecía como si todo esto lo tuviese planeado de antemano.

Mordiéndose la lengua fue inmediatamente al cajón de la ropa interior que le dijo. Saito nunca antes había visto la ropa interior de las mujeres a excepción de la de su madre. Cogió un par al azar y se las lanzó por encima del hombro sin mirar.

—Mi ropa —dijo Louise tras de ponerse la ropa interior.

—Pero si te la acabo de dar.

—Vísteme.

«Ni en broma».

Saito dio media vuelta enfadado sólo para encontrarse a Louise sentada encima de la cama vestida con la ropa interior que le había lanzado antes. Ya no sabía para dónde mirar.

Louise puso mala cara.

—Debes saber que los nobles no nos vestimos nosotros teniendo un criado a nuestro lado.

Eso le molestó.

—Puedes vestirme por ti sola.

—Bien entonces. Como castigo por tu falta de respeto, no desayunarás —dijo Louise levantando un dedo triunfante.

De mala gana, Saito cogió la blusa.

Cuando salió del cuarto con Louise vio tres puertas de madera idénticas a lo largo de la pared. Una de las puertas se abrió y de ella salió una chica con el pelo rojo llameante. Era más alta que Louise, debía de ser más o menos como Saito. A primera vista parecía bastante coqueta. Tenía una cara preciosa y lucía una cautivadora figura.

Sus pechos parecían dos gigantescos melones. Los dos primeros botones de su blusa estaban desabrochados dejando al descubierto un impresionante escote que era inevitable mirar. Su piel estaba bronceada dándole una especie de vida y belleza natural.

Su altura, color de piel, atmósfera y tamaño de sus pechos era todo lo contrario a Louise, que carecía de todos esos encantos.

Cuando vio a Louise se dibujó en su cara una amplia sonrisa.

—Buenos días, Louise.

Louise le devolvió el saludo con un ceño fruncido.

—Buenos días... Kirche.

—¿Es ese... tu familiar? —preguntó Kirche de broma, señalando a Saito.

—Así es.

—¡Ja, ja! ¡Así que realmente es un humano! ¡Es asombroso!

Saito se resintió con ese comentario. «Perdona por ser humano. ¿Qué eres tú entonces?» Miró fijamente sus pechos. «Eso es, eres un alien de pechos grandes. Sí, un alien de pechos muuuuy grandes». Su mirada se intensificaba.

—Sólo tú podías invocar a un plebeyo con el *Ritual Sagrado*, como se esperaba de Louise la Zero.

Las blancas mejillas de Louise se volvieron rojas.

—Cállate.

—Yo también invoqué ayer a un familiar. Y a diferencia de alguien lo hice a la primera.

—¿De verdad?

—Y si vas a tener un familiar, debe ser tan bueno como este. ¡Flame!

Kirche llamó triunfante a su familiar. De su habitación salió un lagarto rojo oscuro arrastrándose por el suelo. Y una ola de calor golpeó de repente a Saito.

—¡Uwah! ¿Qué diablos es esa cosa roja?

Kirche sonrió

—¡Jo, jo, jo! ¿No me digas que es la primera vez que ves un lagarto de fuego?

—¡Pero ponle una cadena o algo! ¡Es peligroso! Y además sigo sin saber qué es.

—Tranquilo. No atacará mientras no se lo ordene. Y no pongas esa cara de gato asustado —Kirche se llevó la mano a la barbilla y empezó a reírse.

Aquel monstruo era por lo menos tan grande como un tigre. Al final de su cola tenía una llama y cuando respiraba escupía algo parecido a pequeñas llamas.

—¿No sientes calor cuándo estás cerca de él? —preguntó Saito. Una vez calmado volvió a mirarlo de nuevo—. Uau, es un verdadero monstruo. ¡Fantástico!

—Pues la verdad es que no, se está bastante fresco.

—¿Es una salamandra? —preguntó Louise algo celosa.

—¡Así es! ¡Un lagarto de fuego! Mira la cola. ¡Fíjate en lo viva y grande que es la llama! ¡Esto quiere decir que proviene de Las Montañas de los Dragones de Fuego! ¡Es como una marca única! ¡Ni los coleccionistas le pueden poner precio a esto!

—Está bien —dijo Louise con voz amarga.

—¿No crees que encaja a la perfección con mi afinidad?

—Tú afinidad es el fuego, ¿no?



—Pues claro. Después de todo soy Kirche *la Ardiente*. El fuego de la ardiente pasión. Por donde quiera que vaya los chicos caen ante mis pies. A diferencia de ti, ¿verdad?

Kirche sacó pecho afuera orgullosa. No queriendo quedarse atrás Louise hizo lo mismo, pero la diferencia de volumen era bastante triste. A pesar de eso, Louise miró a Kirche como si hubiera vencido. Parece que no le gusta nada perder.

—¿Y cómo te llamas?

—Saito Higara.

—¿Saitohigara? Que nombre más raro.

—¡Oye!

—Bueno, me voy.

Acarició su rojo pelo y se marchó rápidamente. La salamandra la siguió con un bonito movimiento que al fin y al cabo resultaba raro debido al tamaño de la criatura. En cuanto se fueron las dos, Louise sacudió un fuerte puñetazo en su dirección.

—¡Aah! ¡Esa chica me pone de los nervios! ¡Y sólo por que invocó a una salamandra de Las Montañas de los Dragones de Fuego!

—Tranquilízate. Es sólo una invocación.

—¡No! ¡No es sólo eso! ¡Puedes determinar el verdadero poder de un mago mirando a su familiar! ¿Por qué esa idiota tiene una salamandra mientras yo sólo te tengo a ti?

—Joder, perdona por ser humano. Pero tú también lo eres.

—¡Comparar a un plebeyo con un mago es como comparar a un perro con un lobo! —dijo Louise indignada.

—Vale, vale. A propósito, ella te llamó 'Louise la Zero', pero ¿qué significa el Zero? ¿Es tu apellido?

—¡De ninguna manera! ¡Mi nombre es Louise de la Vallière! Zero es sólo un apodo.

—Un apodo, ¿eh? Entiendo por qué a ella le llaman *la Ardiente*, ¿Pero *la Zero*? ¿A qué viene eso?

—No necesitas saberlo —contestó Louise algo incómoda.

—¿Es por tus pechos? —preguntó Saito, echando una mirada a Louise—. Sí, plana como una tabla de planchar.

La mano de Louise voló hacia él, pero la consiguió esquivar.

—¡Vuelve aquí!

—¡Sí no me das!

«¿Una bofetada? Ahora que recuerdo. Esta chica...ayer los demás se fueron vo-

lando, pero ella volvió andando. Y ayer por la noche cuando la agarré me dio una patada en toda la ingle. Si de verdad deseara regañarme, ¿no sería mejor utilizar magia en vez de golpearme con el pie? Eso sería más eficaz y más típico de un mago. Aparte, ¿qué significará eso?» se preguntaba Saito.

El comedor de la Academia de Magia de Tristain era el núcleo y el más alto de todos los edificios. Dentro había tres mesas exageradamente largas que estaban colocadas paralelamente una al lado de la otra. Una de ellas podía perfectamente asentar a cientos de personas. La mesa en la que Louise y los demás de segundo año se sentaban era la del medio.

Al parecer los estudiantes se podían identificar según el color de sus capas. Mirando desde la entrada, todos los que estaban sentados a mano izquierda parecían ser más mayores y llevaban capas de color morado: eran los de tercer año. Los estudiantes que estaban sentados a la derecha llevaban capas de color marrón: eran los de primer año. «Así que son como jerséis para cada año» pensó Saito.

Todos y cada uno de los magos de este colegio, tanto estudiantes como profesores, se reúnen aquí para desayunar, comer, y cenar. En un piso más alto se podían ver a los profesores gozando de una entretenida charla.

Todas las mesas estaban increíblemente decoradas. Había un montón de velas, ramos de flores, cestos llenos de frutas, entre otras cosas. Saito se quedó fascinado ante la grandeza del comedor.

Louise levantó su rostro y comenzó a explicarle. Sus pequeños ojos brillaban con picardía.

—La Academia de Magia de Tristain no sólo enseña magia, qué te creías.

—Ya veo ya.

—La mayoría de los magos son nobles. Hay un refrán que dice ‘los nobles alcanzan la nobleza con el uso de la magia’. Este refrán es el cimiento sobre el que se asienta toda la educación que recibimos como nobles. Así, el comedor también debe estar a la altura de la alta aristocracia.

—Está bien.

—¿Entiendes? Normalmente un plebeyo como tú nunca pisaría el comedor de Alviss. Eres un chico afortunado.

—Vale... Eh, espera, ¿Qué significa ‘Alviss’?

—Es el nombre que usamos para referirnos a las personas pequeñas. ¿Ves todas esas estatuas de allí? —señaló Louise a una pared donde había una fila entera de detalladas estatuas de gente pequeña.

—Están bien hechas. Err, esas cosas no... o sea... no vuelven a la vida ni nada parecido por la noche, ¿no?

—Oh, ¿ya lo sabías?

—¡¿De verdad lo hacen?!

—Hombre, bailan. Bueno, ya es suficiente por hoy. Saca la silla para que me siente ¿no? No eres un familiar muy competente —dijo Louise, cruzando los brazos, inclinando su cabeza y haciendo un movimiento ondulado con su pelo rosa.

—Oh, cierto, las damas primero —Saito arrastró un poco la silla para que Louise se sentase.

Louise ni tan si quiera se lo agradeció cuando se sentó. Saito hizo lo mismo y tomó asiento.

—¡Esto es increíble! —gritó Saito.

Era demasiado para un desayuno, hasta había un gigantesco pollo asado. A parte de eso había también vino y una empanda con forma de trucha hecha a horno.

—¡No puedo comer todo esto! ¡Si lo hago reviento! ¡Oye! ¡Señorita!

Saito agarró el hombro de Louise sólo para encontrarse con su penetrante mirada.

—¿Qué? —preguntó Saito dudoso. Louise no le quitó ojo de encima—. Ah, ¡tengo que comportarme como la nobleza! Aun cuando no lo soy.

Louise señaló al suelo, dónde sólo había un tazón.

—Es un tazón.

—Sí. Lo es.

—Aquí pasa algo raro.

Louise apoyó su barbilla en las manos y dijo.

—Sabes, los familiares deberían estar afuera, supuestamente. Tú sólo estás aquí porque yo lo solicité.

Saito estaba sentado en el suelo sin abrir la boca, mirando fijamente el tazón que tenía delante de él. Había unos pequeños trozos de carne desechada flotando alrededor de la sopa. En el borde había un trozo de pan duro.

Extendió su cuello y miró por encima del borde de la mesa. Podía ver el espectacular festín que había encima de la mesa. No tenía nada que ver con su tazón desde luego.

—Oh, Gran Fundador Brimir y Nuestra Señora la Reina, os damos las gracias por

esta humilde comida que nos habéis proporcionado esta mañana.

El armonioso sonido de la oración era asombroso. Louise también rezó con los ojos cerrados.

«¿Así qué ‘humilde comida’?» pensó Saito quejándose, mirando fijamente a la comida. «Entonces, ¿esto qué es? Es aún más grande que un banquete. El que tiene la ‘humilde comida’ aquí soy yo. Quiero decir, mira mi tazón. Esto es peor que la comida que se les da a los animales». Saito quería protestar. «¡Hasta los animales japoneses comen mejor!»

Irritado por cómo le trataban, puso una mano encima de la mesa, pero no tardó Louise en abofetearla. Saito la miró con resentimiento.

—¿Qué estás haciendo?

—Dame un poco de pollo. Sólo un poco.

—Diantres...

Al quejarse, Louise le quitó la piel y se lo echó en el tazón.

—¿Y la carne?

—No. No te habitúes a esto.

Louise empezó a comer.

—Ah, delicioso, ¡delicioso! Creo que voy a llorar —murmuró Saito, mientras comía de su pan duro.

Las clases de la Academia de Magia eran muy similares a las salas de conferencia de la universidad. Y como todo lo demás estaban contruidos de piedra.

Los profesores se encontraban en la mesa de abajo dando clase y desde la mesa del profesor los asientos de los estudiantes iban ascendiendo como si fueran una escalera formando un semicírculo. Cuando Saito y Louise entraron todos giraron simultáneamente sus cabezas hacia ellos. Y entonces empezaron a reírse. Kirche también estaba allí, rodeada por un montón de chicos.

«Ya veo, así que es cierto que sólo con mover un dedo todos los chicos se les cae la baba. Y ellos aparte la tratan como a una reina. Bueno, tampoco me sorprende con el cuerpo que tiene. Supongo que los pechos grandes siguen siendo pechos grandes, seas de donde seas».

Había todo tipo de familiares. La salamandra de Kirche estaba dormida bajo su silla. Había estudiantes con búhos apoyados en sus hombros. En una ventana, una

gigantesca serpiente miraba la clase. Un chico silbó y la serpiente se retiró. Además de eso también había cuervos y gatos. Pero lo que más atraía la atención de Saito eran las criaturas fantásticas que no existían en su mundo. Estaba cada vez más emocionado. Todas esas bestias se arremolinaban alrededor de él. Entre ellos vio a un lagarto con 6 piernas. «¿Qué puede ser eso?» Saito intentaba averiguarlo a través de los conocimientos que tenía de las bestias fantásticas. «¡Un basilisco! He visto uno en un juego». También había un ojo que flotaba. «¿Qué puede ser eso?»

—¿Qué es ese ojo flotante? —preguntó a Louise.

—Un Hobgoblin.

—¿Y esa cosa qué parece un pulpo?

—Un Skua —contestó malhumorada. Después se sentó.

Saito se sentó al lado de ella. Louise lo miró fijamente.

—¿Qué?

—Este sitio es para los magos. Un familiar no puede sentarse ahí.

A regañadientes, se sentó en el suelo. «No puedo comer el desayuno con los demás. No me dejan sentarme en esta silla... Paso de estar sentado aquí» pensó Saito, y volvió a sentarse en la silla. Louise le miró, pero por esta vez no dijo nada más.

La puerta se abrió, y la profesora entró en la clase. Era una mujer de mediana edad, vestía un traje púrpura bastante voluminoso y un sombrero. Tenía una cara regordeta, redondita, que transmitía sensaciones amistosas.

—¿También es maga esa señora? —susurró Saito a Louise.

—¿Es que no es obvio? —le dijo Louise volviéndose.

La señora miró a toda la clase y empezó a hablar con una sonrisa en la cara.

—Enhorabuena, parece que las invocaciones de los familiares fueron todo un éxito. A mí, Chevreuse, siempre me llena de alegría ver a los nuevos familiares que se convocan todos los años.

Louise cerró sus ojos y agachó la cabeza.

—Madre mía. Sí que has convocado a un familiar... peculiar, señorita Vallière —dijo mirando a Saito. El comentario no iba con malicia, pero aun así la clase estallaba de risa.

—¡Louise la Zero! ¡No vale escoger a un plebeyo de la calle sólo porque no puedas invocar nada!

Louise ondeó su rosado pelo y se levantó.

—¡No! ¡Hice todo correctamente! ¡Él fue todo lo que apareció! —dijo con su suave voz entrada en cólera.

—¡No mientas! Apuesto a que no pudiste lanzar el conjuro de invocación, ¿verdad?

Los demás estudiantes se rieron entre dientes.

—¡Señora Chevreuse! ¡Me han insultado! ¡Malicorne *el Resfriado* me ha insultado!

—Louise golpeó con su puño la mesa en señal de protesta.

—¿*El Resfriado*? ¡Yo soy Malicorne *el Barlovento*! ¡Y nunca he cogido un resfriado!

—Bueno, es que como tienes una voz tan ronca parece que has cogido uno.

El chico que se llamaba Malicorne se levantó y miró a Louise. Chevreuse los señaló con la varita. Ambos repentinamente de un tirón, como si fueran marionetas, se sentaron.

—Señorita Vallière, señor Malicorne, cesad esta innecesaria discusión.

Louise parecía desanimada. Toda la vivacidad que había demostrado tener antes parecía haberse evaporado.

—Llamar a los amigos por mote como *la Zero* o *el Resfriado* no es aceptable. ¿Entendéis?

—Señorita Chevreuse, a mí me lo dicen de broma, pero para ella, es pura verdad.

De repente unas carcajadas salieron de algún lado de la clase. Chevreuse miró a toda la clase con una expresión amenazante. Señaló otra vez con su varita y a todos los que se reían le metió en la boca pedazos de arcilla roja. Esto era una especie de tapón para cualquier arrebato que se pudiera dar.

—Ahora seguiréis la clase en ese estado. Y ahora, empecemos la clase. —Chevreuse tosió fuertemente, y agitó su varita. Y unos guijarros aparecieron de la nada encima de la mesa. El nombre de mi runa es 'arcilla roja'. Chevreuse, *la Arcilla Roja*. Este año os voy a enseñar todo lo que tenga que ver con la magia del elemento Tierra. ¿Sabe cuáles son los cuatro grandes elementos de la magia, señor Malicorne?

—S-sí, señorita Chevreuse. Son Fuego, Agua, Tierra y Viento.

Chevreuse asintió.

—Y combinados todos ellos con el ahora perdido elemento del Vacío forman en total 5 elementos como ya deberíais saber. Y entre todos estos elementos, la Tierra ocupa una posición extremadamente importante. Esto no lo digo porque mi afinidad sea el elemento tierra, ni por ningún tipo de preferencia personal.

De nuevo, Chevreuse tosió fuertemente.

—El elemento Tierra es muy importante porque gobierna la creación de toda materia y su constitución. Si no existiera el elemento Tierra no podríamos ni producir ni proce-

sar los metales necesarios, levantar edificios a partir de gigantescas piedras y recolectar las cosechas se haría mucho más costoso. De este modo, la magia del elemento Tierra está íntimamente ligada a nuestras vidas.

«Ajá» pensó Saito. «Así que en este mundo, la magia es como la ciencia o la tecnología en mi mundo. Creo que ya entiendo por qué Louise se siente tan orgullosa de llamarse maga».

—Ahora cada uno debe recordar que la base de la magia de la Tierra es la transmutación. Aunque habrá gente que pueda realizar esto desde su primer año, empezaremos desde los fundamentos básicos para repasarlos una vez más.

Chevreuse centró su atención en los guijarros y agitó su varita sobre ellos. Luego susurró un encantamiento y comenzaron a brillar intensamente. Cuando la luz cesó, los guijarros habían cambiado a brillantes trozos de metal.

—¡¿E-eso es o-o-oro señorita. Chevreuse?! —Kirche se inclinó hacia delante poniéndose encima de su mesa.

—No, no. Es latón. Sólo los magos cuadrangulares, pueden hacer ese tipo de transmutación. Yo sólo soy... —Chevreuse tosió de una manera bastante presumida— ...una maga triangular...

—Louise.

Saito empujó a Louise.

—¿Qué? ¿No ves qué estamos en medio de una clase?

—¿Qué significa todo eso de magos cuadrangulares y triangulares?

—Es el número de elementos que pueden llegar a controlar en un conjuro, y también determina el nivel del mago.

—¿Eh?

Louise se lo explicó a Saito tranquilamente.

—Mira, por ejemplo, supongamos que eres capaz de usar la Tierra en un sólo encantamiento. Pero si aparte de la Tierra añades el elemento Fuego al conjuro aumentará exponencialmente el poder del mismo.

—Oh, ya veo.

—Los magos que pueden usar dos tipos de magia diferentes, como lo son el Fuego y la Tierra, son llamados magos lineales. La señorita Chevreuse puede llegar a combinar tres elementos juntos: Tierra-Tierra-Fuego. Es un mago triangular.

—¿Y qué pasa cuándo agregas el mismo elemento?

—Se refuerza el elemento haciéndolo más fuerte.

—Ya veo. En otras palabras, la profesora de allí tiene un gran poder porque es una

maga triangular, ¿no?

—Así es.

—¿Y cuántos elementos puedes añadir, Louise?

Ella no le contestó. Y en ese instante la profesora se dio cuenta de que estaban hablando.

—¡Señorita Vallière!

—¿S-sí?

—Por favor deje la charlita para otro momento.

—Lo siento.

—Ya que tienes tanto tiempo para hablar, ¿por qué no me demuestras lo que sabes hacer?

—¿Eh? ¿Yo?

—Sí. Intenta cambiar estos guijarros por un metal que tú quieras.

Louise no se levantó. Estaba allí sentada, parecía estar preocupada y nerviosa.

—¡Eh, vamos! ¡Te está señalando a ti! —decía Saito mientras le daba codazos.

—Señorita. Vallière, ¿ocurre algo?

La señorita Chevreuse la volvió a llamar otra vez, pero Kirche entonces dijo preocupada.

—Esto...

—¿Sí?

—Creo que sería mejor que la dejara estar...

—¿Y eso por qué?

—Porque es peligroso —respondió Kirche. Todos los demás alumnos asintieron.

—¿Peligroso? ¿Por?

—Es la primera vez que da clase a Louise, ¿verdad?

—Sí, pero escuché que se esfuerza mucho. Ahora, señorita Vallière, no se preocupe. Sólo inténtalo. No conseguirás nada positivo si no aprendes de tus errores.

—¡Louise, no! —gritó Kirche, con cara pálida.

Pero Louise se levantó.

—Lo haré.

Con una expresión nerviosa fue bajando hasta llegar al frente de la clase. Chevreuse se puso al lado de Louise y sonrió.

—Señorita Vallière, has de visualizar perfectamente en tu mente el metal en el cual piensas transmutar estos guijarros.

Asintiendo inocentemente agitó su varita. Nunca había parecido tan adorable

como en ese instante cuando empezó a mover sus labios para recitar el conjuro; parecía de otro mundo. Aun sabiendo cuál era su verdadera personalidad Saito notó por un momento que el ritmo de su corazón aumentaba al mirarla.

El sol de la mañana que entraba a través de la ventana se reflejaba en el rosado pelo de Louise de una manera preciosa. Sus ojos rojizos parecían joyas y su piel se tiñó de un blanco puro. Y su pequeña nariz era propia de la nobleza.

«Sólo si sus pechos fueran un poco más grandes sería perfecta. No, demasiado bonito para ser real. Pero por muy guapa que sea su personalidad es una verdadera tortura» se lamentó Saito.

Pero aunque él estaba sentado los demás estudiantes estaban escondidos debajo de sus mesas debido a alguna razón. «¿No ven lo bonita qué es? Aun así no parece ser muy popular tampoco. La llaman *la Zero* y se ríen de ella. Aunque las chicas de aquí tampoco es que sean una belleza. Sólo Kirche es rival para ella».

Louise cerró los ojos, pronunció una pequeña frase y agitó su varita.

De repente los guijarros estallaron. La ráfaga cogió de lleno a Chevreuse y a Louise y las lanzó contra la pizarra. Todo el mundo empezó a gritar. Los familiares asustados se sumaron al caos. La salamandra de Kirche se despertó de repente y levantándose sobre sus piernas respiró el fuego. La explosión asustó a una mantícora que salió a escape por la ventana, rompiéndola. A través del agujero la serpiente gigante que había estado mirando a escondidas se tragó a unos cuantos cuervos.

La clase estaba en un caos absoluto. Kirche se levantó y señaló a Louise.

—¡Esto es por lo que le dije que hubiera sido mejor que la dejara estar!

—¡Joder! ¡Vallière! ¡Sálvanos de este sufrimiento y abandona el colegio de una vez!

—¡Qué suerte! ¡Mi serpiente ya tiene comida! ¡Qué suerte!

Saito estaba en estado de shock. La señorita Chevreuse no podía moverse de donde estaba. De vez en cuando hacía algún que otro movimiento así que no estaba muerta.

Una Louise llena de hollín se levantaba poco a poco. Parecía realmente pobre. A través de su blusa totalmente rasgada se podía ver su pequeño y delgado hombro, al igual que las bragas que asomaban por culpa de los arañazos en su falda. No obstante, era una chica increíble.

Louise no parecía desconcertada tras el alboroto que hubo en la clase.

—Parece que he ensuciado esto un poco —dijo ella con una fina voz.

Por supuesto, ese comentario tenía una respuesta muy sencilla por parte de los

estudiantes.

—¡Eso no es ensuciar ‘un poco’! ¡Louise *la Zero*!

—¡Tus probabilidades de éxito siempre serán CERO!

Saito comprendió entonces por qué la llamaban *Zero*.

Capítulo 3

Leyenda

El señor Colbert era un profesor que había dedicado veinte años a la Academia de Magia de Tristain y ahora era una figura importante. Le llamaban Colbert, *la Serpiente Ardiente*, y naturalmente, era un mago especializado en magia de fuego.

Desde el Ritual de Invocación de hace unos días ha estado preocupado acerca de ese plebeyo que Louise invocó, o mejor dicho, en las runas que aparecieron en la mano izquierda del chico. En realidad son unas runas muy poco comunes así que las últimas noches se ha confinado en la biblioteca y ha estado investigando varios textos.

La biblioteca de la Academia de Magia de Tristain estaba ubicada en la misma torre que el comedor. Los estantes eran increíblemente altos, alrededor de unos 30 metros de altura, y la manera en que estaban alineados contra la pared era todo un espectáculo. Y con razón, ya que este lugar estaba empapado de historia desde la creación del nuevo mundo en Halkeginia por el Fundador Brimir.

Colbert estaba ahora en la sección de la biblioteca llamada la Biblioteca de Fenir, a la cual sólo los profesores tenían permitida la entrada. Los estantes ordinarios a los que los estudiantes tenían libre acceso no contenían ninguna respuesta que los satisficiera. Usando un hechizo de levitación flotó hacia un estante que estaba fuera de su alcance y buscó atentamente un libro en particular.

Sus esfuerzos fueron recompensados cuando su mirada se dirigió al título del libro. Era un texto muy antiguo que tenía descripciones de los familiares que han sido usados por el Fundador Brimir. Su atención se enfocó en un párrafo en concreto y mientras leía con fascinación sus ojos se abrieron como platos.

Comparó el libro con el dibujo que había hecho de las runas en la mano izquierda del chico.

—¡Ah! —exclamó sorprendido. En ese momento, había perdido la concentración necesaria para mantener su levitación y casi cayó al suelo. Manteniendo el libro en sus brazos bajó rápidamente y salió corriendo de la biblioteca.

Su destino era el despacho del director.

La oficina del director estaba localizada en el piso más alto de la torre. Sir Osmond, el actual Director de la Academia de Magia de Tristain, se sentó con sus codos

apoyados en su elegante escritorio fabricado a partir de una secuoya. Parecía terriblemente aburrido mientras sacudía su blanca barba y cabello. Había estado arrancándose los pelos de la nariz.

—Hm —murmuró lentamente. A continuación tiró con fuerza un cajón del escritorio.

De dentro sacó una pipa. Mientras lo hacía, la señorita Longueville, la secretaria que estaba escribiendo en el otro escritorio ubicado a un lado de la habitación, agitó su pluma. La pipa flotó y cayó en la mano de la señorita Longueville.

—¿Es divertido quitarle a un viejo sus pequeños placeres, señorita? —refunfuñó el señor Osmond desanimado.

—Cuidarle también es parte de mi trabajo, viejo Osmond.

Sir Osmond se levantó de su silla y caminó hacia la tranquila y calmada señorita Longueville. Deteniéndose detrás de Longueville, que permanecía sentada, cerró sus ojos con una expresión seria.

—Si los días siguen pasando tan pacíficamente, pensar cómo pasar el tiempo va a ser un gran problema.

Las arrugas que se marcaban profundamente en la cara de Osmond daban pistas sobre la historia de su vida. La gente especulaba que tenía entre cien y trescientos años. Pero a lo que respecta a su verdadera edad nadie la sabía. Es posible que hasta él mismo ya lo hubiera olvidado.

—Viejo Osmond —le llamó la señorita Longueville sin quitar los ojos de la pluma con la que estaba haciendo garabatos en el pergamino.

—¿Qué pasa, señorita?

—¡Por favor, deje de decir que no tiene nada que hacer como una excusa para tocar mi trasero!

Entonces Sir Osmond abrió ligeramente su boca y empezó a caminar tambaleándose.

—Por favor, deje de pretender que está senil cada vez que la situación no le favorece —añadió Longueville calmadamente. Sir Osmond suspiró profundamente. Era un suspiro que llevaba el peso de varios problemas.

—¿Dónde crees que se esconde la verdadera verdad? ¿Nunca te lo has preguntado, señorita?

—Donde quiera que esté le aseguro que no es debajo de mi falda, así que deje de meter a su ratón debajo del escritorio.

Sir Osmond puso mala cara.

—Mótsognir —murmuró tristemente.

De debajo del escritorio de la señorita Longueville salió un pequeño ratón. Subió corriendo por la pierna de Osmond y se posó en su hombro moviendo su diminuta cabeza. Cogió algunas nueces del bolsillo y le dio una al ratón.

—Chu-chu —chilló el ratón, aparentemente complacido.

—Eres el único amigo en el que puedo confiar, Mótsognir.

El ratón empezó a mordisquear la nuez. Ésta desapareció rápidamente y el ratón volvió a chillar chu-chu una vez más.

—Ah, sí, sí. ¿Quieres más? Muy bien, te daré más. Pero primero dame tu informe, Mótsognir.

—Chu-chu.

—Ya veo. Así que blancas, hm. Pero la señorita Longueville debería usar el negro. ¿No lo crees, mi lindo Montsognir?

Un tic atacó las cejas de la señorita Longueville.

—Viejo Osmond.

—¿Qué pasa?

—La próxima vez que vuelva a hacer eso informaré de ello al palacio.

—¡Ah! —los ojos de Sir Osmond se abrieron— ¡¿Crees que podría ser el Director de esta Academia si estuviera asustado de ese lugar?! —gritó enfadado. Fue una reacción increíble, algo completamente inesperado de un anciano que luce tan frágil—. ¡No te pongas engreída sólo porque le eché un vistazo a tu ropa interior! ¡Nunca te casarás a este paso! Ah... ser joven de nuevo... señorita...

Sir Osmond comenzó a acariciar el trasero de la señorita Longueville. Ella se levantó y sin decir una palabra empezó a patear a su jefe.

—Lo siento. Detente. ¡Ouch! —el Viejo Osmond se cubrió la cabeza y se encogió asustado—. No lo haré más. En serio.

La señorita Longueville respiraba con dificultad mientras seguía pateando a Osmond.

—¡Ack! ¡¿Cómo puedes hacer eso?! ¡Tratar a un superior de esta manera! ¡Oye! ¡Ouch!

Este 'pacífico' momento fue interrumpido por una repentina intromisión. La puerta se abrió de golpe y Colbert entró rápidamente.

—¡Viejo Osmond!

—¿Qué pasa?

La señorita Longueville volvió a su escritorio y se sentó como si nada hubiera pa-

sado. Sir Osmond tenía sus brazos tras de él y se giró para mirar a su visitante con una expresión seria. Ciertamente fue una rápida recuperación.

—¡T-t-traigo grandes noticias!

—No existen las grandes noticias. Todo es un conjunto de pequeños eventos.

—¡P-p-por favor, mire esto!

Colbert le pasó a Osmond el libro que había estado leyendo hace un momento.

—Es ‘Los Familiares del Fundador Brimir’, ¿no es así? ¿Todavía te pasas desenterrando viejos libros como este? Si tienes tiempo para hacer eso, ¿por qué no piensas en mejores formas de cobrar los honorarios de la escuela a esos nobles flojos?

—Señor, errr... ¿Cómo era tu nombre?

Sir Osmond ladeó la cabeza.

—¡Es Colbert! ¡¿Se le olvidó?!

—Cierto, cierto, ahora recuerdo. Lo que pasa es que habla tan rápido que nunca lo entiendo. Así que, Colby, ¿qué pasa con este libro?

—¡Por favor! ¡Mire esto!

Colbert le pasó el dibujo de las runas de la mano izquierda de Saito. En el momento que lo vio, la expresión de Osmond cambió. Sus ojos asumieron una apariencia solemne.

—Señorita Longueville, ¿podría disculparnos un momento?

La señorita Longueville se levantó y dejó la habitación. Osmond habló sólo cuando comprobó que estaba fuera.

—Explíqueme esto con todo detalle, Señor Colbert.

No fue hasta un poco antes de la hora de almuerzo cuando por fin terminaron de arreglar la clase que Louise había destrozado. Como castigo se prohibió usar magia para limpiar, por lo que se demoraron bastante. De todas formas Louise no podía usar la mayoría de los hechizos, así que no le había afectado mucho.

La señorita Chevreuse había despertado dos horas después de la explosión y aunque regresó a la clase no dio más lecciones sobre transmutación por el resto del día. Más bien parecía traumatizada.

Una vez terminaron de ordenar, Louise y Saito se dirigieron al comedor a por el almuerzo. Durante el camino, Saito se burló de Louise una y otra vez. Después de todo, fue culpa de Louise que él tuviera que hacer todo ese trabajo. Fue Saito quien tuvo que

llevar la nueva ventana. Fue Saito quien tuvo que mover todos los pesados escritorios. Y claro, fue Saito quien había limpiado el hollín del salón con un paño. Todo lo que Louise hizo fue limpiar algunos escritorios y además lo hizo de mala gana.

«Tengo que dormir en el suelo. La comida es lo peor. Y encima tengo que lavar la ropa interior (no es que lo haya hecho todavía)».

Con todo este maltrato por parte de Louise, no había forma de que Saito pudiera mantenerse callado ante su recién descubierta debilidad. Esto molestó muchísimo a Louise.

—Louise *la Zero*. Ahora lo entiendo~ Es perfecto. Índice de éxito: cero. Y aun así es una noble... ¡Maravilloso!

Louise no dijo una palabra por lo que Saito siguió provocando.

—¡Transmutación! ¡Ah! ¡Boom! ¡Transmutación! ¡Ah! ¡Boom! Oh, ¡me equivoqué! ¡Sólo *la Zero* se equivoca en algo así!

Saito bailó en círculos alrededor de Louise, levantando sus brazos cada vez que decía 'boom', imitando una explosión. Fue una interpretación bastante detallada.

—Ama Louise. Este humilde familiar le ha hecho una canción —dijo Saito, inclinando la cabeza respetuosamente. Obviamente, era un gesto vacío, una completa burla.

Las cejas de Louise se movían furiosamente. Estaba a punto de estallar, pero Saito estaba demasiado emocionado para darse cuenta.

—¿Por qué no la cantas?

—Lou-Lou-Louise es un caso perdido. ¡Un mago que ni siquiera puede usar magia! ¡Pero está bien! Porque es una chica.

Saito se llevó las manos al abdomen mientras se moría de risa.

—Pff... ¡ija, ja, ja!!

Se estaba riendo de su propia broma. Tal vez él también sea un caso perdido.

Cuando llegaron al comedor Saito sacó una silla para Louise.

—Recuérdelo, señorita. No lance ningún hechizo en la comida. Sólo imagínese el desastre si llegara a explotar.

Louise tomó asiento sin decir una palabra. Saito se sentía completamente satisfecho, habiéndose vengado de la grosera y arrogante Louise con sus bromas. Ni la usual escasez de comida le importó mucho.

La escasa sopa y pan seguían siendo tristes de mirar, pero era un sacrificio bastante justo por haberse reído tanto como antes.

—Bien, Fundador no sé quién. Su Alteza, la Reina. Muchas gracias por esta asquerosa comida. Que aproveche.

Cuando iba a empezar a comer, el plato le fue arrebatado.

—¿Qué estás haciendo?!

—Es-es-es...

—¿'Es-es-es'?

Los hombros de Louise temblaban furiosamente y también su voz. De alguna manera se las arregló para controlar su desbordante rabia hasta que llegaron al comedor, probablemente para poder dar un castigo apropiado.

—Es-es-es-este familiar, ¿cómo se atreve a decir e-e-e-esas cosas de su a-ama?

Saito se dio cuenta de que se había excedido.

—¡Lo siento! ¡No lo diré nunca más! ¡Así que, por favor, devuélveme mi comida!

—¡No! ¡Ni de broma! —gritó Louise, retorciendo su linda cara con ira—. ¡Una comida menos por cada vez que dijiste Zero! ¡Sin excusas!

Al final, Saito dejó el comedor sin haber probado bocado. «No debí haber sido tan sarcástico...» Pero ya era demasiado tarde para lamentarse.

—Aah, me estoy muriendo de hambre... Maldición...

Apretando su estómago puso una mano en la pared.

—¿Pasa algo?

Se giró y vio a una chica normal en un traje de sirvienta llevando una gran bandeja plateada, mirándolo con preocupación. Su cabello negro estaba cuidadosamente arreglado con una cinta, y sus pecas la hacían preciosa.

—No pasa nada... —Saito movió su mano izquierda.

—¿Por casualidad no serás el que se convirtió en el familiar de la Señorita Vallière?

Parece que notó las runas que tenía Saito en su mano izquierda.

—¿Me conoces?

—Un poco. Hay un rumor que dice que un plebeyo fue invocado por una maga.

La chica sonrió dulcemente. Es la primera vez que Saito había visto una sonrisa

tan despreocupada desde que llegó a este mundo.

—¿También eres una maga? —preguntó Saito—.

—Oh, no, no lo soy. Soy una plebeya, igual que tú. Sirvo a la nobleza que vive aquí, haciendo tareas domésticas.

«De hecho, provengo de la Tierra y no soy un plebeyo, pero no serviría de nada explicárselo».

Saito decidió presentarse.

—Ya veo. Bueno, me llamo Saito Hiraga. Encantado de conocerte.

—Que nombre más raro. Yo soy Siesta.

En ese momento el estómago de Saito gruñó.

—Debes estar hambriento.

—Sí...

—Sígueme por aquí, por favor.

Siesta marchó.

Saito fue guiado hasta la cocina localizada en la parte trasera del comedor. Un montón de ollas y hornos estaban alineados. Los cocineros y otras sirvientas como Siesta estaban ocupados preparando comida.

—Espera un momento, por favor.

Siesta hizo que Saito se sentara en una silla ubicada en la esquina de la cocina y desapareció rápidamente. Pronto regresó con un tazón de estofado caliente en sus manos.

—Esto es un poco de estofado hecho con las sobras de la comida de los nobles. Si no te importa, por favor, cómelo.

—¿Puedo?

—Sí. Aunque sólo es la comida del personal.

Su amabilidad era conmovedora. Esto era completamente diferente a la sopa que Louise le había dado. Tomó una cucharada y la llevó a su boca. «Delicioso. Voy a llorar».

—¡Está tan bueno!

—¡Genial! Hay bastante por si quieres repetir, así que tomate tú tiempo.

Saito se comió el estofado como si estuviera en un sueño. Siesta se quedó de pie mirándolo, sonriendo dulcemente todo el tiempo.

—¿No te dieron nada de comer?



—Esa chica me quitó el plato cuando la llamé Louise *la Zero*.

—¡Oh, no! ¡No debes decir cosas así a los nobles!

—¿Qué nobles? Son unos arrogantes sólo porque pueden usar magia.

—Debes ser muy valiente.

Siesta miró a Saito con una expresión de asombro. Saito le regresó a Siesta el tazón vacío.

—Estaba delicioso. Gracias.

—Me alegro de que te haya gustado. Siéntete libre de pasarte cuando estés hambriento. Si no te importa comer lo que sea que estemos comiendo en el momento, estaré feliz de compartirlo.

«Qué oferta tan amable». Saito estaba aún más conmovido.

—Gracias.

De repente Saito empezó a llorar, sorprendiendo a Siesta.

—¿Qu-qué pasa?

—No... sólo es que esta es la primera vez que alguien ha sido tan bueno conmigo desde que llegué a este mundo... me emocioné un poco.

—N-no será para tanto.

—No lo es. Si hay algo que pueda hacer por ti, sólo dímelo. Te ayudaré.

No estaba especialmente interesado en algo como lavar la ropa interior de Louise y prefería mucho más ayudar a esta chica.

—En ese caso, por favor, ayúdame a servir el postre —dijo Siesta con una sonrisa.

—Sí —asintió Saito entusiasmado.

Se colocaron un montón de pasteles en una gran bandeja plateada. Saito llevaba la bandeja, mientras que Siesta tomaba los pasteles con pinzas y los servía de uno en uno a los nobles.

Un mago en particular se levantó. Tenía el cabello rubio rizado, lucía una camisa con volantes y parecía ser un engreído. También tenía una rosa en el bolsillo de su camisa. A su alrededor estaban sus amigos, que se estaban burlando de él.

—¡Ey! ¡Guiche! ¿Con quién vas a salir ahora?

—¿Quién es tu amante, Guiche?

Parecía que el orgulloso mago se llamaba Guiche. Suavemente puso un dedo en sus labios.

—¿Salir? No hay ninguna mujer que lo merezca. Después de todo, una rosa florece por el placer de muchos.

«Este tipo se está comparando con una rosa. Un egocéntrico como éste es un caso perdido». Era el tipo de narcisista que hacía que la gente de alrededor sintiera vergüenza ajena. Saito lo miró enfurecido deseando que se muriera.

En ese momento algo cayó del bolsillo de Guiche. Era una pequeña botella de vidrio con un líquido morado dentro.

«Este tipo no me cae bien, pero debo decirle que algo se le cayó».

—Oye —Saito llamó a Guiche—, se te cayó eso del bolsillo.

Pero Guiche no le hizo caso.

«¡Este tipo me está ignorando!» Saito le pasó la bandeja a Siesta y se agachó para recoger la botella.

—Te dije que se te cayó esto, Don Juan.

La puso en la mesa. Guiche vio con una mirada asesina a Saito, y empujó la botella.

—Esto no es mío. ¿De qué estás hablando?

Los amigos de Guiche se dieron cuenta de dónde había salido la botella e hicieron un alboroto.

—¿Oh? ¿Ese perfume no es de Montmorency?

—¡Sí! ¡Ese color morado es el perfume que Montmorency sólo mezcla para ella!

—Así que si algo así cae de tu bolsillo, Guiche, quiere decir que estás saliendo con Montmorency, ¿cierto?

—No, esperad, escuchadme. Estoy diciendo esto por el bien de su reputación, pero...

Cuando Guiche iba a decir otra cosa, una chica, que llevaba puesta una capa marrón y había estado sentada en la mesa detrás de ellos, se levantó y caminó hacia la silla de Guiche. Era una chica linda con cabello castaño. Por el color de su capa, era una estudiante de primer año.

—Señor Guiche...—empezó a llorar incontrolablemente—. Lo sabía. Vos y la señorita Montmorency son...

—Lo están malinterpretando. Katie, escucha. La única persona que tengo en mi corazón eres tú...

Pero la chica llamada Katie abofeteó a Guiche tan fuerte como pudo.

—¡Ese perfume que dejaste caer de tu bolsillo es prueba suficiente! ¡Adiós!

Guiche se frotó la mejilla.

En este momento, una chica con el cabello rizado se levantó de su asiento un poco más lejos en la misma mesa. Saito la reconoció, era la chica que había discutido con Louise cuando él había sido recién invocado.

Con una expresión seria, se acercó a Guiche rápidamente dando pequeños pasos.

—Montmorency. Esto es un malentendido. Todo lo que hice fue acompañarla en un largo viaje a los bosques de La Rochelle... —dijo Guiche, moviendo su cabeza. Fin-gía estar tranquilo pero una gota de sudor frío rodó por su frente—.

—¡Tal como pensaba! ¡Has estado seduciendo a esa de primer año, ¿no es así?!

—Por favor, Montmorency *la Perfumada*. No arrugues tu preciosa cara por la rabia. ¡Me entristece verlo!

Montmorency agarró una botella de vino que estaba en la mesa y vació el contenido en la cabeza de Guiche. Y entonces...

—¡Mentiroso! —gritó. Y se fue furiosa.

Hubo un gran silencio en el salón. Guiche agarró un pañuelo y lentamente se limpió la cara. Moviendo su cabeza habló dramáticamente.

—Parece que esas señoritas no entienden el significado de la existencia de la rosa.

«Sí, y tú sigue intentando eso» pensó Saito mientras tomaba la bandeja de manos de Siesta y se marchaba.

—Detente ahí mismo —ordenó Guiche.

—¿Qué pasa ahora?

Guiche estiró su cuerpo en la silla y cruzó las piernas con un ademán. El que cada acción reflejara arrogancia le causó un dolor de cabeza a Saito.

—Gracias a que tú recogiste una botella de perfume sin pensar, la reputación de dos señoritas ha sido mancillada. ¿Cómo te harás responsable?

—Oye, es culpa tuya por salir con ambas al mismo tiempo, a mí no me mires —contestó con un tono exasperado.

Los amigos de Guiche se empezaron a reír.

—¡Exactamente, Guiche! ¡Es tu culpa! —la cara de Guiche se tornó de un rojo carmesí.

—Escucha, sirviente. Cuando pusiste la botella de perfume en la mesa, ¿no me hice el loco? ¿Te hubiera afectado en algo el tener un poco de tacto y haberme seguido la corriente?

—Da igual. De todas formas, el que estuvieras saliendo con ambas se iba a des-

cubrir tarde o temprano. Ah, y otra cosa, no soy un sirviente.

—Hmph —resopló, como tratando con superioridad a Saito—. Ah, tú eres... Tú debes ser el plebeyo invocado por esa Louise *la Zero*. Fue error mío esperar que un plebeyo como tú reaccionase tan inteligentemente como un noble. Puedes irte.

Saito reaccionó en ese momento. Niño bonito o no, no había forma de que Saito se quedará ahí quieto mientras que ese narcisista vanidoso le decía todo eso. No pudo evitar hacer un comentario provocador.

—Cállate, cabrón pretencioso. ¿Por qué no os morís tú y tu rosa y me dejáis en paz de una vez?

Los ojos de Guiche se entrecerraron.

—Parece que no sabe cómo dirigirse apropiadamente a un noble.

—Desafortunadamente, vengo de un mundo en el que no existen tales cosas como los nobles.

Saito levantó su mano derecha autoritariamente, imitando los gestos de Guiche.

—Muy bien. Entonces te enseñaré una lección sobre respeto. Una manera perfecta de liberar el estrés.

Guiche se levantó.

—Qué divertido.

Saito mostró sus dientes y gruñó. «Primero, no me cayó bien este tipo desde el principio. Segundo, está saliendo con dos chicas bastante bonitas, aunque ninguna es tan bonita como Louise. Y por último, me ridiculizó. Eso es más que suficiente para que pelee. Y también lo golpearé un par de veces más en nombre de Louise. Después de todo, ¡ella sigue siendo una chica!»

—¿Lo quieres hacer aquí? —dijo Saito.

A pesar de ser más alto que Saito, Guiche era larguirucho y se veía más bien débil. Se dice que los Don Juanes no tienen dinero ni fuerza. Saito no era muy fuerte, pero no pensó que perdería. Guiche se dirigió en dirección contraria.

—¿Estás huyendo?

—No seas estúpido. No puedo ensuciar el comedor de los nobles con la sangre de un plebeyo, así que te estaré esperando en el Jardín Vestri. Ve una vez termines de repartir esos pasteles.

Los amigos de Guiche, que se veían emocionados, se levantaron y lo siguieron. Pero una persona se quedó, como para asegurarse de que Saito no escapara.

Siesta miró fijamente a Saito, todo su cuerpo estaba temblando. Saito habló con una gran sonrisa.

—Tranquila. No hay manera de que pierda ante ese debilucho. Menudo noble, ¿eh?

—Te... te van a matar.

—¿Qué?

—Si enfadas a un noble de verdad... —Siesta salió corriendo.

—¿A qué vino eso? —dijo Saito en voz baja— ¿Tan fuerte es ese tipo?

Louise se acercó a él por detrás.

—¡Oye! ¡¿Qué crees que estás haciendo?! ¡Vi todo lo que sucedió!

—Hola, Louise.

—¡Este no es momento de estar diciéndome 'hola'! ¡¿Cómo puedes andar por ahí prometiéndome duelos como si tal cosa?!

—Pero ese tipo era muy irritante. —dijo Saito indignado.

Louise suspiró y se encogió de hombros decepcionada.

—Pídele disculpas.

—¿Por qué?

—Si no quieres salir herido, ve y discúlpate. Si lo haces ahora tal vez él te perdone.

—¡¿Estás bromeando?! ¡¿Por qué soy yo el que se tiene que disculpar?! ¡Él me insulto primero! Y además, solamente estaba intentando ayudar.

—Sólo hazlo.

Louise se le quedó viendo a Saito con una expresión firme.

—De ninguna manera.

—Qué terco. ¿Pero sabes qué? No puedes ganar. Saldrás gravemente herido. De hecho, tendrás suerte de regresar con vida así sea con unas heridas.

—No lo sabré hasta que lo intente, ¿no es así?

—¡Escucha! ¡Un plebeyo nunca le podrá ganar a un mago!

—¿Así que dónde está el Jardín Vestri?

Saito se fue caminando. El amigo de Guiche que había estado observando la conversación de Louise y Saito, señaló con la barbilla.

—Por aquí, plebeyo.

—¡Aaah! ¡En serio! ¡¿Por qué este familiar sigue haciendo lo que le viene en gana?!

Después de eso Louise se fue detrás de Saito.

El Jardín Vestri era el jardín central que estaba situado entre las torres elementales del Viento y el Fuego. Como estaba localizado al oeste el Jardín no recibía mucha luz del sol aún en pleno día, aunque era un lugar perfecto para un duelo.

—¡Caballeros! ¡Es un duelo!

Guiche alzó su rosa artificial, provocando que los espectadores lo aclamaran.

—¡Guiche va a pelear! ¡Su oponente es el plebeyo de Louise!

«¿Sabes? Yo también tengo un nombre» pensó Saito amargamente.

Moviendo su mano, Guiche agradeció la aclamación. Y entonces, como si apenas se percatara de la presencia de Saito, se giró para enfrentarlo.

Saito y Guiche estaban de pie en medio del Jardín, mirándose fijamente el uno al otro.

—Antes de nada, ¡te felicito por haber venido en vez de haber huido! —recalcó Guiche como cantando, mientras giraba su rosa.

—¡Como si fuera a huir!

—Bueno, entonces, comencemos —dijo Guiche.

«Menos charlar, y más acción». Saito comenzó a correr. «¡Las peleas las ganas el que da el primer golpe! Estoy más o menos a diez pasos de donde está Guiche. ¡No me importan mucho los nobles o los magos! ¡Sólo quiero golpear esa arrogante nariz tuya!»

Guiche miró a Saito con una sonrisa y movió su rosa.

Un pétalo flotó hasta el suelo como bailando en el aire y se convirtió en una guerrera con armadura. Su peso era el mismo que el de una persona, pero parecía estar hecha de algún duro metal. Bajo la pálida luz del día su piel y su armadura brillaban.

Se quedó de pie, petrificada, en el camino de Saito.

—¡¿Qu-que demonios es esto?!

—Soy un mago, por lo tanto, peleo utilizando magia. Seguramente no tienes quejas, ¿no?

—T-tú...

—Supongo que se me olvidó mencionarlo antes. Me llaman *el Bronce*, Guiche, *el Bronce*. Como corresponde, mi golem de bronce Valquiria será tu oponente.

—¿Eh?

El golem con forma de guerrera embistió a Saito. Su puño derecho impactó fuertemente en el estómago de Saito.

—¡Aargh!

Saito gimió y cayó al suelo. No es para sorprenderse, considerando que había sido golpeado en el estómago por un puño de bronce.

El golem miró a Saito sin mostrar emociones. No podía levantarse por el dolor. «Supongo que así es como se siente el ser golpeado por un boxeador profesional» pensó.

—¿Qué? ¿Eso es todo?

Guiche se escuchaba poco satisfecho.

—¡Guiche!

—Oh, ¡Louise! Es mi culpa. Sólo te estoy pidiendo prestado a tu familiar por un momento.

Louise movió su largo cabello.

—¡Ya es suficiente! —gritó irritada a Guiche— ¡Y además, pelear está estrictamente prohibido!

—Sólo los duelos entre nobles están prohibidos. Nadie ha prohibido los duelos entre plebeyos y nobles.

Louise se quedó sin palabras por un momento.

—Es-eso es porque nunca había pasado nada parecido.

—Louise, ¿te gusta este plebeyo?

La cara de Louise se puso de un color escarlata por la rabia.

—¡No! ¡No seas ridículo! ¡Lo que pasa es que no pienso aguantar que le den una paliza a mi familiar justo delante de mis ojos!

—¿A-a quién le están dando una paliza? Estoy bien.

—¡Saito!

Viendo que Saito se había levantado de nuevo, Louise prácticamente gritó su nombre.

—Je, je, je, por fin me has llamado por mi nombre.

Louise estaba temblando.

—¿¿Entiendes ahora?! ¡¿No?! ¡Un plebeyo nunca podrá vencer a un mago!

—Fui un poco descuidado, eso es todo. Estoy bien, así que retrocede.

Saito empujó hacia atrás a Louise.

—¿Qué significa eso? No pensé que te podrías volver a levantar. Tal vez fui muy suave contigo.

Saito caminó lentamente hacia Guiche. Louise lo siguió y le agarró el hombro.

—¡Detente! ¡Idiota! ¿Por qué sigues de pie?

Se quitó la mano del hombro.

—Porque él me saca de mis casillas.

—¿Te saca de tus casillas? Mira, ¡no es vergonzoso perder contra un mago!

—Cállate —dijo Saito mientras caminaba tambaleante.

—¿Eh?

—Tú también me estás empezando a enfadar. No sé nada sobre magos o nobles, para mí son un grupo de mocosos egocéntricos. ¿Qué hay tan bueno sobre la magia? Idiotas.

Guiche observó a Saito con una tenue sonrisa pintada en su cara.

—Entre más lo intentes, más inútil será.

El característico espíritu de lucha de Saito se encendió y lanzó un pequeño gruñido.

—Eso no fue nada. Tú pequeña estatua es muy débil.

Guiche dejó de sonreír. La mano derecha del golem golpeó la cara de Saito. El golpe dio directo en su mejilla y fue derribado. La sangre goteaba de su nariz rota.

Saito estaba sorprendido mientras trataba de contener la sangre. «Mierda... Así que esta es la fuerza de un mago. He estado en una que otra pelea, pero ese puñetazo no se compara con ninguno que he recibido antes».

A pesar de eso se levantó tembloroso. Sin piedad, el golem de Guiche lo mandó a volar una vez más con una patada. Se levantó otra vez y fue derribado una vez más. Una y otra vez, el proceso se repetía. El octavo puñetazo conectó al brazo derecho de Saito. Se escuchó un horrible ruido seco.

Incapaz de verse el brazo por su hinchado ojo izquierdo, lo examinó con el derecho. Estaba torcido en el ángulo equivocado. Mientras Saito se quedó mirando su brazo el golem llegó y le puso el pie en la cara. Su cabeza se golpeó fuertemente con el suelo y perdió la consciencia por un momento.

Cuando volvió en sí, pudo ver la cara de Louise enmarcada con el cielo azul de fondo.

—Por favor. Para ya.

Los ojos color avellana de Louise estaban húmedos por las lágrimas. Saito intentó hablar, pero el dolor en su pecho causado por los repetidos golpes era demasiado fuerte. A pesar de esto concentró toda su fuerza de voluntad para hablar con una voz ronca.

—¿Estás llorando?

—¡No! ¿Quién llora aquí? Eso no importa, ya es suficiente. Lo hiciste muy bien. Nunca había visto a un plebeyo como tú.

Su brazo roto palpitaba en agonía. Saito hizo una mueca.

—Esto... duele.

—¡Claro que duele! ¡Es obvio! ¡¿En qué estabas pensando?!

Lágrimas rodaban por la cara de Louise y caían en la mejilla de Saito.

—Eres mi familiar, ¿entiendes? No te voy a perdonar que hagas más actos estúpidos.

Guiche le habló a la pareja.

—¿Ya hemos terminado?

—...Espera. Sólo estoy calentando.

—¡Saito!

Guiche sonrió y movió su rosa. Esta vez, el pétalo se convirtió en una espada. Guiche la tomó y la lanzó en la dirección de Saito. La punta de la espada se clavó en el suelo no muy lejos de donde estaba Saito.

—Si estás dispuesto a continuar entonces toma una espada. Si no, todo lo que debes decir es un simple 'lo siento'. Entonces te perdonaré y terminaremos con esto.

—¡No le insultes!

Louise gritó y se levantó. Pero Guiche la ignoró completamente y continuó hablando.

—¿Entiendes? Es una espada. En otras palabras, un arma. Es lo mínimo que ustedes los plebeyos necesitan si quieren tomar venganza de nosotros los nobles. Así que como dije, si todavía quieres continuar, toma la espada.

Saito estiró la mano derecha para tomar la espada. Pero con su brazo roto, sus dedos no tenían fuerza. Louise lo detuvo.

—¡No! ¡No hay forma de que te deje hacer esto! ¡Si tomas esa espada, Guiche no tendrá compasión de ti!

Louise agarró su mano derecha fuertemente.

—No me importa ser un familiar —declaró con una voz fuerte y clara—. Puedo soportar el tener que dormir en el suelo. No me importa si la comida es mala. ¿Lavar ropa interior? Lo haré también. Igual no tengo opción—. Saito hizo una pausa y apretó su mano izquierda—. Pero...

—¿Pero qué?

—¡No pienso bajar la cabeza ante nadie en contra de mi voluntad!

Utilizando sus últimas reservas de fuerza, Saito se forzó a sí mismo a levantarse. Apartando a Louise, tomó la espada que estaba atorada en el suelo con su mano izquierda. En ese momento las runas inscritas en su mano empezaron a brillar fuertemente.

Cambiamos de escenario por un momento y volvamos a la oficina del director.

El señor Colbert estaba explicándole fervientemente a Sir Osmond acerca del plebeyo que fue invocado por Louise en el *Rito de Invocación*, acerca de por qué estaba preocupado de que las runas que habían aparecido en la mano del chico fueran una prueba del contrato entre él y Louise. Y que cuando fue a investigar más...

—¿Descubriste que él es el familiar del Fundador Brimir, Gandálfr?—Osmond examinó el dibujo de Colbert de las runas en la mano izquierda de Saito.

—¡Sí! ¡Las runas que aparecieron en la mano izquierda de ese chico son exactamente las mismas que estaban inscritas en el familiar legendario Gandálfr!

—¿Y qué conclusión substrajiste de todo esto?

—¡Que ese chico es Gandálfr! Si éstas no son grandes noticias, ¿entonces qué lo son, viejo Osmond?

Colbert se levantó mientras limpiaba su cabeza calva con un pañuelo.

—Hm...Es verdad, las runas son las mismas. Pero que un plebeyo ordinario se convierta en Gandálfr sólo por tener las mismas runas... Me pregunto cómo pudo pasar eso.

—¿Qué debemos hacer?

—Pero aún es muy pronto para afirmar nada.

—Eso es verdad.

Sir Osmond tamborileó en el escritorio. Se escuchó un golpe en la puerta.

—¿Quién es?

Del otro lado de la puerta apareció la voz de la señorita Longueville.

—Soy yo, viejo Osmond.

—¿Qué sucede?

—Parece que unos estudiantes están peleando en el Jardín Vestri. Están causando un alboroto. Unos cuantos profesores han ido y han intentado detenerlos, pero los estudiantes impiden que puedan hacer algo.

—Por Dios, estos chicos nobles tienen mucho tiempo libre para causar problemas. ¿Quién son los involucrados?

—Uno de ellos es Guiche de Gramont.

—Ah, ese hijo idiota de Gramont. El ser un amante de las faldas debe ser de familia considerando que su padre es más mujeriego aún. No me sorprendería que conozca a cada chica de la escuela. ¿Y quién es su oponente?

—Bueno, no es un mago. Me informaron que es el familiar de la señorita Vallière.

Osmond y Colbert intercambiaron miradas.

—Los profesores están pidiendo que se utilice la *Campana del Sueño* para detener el duelo.

Los ojos de Osmond brillaron como los de un halcón.

—Ridículo. No se necesita usar un artefacto tan importante sólo para detener una pelea de niños. Déjenlo estar.

—Entendido.

Los pasos de la señorita Longueville desaparecieron por el pasillo. Colbert tragó saliva y presionó verbalmente a Osmond.

—Viejo Osmond.

—Hm.

Sir Osmond movió su bastón y un gran espejo que estaba en la pared empezó a mostrar la situación en los Jardines Vestri.

Saito estaba sorprendido. En el instante en que tomó la espada, todo el dolor de su cuerpo desapareció. Se dio cuenta que las runas en su mano izquierda estaban brillando. Y entonces...

«Mi cuerpo se siente tan ligero como una pluma. Casi podría despegar y volar». Aunado a esto, la espada que llevaba en su mano izquierda se sentía tan familiar que parecía una extensión de su cuerpo. «Esto es extraño. Nunca he tocado una espada antes»

Al ver a Saito con la espada en su mano, Guiche sonrió fríamente.

—Antes de nada, déjame felicitarte. Estoy bastante impresionado de que un plebeyo como tu llegara tan lejos contra un mago.

Con eso giró la rosa en su mano. «Esa rosa artificial debe ser su varita. En serio, ¿cuán presumido puedes ser?» Saito estaba tan asombrado que se podía dar el lujo de andar pensando en tales cosas. «Me acaban de dar una paliza. ¿Qué me pudo haber pasado?»

El golem de Guiche atacó de nuevo. «Estúpido pedazo de hojalata». La estatua modelada con la forma de una mítica valquiria se aproximó a Saito en cámara lenta. «¡Qué demonios!» pensó Saito. «¿Este montón de basura fue la que me golpeó como si fuera un muñeco de trapo?» Saito saltó a la acción.

Al ver cómo su golem fue cortado en dos como si fuera un pedazo de arcilla, Gui-



che dejó salir un gemido. Cada mitad del golem golpeó el suelo con un sonido metálico. Mientras tanto, Saito fue hacia Guiche en un torbellino de acción. En pánico, Guiche movió su varita rosa frenéticamente. Pétalos bailaron y seis nuevos golems aparecieron. En total, siete golems eran el arsenal completo de Guiche. Nunca se habría imaginado que un simple plebeyo podría ganarle tan siquiera a uno.

Los golems rodearon a Saito y se abalanzaron contra él al mismo tiempo. Y justo cuando parecía que lo tenían, cinco de ellos fueron cortados. Había sido tan rápido que nadie vio la espada, haciendo que todos se preguntaran qué tipo de habilidad sobrehumana era esta.

El golem restante corrió inmediatamente para defender a Guiche. Pero también fue derribado por una cuchillada que no se vio.

—¡¡Hiii!!

Una patada en la cara mandó a Guiche al suelo. Vio cómo Saito saltó hacia él. «¡Voy a morir!» pensó, mientras se protegía la cabeza. Algo hizo un ruido hueco...

Cuando tímidamente abrió sus ojos de nuevo Saito había clavado la espada en el suelo, justo a la derecha de la cabeza de Guiche.

—¿Quieres continuar? —preguntó Saito.

Guiche movió la cabeza frenéticamente. Había perdido todo el deseo de pelear.

—Me rindo —dijo con un tono decepcionado.

Saito soltó su mano y se fue caminando. Podía escuchar una gran aclamación de parte de la audiencia, como 'Uau, ¡ese familiar es genial!' u 'Oh cielos, ¡Guiche perdió!'

«Yo... ¿Gané? ¿Cómo?» Los pensamientos de Saito estaban borrosos. «¿Qué me pasó? Me estaban dando una paliza sin piedad. Y entonces, en el momento que mi mano tocó la espada, mi cuerpo se sintió como una pluma. Lo próximo que recuerdo son los golems de Guiche despedazados. Ni siquiera sabía cómo utilizar una espada. Todavía no lo entiendo muy bien, pero qué importa. De alguna manera gané y eso es lo importante. Pensaré en esto después. Porque ahora mismo me siento muy cansado. Quiero dormir».

Pudo ver a Louise corriendo hacia él. '¡Oye! ¡Gané!' es lo que quería gritar, pero las rodillas se le doblaron. La sensación de fatiga podía más que él y sintió cómo perdía la consciencia lentamente. Saito se desplomó. Al ver cómo Saito empezaba a tambalear, Louise corrió más rápido para intentar apoyarlo en ella, pero no llegó a tiempo. Saito cayó al suelo con un fuerte golpe.

—¡Saito!

Louise lo sacudió. No, no parecía que había muerto.

—Guu...

Podía escuchar cómo roncaba. Estaba durmiendo.

—Está dormido...

Louise parecía aliviada mientras dejó salir un suspiro. Guiche se levantó y movió su cabeza asombrado.

—Louise, ¿quién es ese chico? Todas mis Valquirias fueron derrotadas tan fácilmente....

—Sólo es un plebeyo.

—No hay forma de que mis golems hayan podido perder contra 'sólo un plebeyo'.

—Hmph. ¿No habrá sido porque eras más débil?

Louise intentó levantar a Saito, pero al no ser capaz de apoyarlo apropiadamente, terminó cayendo, con él encima de ella.

—¡Aaah! ¡Dios! ¡Eres muy pesado! ¡Idiota!

Uno de los estudiantes de la muchedumbre lanzó un hechizo de levitación en Saito. Louise empezó a empujar suavemente el cuerpo de Saito. Necesitaba llevarlo de vuelta a su habitación y vendarlo.

Louise se limpiaba los ojos con la manga de la camisa. Parecía que estaba sufriendo, se veía tan lamentable que ella no podía evitar llorar. Se volvió tan fuerte cuando tomó la espada, pero si no hubiera sido por eso realmente pudo haber muerto. Ahora mismo, eso era más importante que el que Saito ganara. «Apuesto que este idiota pensó que no importaba si moría. Yendo por ahí, siendo así de testarudo, cuando sólo eres un plebeyo».

—Sólo eres un familiar, ¡¿Así que por qué continúas haciendo lo que te da la gana?!

Louise le gritó a Saito, que dormía. Su alivio fue reemplazado rápidamente por enojo.

Sir Osmond y el señor Colbert terminaron de ver todo el suceso vía el *Espejo de la Vista Remota*. Intercambiaron otra mirada.

—Viejo Osmond.

—Hm.

—Ese plebeyo terminó ganando.

—Hm.

—Guiche es solamente un mago de nivel Punto, pero aun así no debió ser vencido por un plebeyo cualquiera. ¡Qué velocidad tan increíble! ¡Nunca había visto a un plebeyo como él! ¡No hay duda de que es Gandálfr!

—Hm.

El señor Colbert presionó a Osmond.

—Viejo Osmond. Debemos reportar esto al palacio inmediatamente y pedir instrucciones...

—No habrá necesidad de eso.

Sir Osmond asintió severamente, despeinando su blanca barba.

—¡Pero señor! ¡Este es el mayor descubrimiento del siglo! ¡Un Gandálfr renacido en el mundo moderno!

—Señor Colbert, Gandálfr no era un familiar ordinario.

—¡Exactamente! ¡Era el familiar usado por el Fundador Brimir! ¡Gandálfr! Nunca hubo una descripción de su apariencia, pero se dice que fue creado específicamente con el propósito de proteger al Fundador Brimir mientras realizaba sus hechizos.

—Correcto. Los hechizos del Fundador Brimir eran especialmente largos, eso hacía a sus hechizos muy poderosos. Y, como sabes, los magos son más vulnerables mientras están conjurando. Gandálfr era el familiar que él usaba para que lo protegiera en esos momentos de vulnerabilidad. Su punto fuerte.

—¡Podría eliminar a un ejército de mil soldados él solo! ¡Los magos ordinarios son nada para él! —interrumpió Colbert en este punto luciendo bastante emocionado.

—Así que, Señor Colbert.

—¿Sí?

—Ese chico, sólo es un plebeyo normal, ¿no?

—Sí. No importa cómo se vea, es un plebeyo normal. Hasta lo confirmé con un hechizo de detección cuando la señorita Vallière lo invocó, pero aun así era un plebeyo común y corriente.

—¿Y cómo es que se convirtió en el Gandálfr moderno?

—Sería por la señorita Vallière, pero...

—Supongo que debe ser una maga muy talentosa, ¿no?

—Para nada. Más bien se podría decir que no tiene talento.

—No hay dudas de que son un dúo misterioso.

—Sí.

—¿Cómo es que un chico normal contratado por un mago sin talento se convirtió en Gandálfr? Qué paradoja. No entiendo cómo pudo suceder.

—Exactamente.

—En cualquier caso, no hay necesidad de que le demos a esos tontos de palacio a Gandálfr y a su ama. Dales juguetes como estos y sólo causarán otra guerra innecesaria. Los consejeros de la corte tienen mucho tiempo libre y les gusta combatir.

—Oh, ya veo. Pido disculpas por haber pasado por alto asuntos tan importantes.

—Yo tomaré la responsabilidad de este caso. No le hablaré a nadie más de esto, señor Colbert.

—¡S-sí! ¡Entiendo!

El Viejo Osmond tomó su bastón y se giró mirando hacia afuera por la ventana. Se vio inmerso en sus pensamientos sobre la lejana historia.

—El familiar legendario, Gandálfr. Me pregunto qué otras formas ha tomado en el pasado —murmuró Colbert como si estuviera soñando—. Se decía que Gandálfr era capaz de utilizar cualquier arma para derrotar a sus enemigos.

—Hm.

—Así que por lo menos debía tener un brazo y una mano, creo.

La luz de la mañana despertó a Saito. Su cuerpo estaba cubierto de vendas.

«Es verdad. Acepté un duelo con ese tal Guiche y me estaban dando una paliza. Entonces de alguna manera milagrosa pude ganar usando esa espada...y me desmayé».

Estaba en el cuarto de Louise. Y por alguna razón estaba durmiendo en la cama de Louise. Louise estaba sentada, durmiendo profundamente con la cabeza apoyada en una mesa.

Sus ojos se dirigieron a las runas en su mano izquierda. Cuando esas runas brillaron su cuerpo se sintió tan ligero como una pluma, una espada que nunca había sostenido en su vida se sentía como una extensión de su brazo y había cortado los golems de Guiche como si nada. En este momento, esas runas no estaban brillando.

«Me pregunto qué habrá sido eso». Mientras miraba a su mano izquierda curiosamente golpearon la puerta y un instante después se abrió. Era Siesta, la plebeya que le dio estofado en la cocina. Vestía su uniforme de sirvienta con la cinta adornándole el cabello. Miró a Saito y sonrió. En la bandeja plateada que llevaba, había un poco de pan y agua.

—¿Siesta?

—¿Ya estás despierto, Saito?

—Sí... Yo...

—Después de todo eso, la señorita Vallière te trajo aquí para que durmieras. Tuvo que buscar a un profesor para que conjurara un hechizo de sanación en ti. Fue una situación seria.

—¿Hechizo de sanación?

—Sí. Es magia que ayuda a curar heridas o enfermedades. ¿No lo sabías?

—No... —movió Saito la cabeza.

El que Saito no conociera algunos términos básicos desconcertó a Siesta, pero no ganaría nada quedándose callada.

—La señorita Vallière pagó por el reactivo que era necesario para el hechizo de sanación, así que no te preocupes por eso.

Su silencio era una clara indicación de que estaba preocupada por el dinero.

—¿Ese reactivo fue muy caro?

—Bueno, definitivamente es algo que un plebeyo no podría pagar.

Saito intentó levantarse, pero sólo pudo gritar por el dolor.

—¡Ouch!

—¡Ah! ¡No te debes mover! ¡Tus heridas son tan graves que ni el hechizo de sanación pudo curarlas completamente! ¡Necesitas tomar las cosas con calma!

Saito asintió y se recostó en la cama.

—Te traje un poco de comida. Por favor, come —Siesta puso la bandeja en la cabecera de la cama junto a Saito.

—Gracias. ¿Cuánto tiempo dormí?

—Tres días y tres noches seguidas. Todos estaban preocupados de que no fueras a despertar.

—¿Todos?

—El personal de la cocina...

Siesta bajó los ojos tímidamente.

—¿Qué sucede?

—Um... lo siento. Haber huido en ese momento...

Ella estaba hablando de cómo huyó atemorizada cuando Saito enfureció a Guiche en el comedor.

—No te preocupes. No hay nada de qué disculparse.

—Como no podemos usar magia los nobles siempre han sido intimidantes para nosotros, los plebeyos.

De repente Siesta levantó la cabeza. Sus ojos brillaban.

—¡Pero ya no estoy asustada! ¡Me inspiraste, Saito! ¡Aunque eres un plebeyo ganaste a un noble!

—¿De verdad? Ja, ja... Aunque en realidad no tengo la más mínima idea de cómo gane.

Apenado, Saito sólo se rascó la cabeza. Entonces se dio cuenta de que estaba usando su brazo derecho, el que había sido roto. Estaba completamente bien. Todavía dolía un poco al moverlo, pero parecía que los huesos estaban juntos de nuevo.

«Uau, así que esto es magia». Saito pensó un poco admirado. «Supongo que sí es algo de que estar orgulloso».

—Por cierto, ¿me has atendido todo este tiempo?

—Oh, no, yo no. Fue la señorita Vallière.

—¿Louise?

—Sí. Cambió todas las vendas y limpio el sudor de tu cara. No durmió ni un poco, así que debe estar exhausta.

Mientras dormía, la respiración de Louise era constante y suave. Sin embargo, tenía ojeras. «Su cara mientras duerme siempre es tan adorable. Se parece a una muñeca. Así que sí puede ser amable a veces» pensó. Repentinamente su cara de perfil parecía mucho más linda.

Louise parpadeó y abrió sus ojos.

—Fuaaaaaaaaaaaaa.

Se estiró con un gran bostezo, y entonces miró a Saito, quien había estado sentado en la cama sorprendido.

—Oh. Estás despierta.

—S-sí...

Saito bajó los ojos. Pensó que debía agradecerle.

—Um, Louise.

—¿Qué?

—Gracias. Y perdóname por haberte preocupado.

Louise se levantó y se acercó a Saito. El corazón de Saito se aceleró. «¿Dirá algo como 'buen trabajo, estuviste genial allá fuera' y tal vez me bese? »

Pero eso no es lo que pasaría. Louise le quitó la sabana a Saito y lo agarró por el pescuezo.

—Si te sientes mejor, ¡sal de mi cama!

Todavía agarrándolo, Louise sacó a Saito de la cama.

—¡Wah! ¡Ouch! —Saito cayó al suelo— ¡Oye! ¡Todavía soy una persona herida!

Saito se levantó. El cuerpo todavía le dolía, aunque no era nada que no pudiera aguantar. Pero aun así lo hubiera dejado dormir un poco más.

—Uh, en ese caso me iré ahora.

Siesta se fue de la habitación con una extraña sonrisa. O mejor dicho, huyó de la habitación.

Louise arrojó a Saito una montaña de ropa incluyendo ropa interior.

—¡Ack!

—Esa es la ropa sucia que se acumuló mientras estabas durmiendo. Una vez termines con eso, limpia mi habitación. ¡Date prisa!

—Um, ya sabes...

Louise miró furiosamente a Saito.

—¿Qué? ¿Crees que por ganarle a Guiche te trataría diferente? ¿Pensaste que serías felicitado? ¿Eres idiota?

Saito miró ofendido a Louise.

Decidió retirar lo que había pensado antes sobre ella siendo linda. Aun así... la manera en que Louise se sentaba en su cama moviendo sus piernas era de un nivel innegable de lindura más allá de este mundo. Su largo cabello color fresa ondeaba. Sus ojos color avellana brillaban con malicia. Era grosera, arrogante y egoísta, pero no importa cuánto él intentara negarlo, su apariencia era encantadora.

—¡Qué no se te olvide! ¡Eres mi familiar! —declaró Louise levantando un dedo de forma triunfante.

Capítulo 4

El día de un familiar

Había pasado una semana desde que Saito inició su vida como familiar de Louise en la Academia Mágica de Tristain. Si uno quisiese explicar el día a día de Saito acabaría diciendo algo parecido a lo siguiente.

Para empezar, al igual que la mayoría de humanos y animales de Tristain, despertaba por la mañana. Su cama era, como siempre, el suelo, aunque comparado con el primer día había mejorado. Dándose cuenta de que su cuerpo se resentía si pasaba la noche sobre el duro suelo, Saito le pidió a la sirvienta Siesta algo de paja que se usaba como alimento a los caballos, y la había apilado en una esquina de la habitación. Saito dormía en la montaña de paja, arropado por la manta que Louise le había tan 'graciosamente' otorgado.

Louise llamaba a la chapucera cama de Saito 'el nido del pollo', lo cual era apropiado puesto que los pollos duermen sobre paja, y porque la primera cosa que hacía Saito cada mañana era despertar a Louise, como un gallo. Tenía que hacerlo, sería un problema que Louise se levantara antes que él. 'Un estúpido familiar que tiene que ser levantado por su amo necesita ser castigado'. Louise nunca se cansaba de recordárselo. Si Saito se dormía se quedaba sin desayuno.

Una vez despierta Louise era vestida. Se ponía su ropa interior ella sola, pero hacía que Saito le pusiera su uniforme. Con todos sus encantos Saito se quedaba sin aliento cada vez que la veía en ropa interior. Dicen que te acostumbras a un amante hermoso en tres días, pero no parecía que Saito se fuese a acostumbrar a Louise de momento, quizás porque era su familiar, no su amante. Aun así, siempre al lado de Louise, Saito era prácticamente un amante. La única diferencia era la actitud de ella y el trato que recibía.

Viendo así a Louise cada día no era nada malo. De todas maneras, era una herida constante a su orgullo. Cuando ayudaba a calzarse a Louise, por ejemplo, no podía ocultar la irritación de su cara. Por lo menos eso era tolerado, pero si Saito decía algo que molestase a Louise, la situación se volvía problemática. 'Un familiar grosero que disgusta a su amo tan pronto en la mañana necesita ser castigado' era otro de los lemas de Louise. Si Saito se burlaba sobre el tamaño de los pechos de Louise o se enfurrñaba y decía algo parecido a 'abróchate tú solita la camisa', se quedaba sin desayuno.

Vestida con su uniforme, consistente en una capa negra, una blusa blanca y una falda gris, Louise se lavaba la cara y se limpiaba los dientes. La habitación no tenía

cosas tan básicas como agua corriente, así que Saito tenía que bajar hasta la fuente y traer agua para Louise en una jarra. Y, por supuesto, Louise no se lavaba la cara por sí sola. Hacía que Saito le lavase la cara. Una mañana, mientras estaba secando la cara de Louise con la toalla, aprovechó para pintarle la cara con un pedazo de carbón que había encontrado. Al ver su obra maestra sobre la cara de Louise, apenas pudo contener una carcajada. Entonces, con exagerada elegancia, se inclinó con educación.

—Ama. Hoy sois la pura representación de la belleza.

—¿Estás tramando algo? —respondió somnolienta debido a la baja presión de la sangre.

—¿Yo? Sólo soy un familiar cumpliendo las órdenes de mi señora. ¡Jamás me atrevería a tramar algo!

Louise sospechaba de la repentina y exagerada educación de Saito, pero dado que llegaba tarde a clase, no le interrogó más. Con sus mejillas de un rosa vivo, encantadores ojos de avellana y labios que parecían esculpidos en coral, Louise sabía que no necesitaba maquillarse, así que nunca se pintaba la cara. En otras palabras, no se miraba demasiado al espejo. Y este día no fue diferente. Resultado, no tenía ni idea del ‘maquillaje’ que Saito le había puesto.

Louise se encaminó a clase en este estado. Siendo tan tarde como era no se cruzó con nadie, ni en el pasillo ni en la escalera. Louise abrió la puerta de clase, sofocada. Sus compañeros, todos a una, la miraron y estallaron de risa.

—¡Oye, Louise, qué guapa estás hoy!

—¡Madre mía! ¡es tan típico de ti!

Después, cuando el señor Colbert elogió con delicadeza las gafas y el bigote dibujado en su cara, Louise entró en modo berseker. Salió al pasillo donde Saito se echaba las manos al estómago mientras se revolcaba en el suelo atacado por una risa histérica. Le abofeteó una docena de veces y le prohibió todas las comidas de ese día. Según Louise, un familiar que trataba la cara de su amo como un pedazo de pizarra era similar a los demonios de antaño que se oponían al Fundador Brimir y sus dioses aliados, y esos demonios no eran dignos de recibir pan y sopa dados por la Reina.

* * *

Después de desayunar Saito limpiaba la habitación de Louise. Esto consistía en barrer el suelo con una escoba y limpiar la mesa y ventana con un trapo. Y después venía la increíblemente divertida colada. Llevaba la ropa sucia a la fuente y la frotaba

contra una tabla para lavar. No había agua caliente, sólo agua helada que mordía con fuerza sus dedos.

La ropa interior de Louise parecía bastante cara, con muchos lacitos y diseños incorporados. Se quedaría sin comer si se le ocurría estropear alguna, así que tenía que lavarlas con cuidado. Era un trabajo muy duro. Cansado de hacerlo, dejó unas braguitas en particular con una banda elástica desgastada en el montón. Apenas unos días más tarde, Louise, ajena a todo esto, llevaba esa prenda en particular cuando el elástico se rompió. Sus bragas bajaron hasta sus tobillos atando ambas piernas como si fuera la trampa de un cazador. Además, estaba en lo alto de una escalera, así que rodó de forma espectacular hasta abajo.

Afortunadamente, no había nadie alrededor para verla bajar rodando las escaleras con su mitad inferior expuesta en todo su esplendor, así que al menos salvó su reputación. Dándose cuenta de que había sido excesivo, Saito fue lo suficientemente cuidadoso como para no espiar en el interior de la falda mientras se disculpaba efusivamente con Louise, que quedó inconsciente al pie de la escalera. No había pretendido que fueran así las cosas. Había esperado que se produjera en un pasillo, para conseguir mejores resultados.

Una vez que Louise recobró el conocimiento y se dio cuenta de lo sucedido, le mostró las bragas desgastadas de forma acusadora a Saito, que estaba obedientemente sentado al lado de la cama.

—Estaban desgastadas.

—Lo estaban, señora.

La voz de Louise temblaba de furia.

—Explícate.

—Debe haber sido el agua de la fuente, señora. Está tan fría que podría congelar al instante los dedos. Me parece que el elástico no pudo soportarlo.

Esa fue la respuesta de Saito.

—¿Estás diciendo que la culpa fue de la goma?

—Estoy diciendo que fue culpa del agua. Es un agua malvada. Estoy convencido que debe de haber alguna especie de maldición por la que está tan fría y así afecte a la goma.

—En ese caso, no alimentaré a este familiar tan leal con sopa hecha con esa agua tan malvada.

—Sois muy amable.

—Tres días, creo yo, serán suficientes para que el agua vuelva a la normalidad.

Saito se pasó tres días sin comer.

* * *

Aun así Saito permaneció alimentado en aquellos tres días. Tan sólo fingía estar enfadado y visitaba la cocina detrás del Salón de Alviss, donde la enérgica y adorable Siesta le servía comida, como asado o carne. Iba allí incluso cuando no estaba castigado sin comer. La sopa que Louise llamaba 'la bendición extendida de Su Majestad, la Reina' nunca le bendecía con un estómago lleno.

Naturalmente, mantuvo en secreto las visitas a la cocina. A Louise le encantaba castigarle sin comer hasta que no enmendara su comportamiento, así que sería un problema si se enterase del asado y la carne que Siesta le servía amablemente. Louise probablemente le prohibiría las visitas por el bien de la 'educación' de su familiar. Así pues, no se daba ni cuenta.

En cualquier caso, Saito prefería a Siesta y a la cocina cien veces más que a esa tal Reina y al Fundador Brimir, a los que nunca había conocido.

* * *

Una mañana, después de beberse con voracidad su sopa delante de Louise fue a la cocina. Saito, habiendo vencido al noble Guiche en los Jardines Vestri, era increíblemente popular allí.

—¡Nuestra Espada está aquí!

El que gritaba era Marteau, el chef principal, un cuarentón bastante regordete. Naturalmente era un plebeyo, pero con su posición de chef principal de la Academia ganaba tanto como un noble de clase baja, algo para sentirse orgulloso. Vestido en prendas simples pero finas, comandaba la cocina con meros movimientos de su mano. A pesar de su muy respetable posición como chef principal de una academia mágica para nobles, Marteau no era para nada arrogante, y lo que era más sorprendente, no apreciaba ni la magia ni los nobles. Llamaba a Saito, en virtud de la espada que había usado para vencer a Guiche, por el apelativo de 'Nuestra Espada' y le trataba como a un rey. Gracias a él, la cocina era un oasis para Saito.

Se sentó en la silla y, con una sonrisa, Siesta le llevó un tazón de carne asada y un poco de pan blanco.

—Gracias.

—La comida de hoy es especial —declaró Siesta, pareciendo especialmente feliz.
Saito llevó su cuchara a sus labios con curiosidad y al momento su cara se encendió.

—¡Wow! ¡Está delicioso! ¡Está a años luz de la bazofia que me dan!

En esto, Marteau se aproximó blandiendo un cuchillo de cocina en una mano.

—Por supuesto. Esto es lo que les servimos a los chavales nobles.

—No puedo creer que sea esto lo que comen todos los días...

Marteau resopló sonoramente ante el comentario de Saito.

—¡Hmpf! Por supuesto, ellos usan magia. Levantan castillos enteros del barro, conjuran gemas increíbles, incluso controlan dragones, ya ves tú. Pero date cuenta, crear estos platos tan exquisitos es una especie de magia. ¿No estás de acuerdo, Saito?

Saito asintió.

—Totalmente.

—¡Sí, señor! ¡Eres un buen hombre! —Puso su brazo alrededor de los hombros de Saito—. ¡Esa es Nuestra Espada! ¡Déjame plantar un beso en tu frente! ¡Venga! ¡Insisto!

—Preferiría que no. Y deja de llamarme así —dijo Saito.

—¿Por qué no?

—Porque es... raro.

El hombre soltó a Saito y abrió sus brazos en protesta.

—¡Pero cortaste en pedazos el golem de un mago! ¿No lo entiendes?

—Supongo.

—Oye, ¿dónde aprendiste a usar la espada? Dime dónde me pueden enseñar a blandir una espada así.

Marteau fijó su vista en Saito. Le preguntaba lo mismo cada vez que Saito iba a comer, y la respuesta de Saito era la misma todas las veces.

—No lo sé. Nunca antes había cogido una espada. Mi cuerpo se movió sólo.

—¡Gente! ¡¿Oís eso?! —gritó. Su voz hizo eco en la cocina.

—¡Te oímos, jefe! —gritaron los otros cocineros y aprendices a su vez.

—¡Esto es lo que se llama un verdadero maestro! ¡Nunca alardean de su habilidad! ¡Mirad y aprended! ¡Un verdadero maestro nunca alardea!

—¡Un verdadero maestro nunca alardea! —Repitieron alegremente los cocineros. Entonces, Marteau se dio la vuelta y miró a Saito.

—Ya sabes, Nuestra Espada, cada vez me gustas más. ¿Qué pasa con eso?

—Um, ¿qué pasa con qué?

Tan sólo decía la verdad, pero Marteau siempre pensaba que estaba siendo modesto. Era algo frustrante. Se sentía como si decepcionara a un buen hombre. La mira-

da de Saito cayó hasta las runas de su mano izquierda. «Desde aquel día, no han vuelto a brillar. Me pregunto que habrá pasado» pensó Saito. Incluso cuando intentaba dirigir el mérito a las runas mirándolas, Marteau lo interpretaba como que era reservado.

El chef se volvió hacia Siesta.

—¡Siesta!

—¿Sí? —respondió Siesta con alegría que había estado contemplando la escena animadamente.

—¡Tráele a nuestro héroe algo de lo mejor de Albión!

Su sonrisa se ensanchó, y cogiendo una botella de vino del armario de la cosecha solicitada, llenó la copa de Saito con él. Siesta miraba encantada cómo la cara de Saito se iba poniendo cada vez más roja a causa del vino. Estos acontecimientos se repetían casi cotidianamente.

Saito visitaba la cocina, Marteau sentía cada vez más simpatía por él, y el respeto que Siesta sentía se acrecentaba aún más.

* * *

Ese día en particular había una sombra carmesí espiando a Saito desde una ventana de la cocina. Uno de los cocineros más jóvenes se dio cuenta.

—Eh, hay algo ahí fuera, en la ventana.

La sombra emitió un “kyuru kyuru” y se desvaneció.

* * *

Después tras desayunar, limpiar y hacer la colada, acompañaba a Louise a clase. Al principio, se sentaba en el suelo, pero después de darse cuenta de que aprovechaba para mirar bajo las faldas de otras chicas, le dejó que se sentara en una silla. Y le dejó claro a Saito que si su vista se desviaba demasiado de la pizarra se quedaría sin comer. Al principio, las clases fascinaban a Saito con sus maravillas: convertir el agua en vino, combinar varios regentes para crear una poción especial, materializar bolas de fuego de la nada, hacer levitar cajas, palos y pelotas fuera de la ventana de la clase para que los familiares los cogieran, etcétera.

Pero después de un tiempo la novedad se desvaneció. Y así se acostumbró a dormir. El profesor y Louise le dedicaban miradas fulminantes de vez en cuando, pero no había reglas que prohibiesen a los familiares dormir durante las clases. Y tomando

como ejemplo la clase, todas las criaturas nocturnas estaban roncando, incluso algún búho. De hecho, si despertaran a Saito, significaría que le estaban tratando como un humano. Louise se mordía los labios por el deseo irrefrenable de darle al Saito durmiente un buen rapapolvo, pero no podía puesto que hacerlo significaba contradecir el hecho de que él no era más que un familiar.

* * *

Aquel mismo día, bañado en la luz del sol, Saito tardó poco en dormirse en otra clase. El vino que había bebido por la mañana estaba haciendo efecto, y Saito soñó. Soñaba algo bastante increíble. Un sueño en el que Louise gateaba hasta su cama de paja mientras dormía.

—¿Qué sucede, Louise...?

Tras oír su nombre, Louise, le dirigió una mirada a Saito.

—¿No puedes dormir? Oh, está bien... no pasa nada.

«Oh, tan sólo está hablando en sueños» pensó ella, y volvió la vista al frente.

—H-hey, no me abrasces así de repente.

La mirada de Louise volvió a posarse en Saito. Los otros estudiantes empezaban a darse cuenta de la situación y afinaban sus oídos para poder escuchar.

—Vaya, con lo marimandona que eres durante el día eres lo más dulce del mundo en la cama.

Un hilillo de baba salió de una de las comisuras del labio de Saito mientras éste seguía disfrutando de su sueño. Louise le cogió de los hombros y le sacudió violentamente.

—¡Eh! ¡¿Pero qué clase de sueño estás teniendo?!

—¡Bueno, bueno, Louise! ¿Así que es eso lo que haces con tu familiar por la noche? ¡Menuda sorpresa! —comentó Malicorne, *el Barlovento*.

Las estudiantes empezaron a susurrar entre ellas.

—¡Espera! ¡Esto es sólo un estúpido sueño! ¡Ah! ¡Demonios! ¡Despierta de una vez!

—Louise, Louise, eres una gatita. Deja de lamerme ahí de esa manera.

Ante esto, las carcajadas amenazaron con llenar el edificio entero. Louise tiró a Saito de la silla de una patada, devolviéndole violentamente a la realidad desde su dulce y suave mundo de sueños.

—¡¿A qué ha venido eso?!



—¿Desde cuándo me da por visitar tu cama de paja?!

Louise cruzó los brazos y miró desde arriba de forma imponente a Saito. Saito movió la cabeza divirtiéndose aún más a la gente.

—Saito, explícale a esta gente tan grosera que nunca he puesto un pie fuera de mi propia cama durante la noche.

—Es cierto. Tan sólo estaba hablando en sueños. Louise nunca haría nada semejante.

Los estudiantes se dieron la vuelta, decepcionados.

—¿Acaso no es obvio? ¡Como si fuese a hacer algo como eso! ¡Con esta cosa! ¡Encima! ¡Esta cosa! ¡Sólo pensar que me juntaría con esta inferior forma de vida en la cama va bastante más allá de ser un chiste! —Louise protestó, dirigiendo su mirada hacia arriba.

—Pero mis sueños a veces se vuelven realidad —comentó Saito.

—¡Es cierto! ¡Después de todo, los sueños tienen el poder de predecir el futuro! —comentó alguien de la clase.

—Mi ama, con su personalidad, probablemente no encontrará nunca un amante.

La gran mayoría de los estudiantes asintió. Louise fulminó a Saito con otra mirada cargada de maldad, pero fue demasiado tarde. Saito se había desbocado.

—Mi pobre ama se siente bastante 'frustrada' por eso, y así se cuele en la humilde montaña de paja de su familiar.

Louise puso sus manos en sus caderas y regañó a Saito.

—¡Ya es suficiente! ¡Cierra tu sucia boca ahora mismo!

Pero eso no evitó que Saito continuara.

—Cuando lo hace, tengo que frenarle los pies...

Ya había llegado demasiado lejos. Los hombros de Louise comenzaron a temblar de ira.

—Le tengo que decir 'no es aquí donde tú duermes'.

La clase entera aplaudió. Saito imitó una reverencia elegante y volvió a su sitio. Louise le dio una patada, haciendo que rodase por el suelo.

—¡No me des patadas!

Pero Louise había perdido los estribos. Su mirada estaba firmemente dirigida hacia delante, y como siempre, sus hombros temblaban con ira apenas contenida. De nuevo, había una sombra carmesí vigilando a Saito. Era la salamandra de Kirche. Con su estómago en el suelo miraba a Saito a través del hueco de la fila de sillas.

—¿Mm?

Dándose cuenta, Saito le saludó con la mano.

—¿Eres la salamandra de Kirche, no? Sé que tienes un nombre. Como era... ah, sí, Flame. Flame.

Saito se movió cerca de ella, pero la salamandra agitó su cola esparciendo algunas llamas y corrió al lado de su dueño.

—¿Por qué se interesaría tanto un reptil por mí? —Saito movió la cabeza hecho un lío.

* * *

Y mientras Saito mantenía un concurso de miradas con una salamandra en mitad de clase...

En el Despacho del Director de la Academia, la señorita Longueville, la secretaria, estaba ocupada escribiendo algo. Se detuvo un momento y miró más allá de la mesa de madera de secuoya sobre la que Sir Osmond estaba ocupado echándose una siesta. La comisura de los labios rosas de la señorita Longueville se contrajo con una expresión que nunca le había enseñado a nadie.

Se levantó de su mesa. En voz baja, murmuró la encantación de un Hechizo de Tranquilidad. Haciendo cuidado para que sus pasos no despertaran a Osmond, salió del despacho. Su destino era la sala del tesoro, situada justo debajo del Despacho del Director.

Bajando la escalera encontró unas enormes puertas de hierro. Se mantenían cerradas por un cerrojo muy grueso el cual estaba a su vez asegurado con un candado igual de grande. En aquel sitio se guardaban los artefactos que provenían desde antes de la fundación de la academia

Después de echar un cuidadoso vistazo alrededor la señorita Longueville sacó su varita de un bolsillo. Era tan larga como un lápiz y con un movimiento de muñeca se agrandó hasta convertirse en la batuta de un director de orquesta, que manejaba como una experta.

La señorita Longueville lanzó otro hechizo. Una vez la invocación se completó, señaló con la varita al candado. Pero nada ocurrió.

—Bueno, tampoco esperaba que un *hechizo de desunión* funcionase de todas maneras.

Sonriendo, comenzó a recitar las palabras de un hechizo del que era especialista. Era un hechizo de transmutación. Entonando de forma clara y concisa movió su varita

hacia el pesado candado. La magia afloró, pero aún después de esperar un rato considerable no hubo cambio visible.

—Parece que ha sido reforzado mágicamente por un mago de clase Cuadrado —musitó.

Un Hechizo de Refuerzo era un hechizo que prevenía la oxidación y descomposición de la materia. Cualquier sustancia con este hechizo estaba protegida de cualquier reacción química, y le permitía ser mantenido en ese estado para siempre. Incluso la magia de transmutación no tendría efecto en algo protegido de esa manera. Sólo si la habilidad mágica era superior a la del mago que estableció el hechizo podría surgir algún efecto.

Al parecer, el mago que había hechizado la puerta era extremadamente poderoso, teniendo en cuenta que ni siquiera la señorita Longueville, una experta en magia terrestre y en particular de transmutación, era incapaz de afectar a la puerta. Quitándose las gafas, contempló la puerta una vez más. En este punto escuchó pasos provenientes de la escalera. Bajó su varita y la volvió a meter en su bolsillo.

La persona que apareció era Colbert.

—Saludos, señorita Longueville. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Señor Colbert, iba a catalogar los contenidos de la sala del tesoro, pero...

—Oh, pues es bastante trabajo. Probablemente te lleve un día entero para ver hasta el último objeto. Además, hay mucha basura entremezclada y no hay mucho espacio que se diga.

—Desde luego.

—¿Por qué no le pides la llave al Viejo Osmond?

La mujer sonrió.

—Bueno... no me gustaría interrumpir su sueño. En cualquier caso, no hay prisa en completar el catálogo...

—Ya veo. ¿Durmiendo, dices? Ese anciano, quiero decir, el Viejo Osmond, es muy dormilón. Parece que tendré que visitarle de nuevo.

El señor Colbert comenzó a irse, pero detuvo sus pasos, y se giró.

—Em... ¿señorita Longueville?

—¿Qué ocurre?

Colbert parecía algo avergonzado cuando abrió la boca para hablar.

—¿Si quisieras, estaría bien si, por ejemplo... comiéramos juntos?

Ella se lo pensó durante un momento, y sonrió ampliamente mientras aceptaba la oferta.

—Por supuesto, el gusto es mío.

Ambos bajaron las escaleras.

—Señor Colbert...

Con un tono más informal, la señorita Longueville reanudó la conversación.

—¿S-Sí? ¿Qué sucede? —respondió Colbert precipitadamente. Estaba extrañado por cómo su invitación había sido aceptada tan fácilmente.

—¿Hay algo importante dentro de la sala del tesoro?

—Lo hay.

—Entonces, ¿conoces el *báculo de la destrucción*?

—Ah, un objeto con forma muy peculiar, sin duda.

Los ojos de ella brillaron.

—¿Qué... qué forma tiene?

—Es extremadamente difícil de describir, excepto por la palabra extraño claro está. Pero no te preocupes por eso. ¿Qué te apetece comer? El menú de hoy es platija batida a las finas hierbas. Soy bastante amigo de Marteau, el chef, y puedo pedirle que prepare alguno de los más delicados...

—Ejem. —La señorita Longueville interrumpió la charla de Colbert.

—¿S-Sí?

—La tesorería, debo decir, está construida de forma formidable. No importa el tipo de magia que se invoque, es imposible de abrir, ¿me equivoco?

—En absoluto. Es imposible para un único mago. Después de todo, fue protegida por un grupo de magos de clase Cuadrado para resistir todo tipo de hechizos.

—Estoy impresionada por todo el conocimiento que posees, Colbert —le miró con una expresión agradable.

—¿Eh? Bueno... je, je, sucede que acabo de leer algunos documentos que trataban sobre esta planta, eso es todo. Me gusta considerarlo como parte de mi investigación, je, je. Gracias a eso, aún estoy soltero a mi edad... sí.

—Estoy segura de que la mujer que encuentres será muy feliz contigo. Después de todo, puedes enseñarle cosas que nadie más sabe...

La señorita Longueville le clavó una mirada de fascinación.

—¡Oh! ¡No! ¡Por favor, no me elogies así! —Colbert gesticulaba nerviosamente mientras se quitaba el sudor de su ancha frente. Luego, recuperando la compostura, la miró con ojos serios—. Señorita Longueville, ¿ha oído hablar del baile de Frigg que se celebra el día de yule?

—No.

—Bueno, supongo que es porque únicamente llevas dos meses aquí en Tristain. Bueno, no es nada espectacular, sólo una especie de fiesta. Aun así, se dice que una pareja que baile en esta fiesta estará destinada a estar junta o algo así. ¡Aunque es tan sólo una leyenda! ¡Sí!

—¿Y bien?

Sonriendo, le impulsó a continuar.

—Bueno... si te parece bien, me preguntaba si bailarías conmigo, sí.

—Me encantaría. Pero aunque los bailes son fabulosos, me gustaría saber más sobre la tesorería ahora mismo. Me fascinan bastante los objetos mágicos, ya sabes.

Queriendo seguir impresionando a la señorita Longueville, Colbert se estrujó los sesos. «Tesorería, tesorería...» Recordando algo que podría parecerle interesante, se dio un aire importante y empezó a hablar.

—Ah, sí, hay una cosa que puedo decirte. Aunque no reviste especial importancia...

—Lo que sea, dilo.

—En efecto, la sala del tesoro es invencible contra ataques mágicos, pero creo que tiene una debilidad fatal.

—Oh, es intrigante.

—La debilidad es... la fuerza física.

—¿Fuerza física?

—¡Sí! Por ejemplo, bueno, no es que sea parecido, pero un golem gigante podría...

—¿Un golem gigante?

Colbert le mostró su opinión con bastante orgullo a la señorita Longueville. Y una vez dicha no pudo sino sonreír de satisfacción.

—Eso es muy intrigante, de veras, señor Colbert.

Capítulo 5

Kirche, la ardiente

Louise tiró bruscamente su cama de paja al pasillo la misma noche del incidente en el que Saito avergonzó a Louise hablando dormido.

—¿Qué estás haciendo?

—Sería una molestia si me colara en tu cama de nuevo, ¿no es así?

Parecía que todavía estaba enojada por lo que pasó antes en clase.

—Pero hace frío fuera de la habitación.

—Bueno, seguramente iré a calentarte en tus sueños —dijo Louise arqueando sus cejas.

«Qué chica tan rencorosa» pensó Saito. Estaba decidida a hacerle dormir en el pasillo sin importar qué.

Saito cogió su sábana y salió al pasillo. En el momento en que salió de la habitación, la puerta se cerró y se aseguró con un fuerte clic.

El viento entraba por la ventana haciendo que Saito temblara. Refunfuñando por el frío se envolvió en su sábana y se acostó en la paja. Sentía el frío del suelo de piedra por todo su cuerpo. «Tampoco hay calentadores. Me estoy congelando. ¡Hacerme sufrir de esta manera sólo por un sueño!» Saito pateó la puerta de Louise. Y obviamente, no hubo respuesta.

Saito empezó a planear su venganza. «Cortarle el elástico de las bragas ya no es suficiente». Mientras se recostaba temblando en su sábana pensando en cómo se vengaría de esa chiquilla.

La puerta de la habitación de Kirche se abrió. Su salamandra, Flame, se arrastró afuera con su cola encendida emitiendo un tibio brillo. Los dos se miraron. La salamandra se acercó a Saito, quien inconscientemente empezó a alejarse.

—¿Q-qué haces?

—Kyuru-kyuru —rugió suavemente. Parecía inofensivo antes de que clavara las garras en la manga de Saito, moviendo la cabeza como diciéndole que le siguiera.

—¡Oye! ¡Déjame ir! ¡Vas a quemar mi sábana! —dijo Saito al insistente Flame, que tiraba de él con más fuerza.

La habitación de Kirche permanecía abierta. «¿Está intentando arrastrarme hacia allá?» Ciertamente era así. «No creo que Flame me esté arrastrando porque sí. ¿Qué puede querer Kirche de mí?» Saito se rompió la cabeza buscando alguna razón. «Tal vez quiere sermonearme por haber discutido con Louise». Como si estuviera en un

trance Saito entró a la habitación de Kirche.

El cuarto estaba completamente oscuro, excepto por el tibio brillo de Flame.

—Cierra la puerta —ordenó la voz de Kirche. Saito obedeció—. Bienvenido a mi habitación.

—Está muy oscuro aquí.

Escuchó cómo Kirchie chasqueó sus dedos. Comenzando desde la más cercana a él, las lámparas se iluminaron una a una en dirección a Kirche como luces flotando sobre una calle.

Entre el cálido brillo Kirche se sentó en la cama con una cara de preocupación. Estaba usando ropa interior atractiva, o más bien ropa interior normal. Una cosa sí es segura: sujetados solamente por su sexy sujetador sus grandes senos eran del tamaño de unos melones.

—No te quedes ahí. Ven aquí —arrulló Kirche con la voz más seductora que pudo.

Saito caminó inseguro hacia una Kirche sonriente, como si fuera un sueño.

—Siéntate.

Saito se sentó a su lado como se le ordenó. Su mente estaba llena de imágenes del cuerpo casi desnudo de Kirche.

—¿Qu-qué pasa? —preguntó nerviosamente Saito.

Kirche sólo lo miraba mientras movía suavemente su cabello color rojo encendido. Bajo la pálida luz de la lámpara la piel morena de Kirche se veía extremadamente erótica, como si quisiera atrapar a Saito.

Kirche dejó escapar un gran suspiro y movió su cabeza con preocupación.

—Debes pensar que soy una miserable y despreciable mujer.

—¿Kirche?

—El que pienses así de mí es inevitable. ¿Entiendes a qué me refiero? El nombre de mis runas es 'ardiente'.

—Ya lo sé.

«El escote que marca el sujetador es tan sexy...»

—Mi pasión es tan inflamable como la paja, por eso es que te traje aquí de repente. ¿Lo entiendes? ¿No crees que sea algo malo?

—Sí, creo que es muy malo. —Saito no estaba seguro de a qué se refería, así que sólo le siguió la corriente. Nunca estuvo con una chica extranjera que le abriera su

corazón de esta manera, por lo que estaba nervioso.

—Pero... estoy segura de que me perdonarás.

Kirche miró a Saito con sus ojos húmedos y llorosos. Cualquier hombre hubiera dejado aflorar sus más primitivos instintos sólo con mirarlos.

—¿Pe-perdonar qué?

Kirche sujetó la mano de Saito, envolviéndola con sus tibias palmas y luego acariciándola lentamente con su dedo, enviando una descarga a la columna de Saito.

—El amarte, cariño. Para ti, mi amor es tan inesperado.

—Sí, ¡definitivamente es inesperado! —La mente de Saito estaba hecha un desastre.

«Debe estar bromeando». En contradicción con lo que él pensaba, la cara de Kirche se veía seria.

—Tu grandeza al derrotar a Guiche es... tan... genial... como un héroe de leyenda. Yo... cuando te vi, supe inmediatamente que estaba enamorada. ¿Puedes creerlo? ¡Me sentí atraída hacia ti así de fácil! ¡Pasión! ¡Oh! ¡Esto es amor apasionado!

—Pa-pasión, ¿eh? Uh...

—El nombre de mis runas, ardiente, también es bastante apasionado. ¡He estado escribiendo canciones de amor desde ese día! ¡Canciones de amor! Sólo para ti... Saito. Apareces en mis sueños cada noche así que le dije a Flame que viera cómo estabas... oh, estoy tan avergonzada. Debes pensar lo mismo de mí, ¿no es así? ¡Todo es por ti!

Saito sólo se sentó allí, sin poder pronunciar una palabra. Kirche tomó el silencio como aceptación y lentamente, con los ojos cerrados, acercó sus labios a Saito. «Qué sexy. Es decir... Louise también es atractiva. Pero cuando estamos hablando de ser sexy, no es rival para Kirche. Aunque Louise es muy linda sólo que esa parte de ella está muy en el fondo».

Al final, Saito se alejó de Kirche porque sintió que algo malo pasaría si no lo hacía. Kirche miró a Saito con sorpresa, como preguntando '¿Por qué?'. Saito apartó la vista de su cuerpo.

—Bu-bueno... de lo que dijiste...

—¿Mmm?

—Tú... te enamoras muy fácilmente —tartamudeó Saito, hiriendo el punto débil de Kirche. La cara de Kirche se puso roja en un instante.

—Sí... Supongo que tengo más... pasión que otros. No puedo hacer nada. El amor es repentino y consume mi cuerpo tan rápido.

En ese momento, una voz de afuera de la ventana la interrumpió. Un apuesto



hombre miraba hacia dentro con una expresión de indignación.

—Kirche. Vine a buscarte porque no llegaste a tiempo.

—¡Berisson! ¡Entonces nos encontraremos dentro de dos horas!

—¡Eso no fue lo que acordamos! —estaba en el tercer piso.

«Parece que este tal Berisson está flotando con algún tipo de hechizo mágico» pensó Saito.

Como si nada, Kirche sacó su varita de entre sus pechos y la agitó sin siquiera mirarlo. De la lámpara cercana, salió una llama que se abalanzó sobre el caballero que estaba en la ventana como si fuera una serpiente.

—Qué búho tan molesto.

Saito observó todo sorprendido.

—Eh... No prestaste atención todo eso, ¿cierto?

—Em... ¿quién era ese?

—Sólo un amigo. Eso no importa... ahora mismo, mi amor más profundo y apasionado eres tú, Saito.

Kirche acercó nuevamente sus labios a él. Saito no movió ni un músculo al mismo tiempo que un deseo irresistible lo invadía. En ese momento, fueron interrumpidos nuevamente.

—¡Kirche! ¿Quién es ese chico? ¿No ibas a calentar la noche conmigo?

—¡Styx! ¿Qué te parece encontrarnos dentro de cuatro horas?

—¿Quién es ese, Kirche?

El tal Styx se estaba enojando y estaba a punto de entrar en la habitación, Kirche agitó su varita otra vez. La llama salió una vez más, lo golpeó, y Styx cayó al suelo.

—Supongo que ese también es tu amigo.

—En vez de 'amigo', digamos que es sólo alguien de quien he escuchado hablar. Oh, bueno, no quiero malgastar tu tiempo. Quien haya dicho 'la noche es larga' no sabía cuán rápido sale el sol.

Kirche se acercó nuevamente a Saito. Y de nuevo, un gemido se escuchó desde la ventana. Saito se giró. Tres hombres miraban hacia dentro, y dijeron la misma cosa al mismo tiempo.

—¡Kirche! ¿Quién demonios es este?! ¡Dijiste que no tenías novio!

—¡Manican! ¡Ajax! ¡Gimli!

«Oh, vaya... han aparecido cinco personas completamente diferentes». Saito estaba impresionado.

—Bueno... entonces dentro de seis horas. —Kirche se movía irritada.

—¡¡Eso ya es por la mañana!! —dijeron los tres al mismo tiempo.

—Flame —dijo Kirche a su salamandra, quien estaba durmiendo en una esquina. Flame lanzó una llamarada a los tres hombres en la ventana y cayeron juntos al suelo.

—¿Y esos eran...?

—¿Ellos? Ni siquiera los conozco. Pero, lo más importante, ¡te amo!— Kirche agarró la cara de Saito con sus manos y fue directamente a por sus labios.

—N...nnnnh...

Saito entró en pánico. El beso de Kirche no fue desagradable, sino que estaba lleno de pasión. Saito no opuso resistencia cuando lo tumbó en la cama.

En ese momento algo interrumpiría el momento. Esta vez fue la puerta. Alguien la abrió a patadas. Saito pensó que era otro tipo. Estaba muy equivocado. Con su pijama puesto, Louise se quedó de pie y los miró a los dos desde la puerta. Kirche miró ligeramente hacia donde estaba Louise y mantuvo sus labios firmemente contra los de Saito. Louise se movió hacia Saito y Kirche con intenciones asesinas, tumbando unas cuantas lámparas en el proceso. Las manos de Louise se movieron más rápido que su boca. Y lo más impresionante es que sus piernas se movieron más rápido que sus manos.

—¡KIRCHE! —Louise gritó hacia donde estaba ella. Kirche actuó como si apenas notara su presencia, y se quitó lentamente de encima de Saito, mientras agitaba su varita con indignación.

—¿No ves que estamos ocupados, Vallière?

—¡Zerbst! ¿De quién crees que es el familiar que estás tocando?

Saito estaba perdido. Las cejas café de Louise brillaban con furia. Kirche levantó las manos sobre su cabeza. Atrapado entre las dos, Saito entró en pánico. Parecía que haber permitido que la situación llegara hasta el punto en que Kirche le besara había enfurecido terriblemente a Louise.

—El amor y el fuego son el destino de la familia Zerbst. Es un destino que arde en nuestros cuerpos. La meta de nuestra vida es abrazar esta llama apasionada. Deberías saberlo —Kirche se encogió de brazos, mientras que Louise temblaba de rabia.

—Ven aquí, Saito —Louise miró a su familiar.

—¿Eh? Louise... sí, él es tu familiar, pero también tiene su propia voluntad, ¿no lo crees? Por favor, respeta su elección —dijo Kirche.

—¡E-ella tiene razón! ¡Yo decido con quien estoy! —añadió Saito.

—¡Tú! —Louise levantó la voz—. ¡Mañana andarán persiguiéndote diez nobles con su magia! ¡¿Qué demonios te pasa?! —

—Oh, no hay problema con eso. ¿No viste cuán bueno fui hoy en el jardín?

Louise agitó su mano derecha.

—Eh... sí, sus habilidades con la espada son buenas, pero eso no importará cuando seas atacado por bolas de fuego por la espalda y torbellinos por el frente.

—¡No hay problema! ¡Yo lo protegeré! —Kirche miró apasionadamente a Saito, pero las palabras de Louise hicieron reflexionar a Saito.

«Si esos tipos que estaban en la ventana logran reconocermé tal vez me atacarían. Kirche no será capaz de tenerme vigilado todo el tiempo, aunque diga que sí lo hará. Eso y además está el que Kirche cambia de opinión a menudo. Se aburrirá de protegerme en un abrir y cerrar de ojos».

Después de reflexionar calmadamente, Saito se levantó.

—Aaaw... ¿te vas tan rápido? —Kirche miró tristemente a Saito, con su cabello suelto en su espalda, y sus ojos brillantes que parecían llorar.

«Kirche es una belleza adictiva. Si una chica así me presta atención, ¿a quién le importa si me atacan con magia por todas partes?», pensó Saito.

—¡Esa es la misma táctica que usa siempre! No te dejes engañar por ella. —Louise tomó la mano de Saito y se fue.

Al volver a su habitación, cerró la puerta sin decir una palabra y miró a Saito. Mordiéndose el labio, le lanzó una mirada asesina.

—Justo como un perro callejero en celo... —su voz era temblorosa. Las manos de Louise se movían más rápido que su boca y sus pies se movieron más rápido que sus manos. Parecía que su voz se haría más irregular. La rabia inundó su cara.

—¿Q-qué pasa ahora?

—Casi te consideraba como una persona. Supongo que estaba equivocada.

—Estás bromeando, ¿no?

«Sí. ¿Considerarme una persona? Suena como una mentira, no importa por dónde lo vea».

—...y le fuiste a mover la cola a esa bruja de Zerst. —Louise se acercó a la gaveta a buscar algo. Un látigo.

—Uuh... Se-señorita... —Saito empezó a tartamudear.

—Los perros deben ser tratados como perros. He sido muy suave contigo.

—¿Pero por qué un látigo? —Saito continuaba mirando el látigo en la mano de Louise. Estaba bien hecho.

—Voy a excederme en mis modales usando este látigo sobre ti. No eres más que un perro.

—Un perro, ¿eh?

Louise empezó a azotarlo.

—¡Pish Pish!

—¡Ouch! ¡Duele! ¡Détente, idiota!

—¡¿Qué?! ¡¿Qué hace a esa chica mejor? ¿Qué tiene de buena? —gritaba mientras lo azotaba al mismo tiempo.

Saito vio una oportunidad y aprovechó para sujetar las manos de Louise. Ella forcejeó, pero la fuerza de una chica no era suficiente. Saito la mantuvo sujeta por las muñecas y entonces ella se detuvo.

—¡Aaah! ¡Suéltame, idiota!

—¿Estás...? —Saito miró a Louise. Unos ojos café lo miraban. Si se mira de cerca, es una cara irresistible.

«Linda. Kirche es una belleza, bastante sexy. Pero Louise es un lienzo vacío. Ni una sola mancha, un lienzo limpio. Si no fuera por su carácter». No importa qué pensara Saito, Louise le gustaba mucho más. Su corazón empezó a latir más rápido. «¿Está celosa? ¿Acaso está enamorada de mí? » A los ojos de Saito el pensar en estas cosas hacía a Louise lucir aún más linda. Considerando todo esto Saito es tan débil como Kirche en el amor.

—¿Estás celosa? ¿Te gusto? —dijo Saito—. ¿Estabas enfadada porque no dormí contigo y me fui a hacer todo eso con Kirche? Oh, no me di cuenta. Lo siento. —Saito bajó su cabeza y levantó la barbilla de Louise. —Yo no creo que tú seas mala. Mira, cuando ayudaste a cambiarme los vendajes, fuiste muy...

Los hombros de Louise temblaron.

—Yo debería esforzarme por ti. Después de todo, soy un hombre. Esta noche dormiré contigo, así no tendrás que ir a dormir a mi cama.

De repente, el pie derecho de Louise se movió como una ráfaga y golpeó a Saito justo entre las piernas.

—....Aaah...ooooh... —Saito cayó de rodillas con su cuerpo cubierto de sudor frío-. Oh... eso dolió. Creo que voy a morir.

«Eso REALMENTE dolió».

—¿Gustarme? ¿Yo... te hago... qué? —Louise pisó furiosa la cabeza de Saito—.

—¿Fue... fue un malentendido?

—¡Obviamente! —continuo pisándolo.

—Es-está bien... Estaba equivocado...

Louise se sentó en una silla, cruzando las piernas, su respiración todavía era irregular. Después de haber torturado a Saito por un rato, su humor parecía haber mejorado un poco.

—Claro... puedes salir con quien elijas. Pero no importa qué, no puedes salir con esa mujer.

—¿P-por qué? —Saito saltaba de aquí para allá intentando aliviar el dolor.

—Primero, Kirche no es un Tristainiana, ella es una noble de la vecina Germania. Sólo eso hace que salir con ella sea inaceptable. Odio a los Germanianos.

—¿Cómo pretendes que sepa estas cosas?

—Mi familia, Vallière, tiene propiedades en las fronteras de Germania, así que somos los primeros en la línea si en algún momento hay una guerra con Germania. Y aún peor, justo como nosotros, al otro lado de la frontera está el lugar de nacimiento de Kirche —Louise apretó los dientes—. Así que básicamente, la familia Zerst son nuestros enemigos a muerte.

—Y se llaman a sí mismos una familia apasionada.

—Sólo son una familia despreciable. ¡El tatarabuelo de Kirche le robó la novia a mi tatarabuelo! Eso fue hace unos 200 años.

—Hace mucho tiempo de eso.

—Además, los Zerst siempre están difamando a los Vallière. Fue de esa manera que le robaron la novia a mi tatarabuelo.

—Bueno, como sea... así que básicamente, ¿todo esto es porque la familia de Kirche le robó una novia a tu familia?

—No sólo eso. Hemos perdido la cuenta de cuántos miembros de la familia han muerto en las guerras.

—Sólo soy un simple y pequeño familiar... no es que valga la pena que me roben.

—No. No permitiré que Kirche me robe ni un pájaro. Avergonzaría a mis ancestros si eso llegara a suceder —Después de decir esto, Louise se sirvió un vaso de agua, y se lo tomó de un sólo trago—. Esta es la razón por la que Kirche está prohibida.

—Tus ancestros no tienen nada que ver conmigo.

—¡Claro que sí! Eres mi familiar, ¿no? Mientras comas gracias a la familia Vallière, seguirás mis órdenes.

—Familiar esto, familiar aquello... —Saito miró disgustado a Louise.

—¿Tienes algún problema con eso?

—No, porque no puedo vivir si no hago lo que dices, así que tendré que vivir con

eso... —Saito puso mala cara y se sentó en el suelo de golpe.

—Y creo que debes agradecerme.

—¿Agradecerte por qué?

—Si la gente se entera de que un plebeyo es el novio de Kirche, ¿crees que sobrevivirás?

Saito recordó a los hombres a los que Kirche echó usando a Flame. «Si ese hubiera sido yo, ¿cómo me habría sentido?» Saito también recordó su pelea con Guiche y sintió un escalofrío.

—Louise.

—¿Qué?

—Dame una espada. Una espada. —Saito quería protegerse.

—¿No tienes una?

—¿Cómo voy a tener una? La que usé la última vez era de Guiche.

Louise cruzó los brazos.

—¿Eres un espadachín?

—No... Nunca había tocado una espada en mi vida.

—Pero te veías muy natural con ella durante la pelea.

—Pero aun así...

—Mmm... —Louise se concentró en sus pensamientos.

—¿Qué?

—He oído que los familiares obtienen poderes especiales cuando hacen el contrato.

—¿Poderes especiales?

—Sí... como cuando un gato negro se vuelve un familiar... —Louise levantó el dedo y explicó.

—Ajá...

—Y obtiene la habilidad de hablar con la gente.

—Pero no soy un gato.

—Ya lo sé. El asunto es que nadie ha escuchado hablar de un familiar humano, así que no es imposible que puedas tomar una espada y usarla como si fuera natural.

—Huh.

«No sólo la usé como si fuera natural. Mi cuerpo se sintió ligero y rápido como una pluma. Además, las estatuas de Guiche estaban hechas de bronce. No hay forma de que se pueda cortar metal tan fácilmente, no importa si eres un espadachín muy talentoso».

—Si crees que es algo tan increíble, deberíamos ir a preguntar a la Academia de Tristain.

—¿Academia?

—Sí. Es la agencia de investigación de magia de la Corte Real.

—¿Qué me harían en sus investigaciones?

—Ah, muchos tipos de experimentos. Como... autopsias.

—No lo dices en serio. —Saito se levantó—. ¿Experimentación en humanos? ¡No, gracias!

—Si no te gusta la idea, entonces deja de andar hablando de cómo aprendiste a usar la espada como un experto en un instante sin ninguna razón.

—Entiendo. Me puedo callar eso. —Saito asintió con miedo.

—Ah... Ahora entiendo... —Louise asintió como si hubiera comprendido algo—.

—¿Entender qué?

—Te compraré una espada.

—¿Eh?

«Bueno, eso fue repentino. Louise siempre es tan tacaña».

—Si Kirche se ha fijado en ti no importa cuántas vidas tengas, no te alcanzarán. Nos ganamos esto nosotros mismos así que tendremos que encargarnos de arreglarlo —dijo Louise débilmente.

—Qué extraño...

—¿Qué? —Louise miró a Saito.

—Pensé que eras una tacaña. Hasta ahorrabas en mi comida.

—No puedo dejar que un familiar se acostumbre a los lujos. Es fuente de malos hábitos. Si es absolutamente necesario, te la compraré. No soy una tacaña —dijo Louise orgullosamente.

—¡¿Qué?!

—Ahora que lo entendiste, ve a dormir. Mañana es el día del Vacío, así que te llevaré a comprar.

«Oh... así que este mundo también tiene domingos» pensó Saito mientras caminaba hacia el pasillo».

—¿Adónde vas?

—¿Cómo que a dónde? Al pasillo.

—Está bien. Puedes dormir en mi habitación. Será problemático si Kirche te atrapa de nuevo.

Saito miró a Louise.

—Así que realmente eres...

Louise estaba a punto de coger otra vez el látigo cuando Saito se detuvo, se acostó en su cama de paja y se arropó con su sábana. Observó las inscripciones en su mano izquierda. «Al iluminarse, estas cosas me ayudaron a derrotar a Guiche, provocaron que Kirche se volviera loca por mí e hicieron que Louise me comprara una espada. ¿Qué más me traerán?» Mientras reflexionaba, el sueño lo atacó. «Qué día tan largo...» Mientras pensaba esto Saito cayó rendido.

Capítulo 6

El vendedor de armas de Tristain

Hoy es el día del Vacío. Kirche se despertó antes del mediodía. Miró a su ventana y descubrió que no había cristal y que había marcas de fuego alrededor del marco. Aún soñolienta se quedó mirando un segundo antes de recordar lo que sucedió la noche pasada.

—Cierto. Vino mucha gente y los mandé a freír espárragos.

Dejó de preocuparse de su ventana tras eso. Se levantó y empezó a maquillarse mientras pensaba animada cómo debería seducir a Saito hoy. Kirche era una cazadora nata.

Cuando acabó salió de la habitación y tocó la puerta de Louise. «Saito abrirá la puerta y en cuanto pueda lo abrazaré y le besaré. Oh... ¿qué hará Louise ante eso? » pensó Kirche. «Y después... podría intentar sacarle de la habitación y quizás se acercó a mí». El pensamiento de un posible rechazo no pasó por su mente.

Sin pensarlo dos veces usó un hechizo de apertura en la puerta de Louise y fue recompensada con un clic. En realidad los hechizos de apertura estaban prohibidos en la academia, pero a Kirche no le importaba. ‘Pasión por encima de todo’ era el lema de su casa. Pero la habitación estaba vacía. Ninguno de los dos estaba. Kirche curioseó la habitación.

—Siempre igual... una habitación sin gusto.

La mochila de Louise no estaba tampoco. Sumándole el hecho de que era el día del Vacío significaba que habían ido a algún sitio. Kirche miró por la ventana y vio a dos personas montadas a caballo, listas para irse. Eran Saito y Louise.

—¿Qué? De excursión, ¿eh? —Kirche murmuró molesta.

Tras pensar un momento salió corriendo de la habitación de Louise.

Tabitha estaba en su habitación navegando entre su mar de libros. Debajo de su pelo azulado y de sus gafas había brillantes ojos azules que brillaban como el océano. Tabitha en realidad era cuatro o cinco años más joven de lo que aparentaba. Era incluso más bajita que la ya de por sí retaca Louise y su cuerpo era bastante delgado. Una chica que no le importaba lo que la gente pensara de ella.

Tabitha amaba los Días del Vacío. Era cuando podía sumergirse en sus mundos

favoritos. A sus ojos el resto de gente eran intrusos en su pequeño mundo lo que le daba un sentimiento de melancolía.

No pasó mucho tiempo antes de que alguien llamara fuertemente a su puerta. Sin levantarse Tabitha se limitó a coger y mover su bastón más alto que ella. Realizó un 'hechizo de tranquilidad', un hechizo de viento. Tabitha era una maga con afinidad de viento. El hechizo de tranquilidad taponó esos ruidos molestos. Satisfecha, volvió a su lectura sin mover un ápice el rostro en todo el proceso. Entonces alguien forzó la puerta a abrirse. Dándose cuenta, Tabitha movió sus ojos del libro. Era Kirche. Comenzó a balbucear algo, pero con la magia del silencio ninguna de sus palabras llegó hasta Tabitha. Kirche apartó el libro de Tabitha y cogió a la pequeña lectora por los hombros para hacer que la mirara. Tabitha miró fijamente a Kirche con una expresión llana en la cara. Aun así uno podía darse cuenta de que no era una mirada de bienvenida. Pero Kirche era la amiga de Tabitha. Si hubiera sido otro le habría hecho volar por los aires con un ciclón. Sin alternativa, Tabitha deshizo su magia. Como si un candado se hubiese abierto la voz de Kirche emergió al instante.

—¡Tabitha! ¡Prepárate! ¡Nos vamos!

—Día del Vacío —explicó Tabitha suavemente a su amiga. Esa explicación era suficiente para Tabitha, que intentaba recobrar el libro de las garras de Kirche. Kirche se incorporó y levantó el libro en el aire alejando con la diferencia de altura el libro de Tabitha.

—Sí, ya sé qué importancia tienen los días del Vacío para ti. ¡Pero ahora no es tiempo de hablar! ¡Estoy enamorada! ¡Es amor! ¿Lo entiendes? —No lo entendía, y movió su cabeza.

Kirche era impulsiva, pero Tabitha era una pensadora tímida y tranquila. Uno no puede más que preguntarse cómo gente tan opuesta son buenas amigas.

—Vale, no te moverás hasta que te lo explique. Demonios, ¡ESTOY ENAMORADA! ¡Pero hoy el chaval va a irse por ahí con esa pesada de Louise! ¡Quiero seguirles y averiguar a dónde van! ¿Lo entiendes ya? —Tabitha seguía sin entenderlo, porque aún no sabía qué tenía ella que ver en todo eso—. ¡Acaban de irse! ¡A caballo! No puedo alcanzarles sin tu familiar, ¿sabes? ¡Échame una mano! ¡Por favor! —Kirche empezó a llorar. Tabitha por fin asintió.

«Así que es por eso que necesitas a mi familiar para alcanzarles».

—Oh, muchísimas gracias. Así que, ¡deprisita! —Tabitha asintió de nuevo.

Kirche era su amiga y no podía hacer nada si sus amigas acudían a ella para problemas que no podían ser resueltos sin su ayuda. Era un poco molesto, pero no



había elección. Abrió su ventana y empezó a tocar su flauta. La música invadió el cielo azul por un momento. Después saltó por la ventana. Aquellos que no la conocieran lo encontrarían raro o alarmante.

Kirche siguió de cerca a Tabitha y saltó a su vez por la ventana sin pensárselo, y eso que la habitación de Tabitha estaba en el quinto piso. Normalmente, olvida salir por la puerta cuando va hacia afuera puesto que saltar por la ventana es mucho más rápido.

Alas fuertes y anchas se abrieron en el viento. Después un dragón de viento voló y cazó al vuelo a sus dos pasajeras.

—¡Tu Sylphid es increíble! ¡No importa las veces que lo mire! —Kirche se agarró a una escama saliente y suspiró de admiración.

Así es, el familiar de Tabitha es un pequeño dragón de viento.

El dragón, que fue nombrado así por Tabitha cogió rápida y espectacularmente la corriente de aire ascendente alrededor de la torre y subió a los 200 metros de altura en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Dónde? —Tabitha preguntó secamente a Kirche.

—¡No lo sé! ¡Estaba en pleno ataque de pánico! —gritó Kirche al instante.

—Dos personas a caballo. No te los comas. —Ordenó a su dragón de viento sin dar importancia. Su dragón emitió un pequeño gruñido como muestra de entendimiento.

Sus escamas azules brillaron y sus alas batieron con fuerza el viento. Voló alto oteando el suelo en busca de un caballo, una tarea sencilla para un dragón de viento. Satisfecha de que su familiar cumpliera Tabitha robó el libro de las manos de Kirche, se recostó contra el dragón y volvió a la lectura.

Mientras tanto, Saito y Louise caminaban despacio por las calles de la ciudad de Tristain, habiendo dejado el caballo prestado en los establos de las puertas de la ciudad. Los costados de Saito se quejaban a gritos. Era la primera vez que montaba a caballo después de todo.

—Me duelen los riñones... —se quejaba caminando lentamente.

—Inútil —frunció el entrecejo mientras miraba a Saito—. ¿Nunca habías montado a caballo? Los plebeyos no sois más que...

—Y tú eres una pesada. ¡Hemos estado encima de esa cosa durante tres horas!

—Bueno, ahora podemos ir andando, ¿no?

A pesar del dolor Saito miraba los alrededores con curiosidad. «Calles de adoquín

blanco. Ni que fuera un parque de atracciones». Comparado a la Academia había bastante más gente vestida normal aquí. A los lados de las calles los vendedores ofrecían fruta y carne. El amor de Saito por los sitios exóticos se manifestó por un momento.

Era un mundo extraño. Había gente caminando pausadamente y gente corriendo frenéticamente. Hombres y mujeres de todas las edades caminaban por las calles. No había ninguna diferencia respecto al mundo de Saito, aunque las calles eran más estrechas.

—Estamos un poquito apretados.

—¿Apretados? Es una calle realmente ancha.

—¿Ancho? ¿Esto?

«Ni siquiera son 50 metros».

Con toda aquella gente caminando cada paso era incómodo.

—La calle Brudan, la avenida más ancha de Tristain. El palacio está justo delante.

—Louise señaló.

—A palacio, pues.

—¿Por qué hemos de ir a visitar a Su Majestad la Reina?

—Quiero pedirle que me aumente mi ración de comida.

Louise se rió.

Las calles estaban llenas de tiendas. Saito, lleno de curiosidad, no podía apartar sus ojos de ellas. Cuando se fijó en un extraño sapo metido en un tarro que tenía un vendedor, Louise le agarró de la oreja.

—Eh, no vayas por los rincones. Hay muchos ladrones y bandidos aquí. Has guardado mi monedero en tu chaqueta, ¿verdad?

Louise dijo que los monederos debían ser llevados por los sirvientes y sin piedad le puso ese cometido a Saito. El monedero estaba lleno de pesadas monedas doradas.

—Que sí, que sí, con mucho cuidado. Pero, ¿cómo puede alguien robar algo tan pesado?

—Con magia se puede hacer en un segundo.

Pero nadie alrededor parecía un mago. Saito aprendió cómo distinguir los magos de los plebeyos en la Academia. Los magos siempre llevaban capas, y tenían un andar arrogante. Según Louise, era la forma de caminar de un noble.

—¿No son todos plebeyos?

—Por supuesto. Los nobles son sólo un 10% de la población, y no suelen pasearse entre barriadas como estas.

—¿Por qué robarían los nobles?

—Todos los nobles son magos, pero no todos los magos son nobles. Si por cualquier razón un noble es desheredado de su familia, se quitaría su apellido por voluntad propia, cambiaría de estatus para ser un mercenario o criminal... ¡Eh! ¿Me estás escuchando?

Saito no escuchaba. Estaba demasiado fascinado por las señales de la calle.

—¿Qué significa ese símbolo de botella?

—Taberna.

—¿Y qué dice en esa señal con la gran cruz?

—Es un centro de reclutamiento para guardias.

Saito se detenía en cada símbolo extraño y Louise tenía que cogerle de la muñeca para hacerle andar.

—Vale, vale, de acuerdo, no tengas tanta prisa. ¿Dónde está el herrero?

—Por aquí. Pero no sólo venden espadas.

Louise se metió en una calle más estrecha aún. Un olor asqueroso proveniente de basura y otros desechos del suelo invadió sus narices.

—Qué asco da esto.

—Te dije que los nobles no venían a menudo.

Al cuarto cruce Louise se detuvo y miró alrededor.

—Debería estar cerca de la tienda de pociones de Peyman. Recuerdo que era por aquí —Vio una señal de bronce — ¡Ah! ¡Lo encontré! —gritó alegremente.

Una señal con forma de espada bailaba debajo. Parecía que este era la tienda del comerciante de armas. Louise y Saito subieron las escaleras empedradas, abrieron la puerta y entraron.

A pesar de que hacía una brillante mañana, la tienda estaba algo oscura dentro. Una lámpara de gas iluminaba la estancia. Las paredes y estanterías estaban llenas de armas sin ordenar. Una detallada armadura decoraba el lugar. Un hombre cincuentón y fumador miró a Louise sospechosamente.

—Mi señora, mi noble señora — al ver el pentagrama en su botón dorado saludó—. ¡Todos mis bienes son reales y a precios razonables! ¡No hay nada ilegal aquí!

—Seré tu cliente.

—Oh, qué raro. ¡Una noble comprando una espada! Bastante extraño.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, los sacerdotes empuñan bastones sagrados, los soldados, espadas y los nobles, varitas. ¿No es esa la regla?

—Oh, no la voy a usar yo. Lo hará mi familiar.

—Ah, un familiar que puede usar una espada, ¿eh? —El vendedor habló con voz curiosa, y miró a Saito—. ¿Así que este señorito de aquí es tu familiar?

Louise asintió. Mientras, Saito estaba abstraído por la vasta colección de espadas, gritando periódicamente cosas como ‘¡wow!’ o ‘¡esta es impresionante!’ Louise ignoró a Saito y continuó.

—No sé mucho sobre espadas, así que por favor enséñame algo que sea razonable.

El vendedor caminó alegremente al almacén. «Oh, esto es perfecto. Puedo subir los precios» murmuró en silencio. Poco después apareció con una espada larga de un metro de longitud. Era una espada ricamente ornamentada. Parecía que podía blandirse con una sola mano. Tenía incluso un guardamanos en la pequeña empuñadura.

—Hablando de esto —dijo el vendedor como si hubiera caído en algo—, parece ser que últimamente los nobles dejan a sus sirvientes llevar espadas. La última vez que uno pasó por aquí escogió de este tipo de espadas.

«Ya veo, una espada brillante y reluciente. Perfecta para un noble» pensó Louise.

—¿Esa es la moda? —preguntó Louise.

—Así es —el vendedor asintió convencido—. Parece que últimamente ha habido un incremento de delincuencia en las calles de Tristain.

—¿Delincuencia?

—Sí. Un mago ladrón que se hace llamar Fouquet *de la tierra derribada*. He oído que ha robado muchos tesoros de los nobles. Se están enfadando y están armando a sus sirvientes con espadas.

Louise no tenía interés en bandidos y se concentró en la espada. Parecía algo que se fuera a romper al instante. Saito esgrimió la última vez una espada que era mucho más grande.

—Preferiría algo más grande y más ancho.

—Mi señora, por favor, perdone mi franqueza. Las espadas y las personas tienen personalidad, igual que los hombres y las mujeres. Me parece que esta espada le queda muy bien al familiar de mi noble señora.

—¿No acabo de decir que quiero algo más grande y más ancho? —dijo Louise, bajando impacientemente la cabeza. El vendedor entró de nuevo.

—Oh, la alcuernia —musitó en silencio.

Tras un rato, trajo en la mano una nueva espada envuelta en un trapo aceitoso.

—¿Qué le parece esta?

Era una espléndida espada ancha de metro y medio de largo. La empuñadura

estaba hecha para llevar a dos manos y estaba repleta de joyería. Un filo que parecía un espejo reflejaba una luz irresistible. Cualquiera que la mirara diría que era una espada bien afilada.

—Esto es lo mejor que tengo. Mejor que para nobles, debería decir que es algo que los nobles desearían llevar en sus cintos, pero eso queda reservado para los hombres muy fuertes. Llevarla a la espalda no está tan mal.

Saito caminó despacio, sus ojos estaban fijos en la espada.

—Increíble. Esa espada parece poderosa—. Saito la quiso instantáneamente. Era una espada magnífica sin importar la forma en que la mirase.

«Supongo que esta está bien» pensó Louise viendo la satisfacción de Saito.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Bueno, fue hecha por el famoso alquimista Germaniano Lord Shupeí. Puede cortar el metal como mantequilla por la magia imbuida en ella. ¿Ve esta inscripción? —El vendedor señaló orgulloso las palabras de la empuñadura—. No encontrarás nada parecido y más barato.

—Bueno, soy una noble —Louise levantó la barbilla.

Ante eso, el vendedor dijo el precio secamente.

—3000 nuevos oros.

—¡¿Qué?! ¡Te puedes comprar una casa de veraneo con jardín por ese precio! —dijo Louise incrédula. Saito, que no tenía ni idea del valor de la moneda, tan sólo miraba.

—Una espada famosa vale tanto como un castillo, mi señora. Una casa de veraneo es bastante barato comparado con esto.

—Sólo he traído 100 nuevos oros —Louise, siendo noble, no tenía habilidad para regatear, y cometió el error de decir el contenido de su monedero. El vendedor movió la mano con desdén—.

—Venga ya... incluso las espadas normales valen como poco 200 nuevos oros.

La cara de Louise se volvió roja. No sabía que las espadas costasen tanto.

—¿Qué? ¿No podemos comprar esta? —dijo Saito en tono molesto.

—No. Tendremos que ir a por algo más asequible.

—Los nobles son tan arrogantes, y ahora... —murmuró Saito. Louise le clavó la mirada.

—¿Tienes idea de lo que cuestan las pociones? Porque alguien estuvo gravemente herido.

—Lo siento. —Saito agachó la cabeza con vergüenza. Acariciaba contrariado la espada—. Pero me gusta esta espada.

En ese momento, una voz masculina y grave salió de una montaña de espadas desordenadas.

—No seas tan orgulloso, chico.

Louise y Saito miraron hacia el sonido. El vendedor se llevó las manos a la cabeza.

—¿Por qué no te miras a ti mismo? ¿Tú? ¿Llevar esa espada? No me hagas reír. ¡A ti sólo te valdría un palo!

—¿Qué acabas de decir? —Saito no se tomó ese insulto a la ligera, pero no había ningún ser en la dirección del sonido con el que enfadarse. Sólo era una montaña de espadas.

—Si lo has entendido vete a casa. ¡Sí! ¡Tú! ¡La chica noble de allí!

—¡Qué maleducado!

Saito se acercó al sonido lentamente.

—Pero si aquí no hay nadie...

—¿Tienes los ojos para decorar solamente?

Saito miró detrás de él. «¿Qué? ¿Es una espada la que está diciendo eso?» Provenía de una espada dañada y oxidada.

—¡Una espada que habla! —exclamó Saito.

—¡Derf! —gritó el vendedor súbitamente enfadado— ¡No le digas esas cosas a mis clientes!

—¿Derf? —Saito inspeccionó cuidadosamente la espada. Era del mismo tamaño que aquella gran espada, aunque su filo era algo menos ancho. Era una espada larga y fina, aunque su superficie estaba cubierta de óxido y no se podía decir que estaba bien hecha.

—¿Cliente? ¿Un cliente que no puede llevar una espada? Me tomas el pelo.

—¿Podría ser... que esta fuera una espada sensible? —preguntó Louise.

—Así es, señora. Es una espada sensible, mágica, inteligente. Me pregunto qué clase de mago pudo haber hecho hablar a una espada, pero tiene la lengua podrida. Siempre discute con mis clientes. ¡Eh, Derf! ¡Sigue así de insolente y le pediré a esta noble que te funda!

—¡Me parece bien! ¡Me gustaría verte intentarlo! Estoy algo cansado de este mundo. ¡Me encantaría ser fundido!

—¡Vale! ¡Te fundiré! —El vendedor se acercó, pero Saito le detuvo.

—Menudo desperdicio. ¿No es una espada parlante algo valioso? —Saito la miró—. ¿Te llamas Derf, no?

—¡No! ¡Es Lord Derflinger! ¡Recuérdalo!

—Igual que una persona, hasta tiene un nombre —murmuró Saito—. Mi nombre es Saito Hiraga. Encantado de conocerte.

La espada se quedó en silencio y parecía observar de cerca al chico. Después de un rato en silencio decidió hablar.

—Así que has venido. ¿Eres un portador?

—¿Un portador?

—Mm, ni siquiera conoces tus propios poderes, ¿eh? Menudo... ¡Ah! ¡Bueno! ¡Cómprame, amigo mío!

—De acuerdo. Te compraré —dijo Saito—. La espada se volvió a callar—. Louise, me llevaré ésta.

—¿Quieres esa cosa? —dijo Louise con cara de pocos amigos—. ¿No puedes elegir alguna otra cosa más bonita y que no hable?

—¿No te gusta? Yo creo que una espada parlante mola un montón.

—Ya veo, por eso no me gusta a mí. —se quejó Louise. Pero no tenía dinero para nada más—. ¿Cuánto por esta? —preguntó al vendedor—.

—Eh, 100 está bien.

—¿No es algo barato?

—¿Por esa? Os la dejo barata— movió su mano con asco.

Saito sacó la cartera de Louise del bolsillo de su chaqueta y vació su contenido en el mostrador. Una por una la monedas de oro cayeron a la superficie de madera.

—¡Gracias por la compra! —asintió finalmente el vendedor después de contar con cuidado el dinero. Después metió la espada en su vaina y se la daba a Saito—. Si se pone muy plasta vuelve a meterla en la funda. Así se callará.

Saito asintió y recibió a Derflinger.

Dos siluetas miraban a Louise y Saito en la tienda de armas: Kirche y Tabitha. Kirche vigilaba desde las sombras de la calle, mordiéndose con fuerza el labio.

—Louise *la* Zero. Intentando calentar tu relación con Saito comprándole una espada, ¿eh? ¿Sobornándole con regalos después de saber que él es mi presa? ¿Qué se habrá creído? — Kirche golpeó con ira el suelo.

Tabitha, habiendo acabado su trabajo, estaba leyendo como siempre. Sylphid planeaba en el cielo sobre ellas. Les habían seguido poco después de haberles encontrado. Kirche esperó a que la pareja se alejase y corrió al interior de la tienda. El vendedor

la miraba sin poder dar crédito a lo que veía sus ojos.

—¿Otro noble? ¿Qué diablos pasa hoy?

—Hey, jefe... —Kirche jugó con su pelo, con una sonrisa encantadora en sus labios. La cara del vendedor se volvió de un rojo brillante ante la repentina seducción—
¿Sabrías por casualidad qué ha comprado hace poco esa noble?

—Una e-espada. Compró una espada.

—Ya veo. Así que le ha conseguido una espada. ¿Qué tipo de espada?

—Una s-sucia y oxidada.

—¿Oxidada? ¿Por qué?

—No tenía suficiente dinero.

Kirche rio con la mano en su mejilla.

—¡Está en bancarota! ¡Vallière! ¡La casa de tu Duque llorará por esto!

—Uh, ¿acaso mi señora ha venido también a comprar una espada? —El vendedor se puso al acecho no queriendo perder la oportunidad.

«Esta noble parece rica comparada con la pequeñaja».

—Mmm, enséñame la mejor.

El hombre entró emocionado frotándose las manos. Volvió, naturalmente, con la espada que le acababa de enseñar a Saito.

—¡Ah! ¡Una espada muy bien hecha!

—Tiene buen ojo, señora. Aquella noble de antes tenía un sirviente que la quería, pero era demasiado para ellos.

—¿Ah? ¿Sí?

«¿El sirviente de la noble? ¡Es la que quiere Saito!»

—Por supuesto. Fue hecha por el famoso alquimista Germaniano Lord Shupeí. Puede cortar el metal como mantequilla por la magia imbuida en ella. ¿Ve esta inscripción? —El vendedor repitió el mismo cuento.

Kirche asintió.

—¿Cuánto?

El vendedor pidió más, viendo que Kirche era bastante más rica.

—Mm, si son nuevos oros, 4500.

—Mm, es un pelín caro —Kirche se quejó.

—Bueno, las mejores espadas necesitan que se pague su valor, ¿sabe?

Kirche pensó durante un instante moviendo su cuerpo hacia el vendedor.

—Jefe, ¿no es eso un pelín caro? —Al ser acariciado en la garganta, el hombre perdió momentáneamente el aliento. Su mente fue sacudida por la tentación.

—Uh... pero... las mejores espadas...

Kirche se sentó en el mostrador subiendo su muslo izquierdo.

—¿No es el precio algo elevado? —Levantó despacio su pie izquierdo hasta posarlo en el mostrador. Los ojos del mercader se dirigieron irresistiblemente a sus muslos.

—E-Es posible... entonces... 4000 nuevos oros.

Kirche subió aún más su muslo de modo que él casi podía ver entre ellas.

—Ah... no, no, no. 3000 está bien.

—Uf, qué calor hace... —Kirche le ignoró, y señaló los botones de su camisa—. Tengo mucho calor. Ayúdame a quitarme la camisa por favor... —Le lanzó su mirada más irresistible.

—Ah... me he equivocado, me he equivocado... ¡2500!

Kirche se quitó un botón, y miró al vendedor.

—¡1800! ¡1800 está bien!

Otro botón enseñando el canalillo. Le volvió a mirar.

—¡Eh, 1600 bastarán!

Kirche se detuvo con sus botones y giró su atención a su falda, subiéndola muy poquito. El hombre parecía que no podría soportarlo.

—¿Qué tal por 1000? —sugirió ella, levantándose la falda lentamente un poco más. El hombre estaba a punto de hiperventilarse. Y de repente ella se detuvo.

—Oh... ohhhhh... —su agitada respiración se volvió un quejido triste.

Kirche se incorporó, y volvió a pedir.

—1000.

—¡Oh! ¡1000 está bien!

Kirche se bajó del mostrador, escribió rápidamente un cheque y lo plantó en la repisa.

—¡Vendida! —después cogió la espada y salió de la tienda, dejando al mercader mirando al cheque.

Después de un rato, volvió en sí de repente agarrándose la cabeza.

—¡MALDITA SEA! ¡¿HE VENDIDO ESA PRECIOSIDAD POR SÓLO 1000!? ...—
Sacó una botella de licor de un cajón. Oh, ya está bien por hoy...

Capítulo 7

Fouquet, de la tierra derribada

En Tristain había un mago ladrón que se hacía llamar *de la tierra derribada* quien mantenía temerosos a todos los nobles del país. Su nombre completo era Fouquet de la tierra derribada.

Cuando Fouquet escuchó que un noble en el Norte tenía una corona enjoyada fue hasta allá a robársela. Cuando Fouquet supo que un noble en el sur tenía como tesoro familiar un báculo que le regaló el rey, Fouquet se abrió paso a través de las paredes para robarlo. En el este ninguna mansión tenía en su haber los mejores anillos de perlas hechos por los artesanos de las Islas Blancas. Fouquet también se apoderó de una invaluable botella de vino añejo de una bodega en el oeste. Fouquet estaba en todas partes.

Las tácticas de Fouquet iban desde la infiltración sigilosa hasta la entrada forzada. El banco nacional fue atacado en plena luz del día y algunas casas han sido silenciosamente saqueadas en la profundidad de la noche. En cualquier caso, las tácticas de Fouquet dejan a la guardia real de magos por los suelos.

Fouquet se definía únicamente por el uso de la alquimia para entrar en las habitaciones que asaltaba, convirtiendo las puertas y paredes en tierra y arena para luego proceder a entrar a través de las paredes agujereadas. Obviamente los nobles no eran estúpidos. Habían intentado ‘solidificar’ todo lo que rodeaba a sus tesoros en un intento de detener la alquimia, pero la magia de Fouquet era demasiado fuerte, lo anulaba todo, fortificado o no, convirtiéndolo en arena.

Si Fouquet decidiera entrar a la fuerza lo hacía haciendo uso de un golem de tierra de 30 metros de alto. Se deshace de los guardias, despedaza las paredes del castillo y Fouquet roba los tesoros a plena luz del día. Nadie ha visto nunca a Fouquet de cerca. Nadie sabe ni siquiera si Fouquet es hombre o mujer. Todo lo que saben es que es un mago de tierra de por lo menos clase triángulo, que Fouquet deja notas provocativas como ‘Tengo tu tesoro. Fouquet *de la tierra derribada*’ en cada escena de robo, y que Fouquet prefería los tesoros y artefactos de gran poder mágico.

Dos inmensas lunas iluminaban las paredes afuera del quinto piso de la Academia de Magia, donde se encontraba el cuarto de tesoros. La luz estiraba una sombra que se



encontraba de pie contra las paredes; Fouquet de la tierra derribada.

El largo y verde cabello de Fouquet se movía con el viento. Estaba ahí de pie mostrando la figura que llena de miedo a todos los nobles del país. Presionando un pie contra la pared Fouquet sintió su fuerza y no pudo evitar sentirse admirado. «La torre principal de la Academia es tan resistente como parece. ¿Acaso sólo los ataques físicos son su única debilidad? No puedo atravesar algo tan grueso sin atraer la atención».

No era difícil para un experto en magia de tierra como Fouquet el averiguar el grosor de una pared solamente con sus pies, pero romperla es una cosa completamente diferente. «Parece que utilizaron hechizos de endurecimiento en ella, pero no puedo ni romperla con un golem. Tiene un hechizo muy fuerte, mi alquimia no le afectará mucho. Maldición. Llegué tan lejos». Fouquet apretó los dientes, frustrada. «No dejaré el *báculo de la destrucción*, no importa qué». Fouquet cruzó los brazos y empezó a concentrarse.

Mientras tanto, al mismo tiempo que Fouquet pensaba molesto en la pared la habitación de Louise estaba hecha un caos. Louise y Kirche mirándose enfadadas la una a la otra, Saito en su cama de paja inspeccionaba emocionado la espada que Kirche le acababa de regalar, Tabitha leía indiferente un libro en la cama de Louise.

Louise tenía sus brazos en la cadera.

—¿Qué significa esto, Zerbst?— Miró a su rival.

Kirche observaba a Saito con admiración.

—Ya te lo dije, conseguí lo que Saito quería, así que vine a dárselo.

—Ah, es una pena. Ya le conseguí un arma a mi familiar. ¿Cierto, Saito?

Por el contrario, Saito no podía soltar el regalo de Kirche. Desenvainó la espada y la miró fijamente. Cuando sostuvo una espada, las inscripciones en su mano izquierda brillaron y su cuerpo se hizo tan ligero como una pluma. Quería moverla pero estaba dentro de la habitación. Todavía no podía entender qué era lo que pasaba con su mano izquierda. Todo lo que sabía es que brillaba cuando sostenía una espada. Pero todo lo que importaba en este momento era la hermosamente ornamentada espada.

—Esta es increíble. Me gusta más. ¡Y brilla!

Louise lo pateó.

—¡¿Qué haces?!— Saito gritó.

—Devuélvelo. ¿Acaso no tienes la espada parlante?

—Uh, es verdad. Es interesante que una espada pueda hablar, pero aun así está tan oxidada y vieja, y también rota. Si un espadachín usa algo debe ser brillante y guay, ¿cierto? Además, Kirche me la dio sin pedir nada a cambio...

—¡Las palabras celosas son poco educadas, Vallière!— Kirche presumió triunfan-

te.

—¿Celosa? ¿Quién está celosa?

—¿No lo estás? Yo, Kirche, conseguí fácilmente la espada que deseaba Saito y se la di como un regalo. No puedes negar que no estás celosa, ¿no es así?

—¡¿Celosa?! ¡Ni hablar! Dejando eso de lado, ¡no aceptaré ni siquiera un pequeño gesto de generosidad de una Zerbst! ¡Y punto!

Kirche miró a Saito, quien observaba de mala gana la espada decorada en las manos de Louise.

—¿Lo ves? Saito adora esta espada, ¿lo entiendes? ¡Esta espada fue creada por el alquimista de Germania, Lord Shupe! —Kirche miró seductivamente a Saito—. Escucha un segundo. ¡Todo lo que es bueno en este mundo, desde espadas hasta mujeres, sólo puede venir de Germania! ¡Las mujeres de Tristain, como Louise, son todas extremadamente celosas, impacientes, tacañas y esnobs, y nada las puede cambiar!

Louise miró mal a Kirche.

—¿Qué? Sólo estoy diciendo la verdad.

—Oh, muy divertido. ¡Mujeres como tú son unas idiotas que sólo piensan en el amor! ¿Te liaste con tantos tipos allá en Germania y, como nadie confiaba en ti, terminaste huyendo hasta aquí, a Tristain? —respondió Louise con una risa fría e intransigente intercalada con temblores producto de su enojo.

—Tienes agallas, Vallière... —la cara de Kirche se oscureció.

—¿Qué? Sólo estoy diciendo la verdad —añadió Louise victoriosa.

Blandieron sus varitas simultáneamente. Tabitha movió su báculo más rápido que ellas dos haciendo volar sus varitas con una ráfaga.

—Dentro —dijo simplemente.

«Probablemente quería decir que es peligroso pelear dentro del cuarto».

—¿Y quién es esta? —musitó Louise enojada— Ha estado sentada en mi cama desde...

—Ella es mi amiga —respondió Kirche.

—¿Y por qué tu amiga está en mi cuarto?

Kirche la miró.

—¿Hay algún problema?

—¡Hmph!

Saito intentó hablarle a Tabitha, pero no respondió nada, sólo leía tranquilamente su libro como si las conversaciones fueran un inconveniente. Mientras tanto, Louise y Kirche todavía se miraban con odio.

Kirche apartó la mirada.

—Bueno... Dejemos que Saito decida.

—¿Yo? ¿Decidir? —Saito inmediatamente sintió ansiedad al ser señalado—.

—Es verdad. Esto trata de qué espada elegirás. —Louise también lo miró.

Repentinamente, Saito se sintió peor. Sin duda le gustaba la espada brillante de Kirche. «Pero Louise nunca aceptará que eligiese esa, tal vez me dejaría sin comida por una semana, aunque supongo que Siesta me puede dar, pero igual...» Miró a Louise, quien devolvió la mirada. «Louise podrá ser una chica egoísta, egocéntrica y desagradada, pero me cuidó cuando estuve herido por días y es el tipo de chica que me parece atractiva. Aunque Kirche me compró esta espada tan cara. Y para colofón, una chica tan hermosa como ella me confesó su amor. Antes de esto no había forma siquiera de acercarme a alguien tan bella. Vale, eso hace mi tarea más difícil todavía. Ahora parece que estuviera escogiendo entre ellas y no las espadas».

—¿Bien? ¿Qué haras? —Kirche y Louise lo miraron fijamente.

—Uh, bueno. ¿No puedo quedarme con ambas? —Saito ladeó la cabeza intentando parecer lindo.

No funcionó. Una patada combinada lo lanzó por el aire enviándolo derecho a su cama de paja.

—Oye —Kirche volteó hacia Louise.

—¿Qué?

—Supongo que es momento de terminar con esto.

—Mm, tienes razón.

—Realmente te odio, ¿sabes?

—Lo mismo digo.

—Pensamos igual —Kirche sonrió y levantó una ceja.

Louise levantó su barbilla desafiante.

—¡Te reto a un duelo! —gritaron al mismo tiempo.

—Diantres, no tenéis que... —Saito estaba sorprendido. Ambas se miraron como si no lo escucharan.

—¡Pero obviamente lo haremos con magia! —Kirche declaró triunfante.

Louise se mordió el labio inferior y asintió.

—Bien. ¿El lugar?

—¿En serio? ¿Estás segura, Louise *la Zero*? ¿Estás realmente segura de que quieres enfrentarte a mí en un duelo de magia? —Kirche presionó.

Louise bajó la cabeza. «¿Estoy segura? Claro que no. Pero una Zerbst me ha

retado, así que tengo que aceptarlo».

—¡Claro! ¡No perderé ante ti!

Mientras tanto, mientras estaba de pie en las paredes de la torre central de la Academia, Fouquet sintió unos pasos. Inmediatamente saltó hacia el suelo y cuando casi llegaba susurró el 'hechizo de levitación', aterrizando como una pluma, amortiguando la caída. Entonces Fouquet desapareció entre los arbustos del patio.

Louise, Kirche, Tabitha y Saito entraron al patio.

—Bien, empecemos — anunció Kirche.

—¿Realmente vais a hacer un duelo? —preguntó Saito ansioso.

—Sí, lo haremos —respondió Louise confiada.

—¿No es un poco... peligroso? Paremos esto aquí y olvidémoslo, ¿sí?

—Es verdad. Quien salga herido es un idiota —dijo Kirche.

—Ajá —asintió Louise.

Todos miraron a Saito. Y él tuvo un mal presentimiento de todo esto.

—Oigan... ¿esto va en serio? —Saito suplicó, pero a nadie le importó.

Estaba colgado de la torre principal de una cuerda. «Sí, debí haber escogido a una de las dos y terminar con esto».

En el suelo, que se veía lejano, muy lejano, Saito podía ver las siluetas de Kirche y Louise. A pesar de ser de noche, las dos lunas aclaraban la visión. Hasta podía ver a Tabitha en su dragón de viento. Tenía dos espadas en su boca. Las dos espadas brillaban cálidamente.

Kirche y Louise lo miraron colgado y balanceándose en el aire. Kirche apretó sus manos.

—Esto es lo que haremos. La primera en cortar la cuerda y liberar a Saito gana. La espada de la ganadora le pertenecerá a Saito. ¿Te parece bien?

—Sí —Louise asintió indiferente.

—No hay límites en los tipos de hechizos que se pueden usar. Puedes empezar. Te dejo.

—De acuerdo.

—Está bien. Buena suerte.

Louise agitó su varita. En el aire, Tabitha empezó a sacudir la cuerda, moviendo a Saito de izquierda a derecha. Hechizos como 'bola de fuego' tiene gran precisión y

rango y pueden dar en el blanco siempre y cuando el blanco no se mueva. Sin embargo, Louise tenía otras cosas de qué preocuparse. Antes de nada tenía que conseguir que el hechizo funcionara. Louise se concentró. «¿Qué funcionará? ¿Viento? ¿Fuego? Agua y tierra están descartados, no tienen tantos hechizos que puedan cortar cuerdas. Los hechizos de fuego son los mejores para esta ocasión». Y en ese momento Louise recordó que Kirche es especialmente buena con esos. «Las bolas de fuego de Kirche pueden cortar la cuerda fácilmente. No puedo fallar».

Escogió las bolas de fuego. Apuntando al blanco recitó el corto hechizo. Si falla, Saito se quedará con la espada de Kirche y para alguien tan creída como Louise eso es algo completamente inaceptable. Terminó de recitar y con su mayor concentración movió su mano. Si funciona, una bola de fuego debería salir de la punta. Pero nada salió de la varita. A continuación, la pared detrás de Saito explotó. La onda de choque sacudió aún más a Saito.

—¿Qué demonios pasa?! ¡¿Acaso quieres matarme?! —el grito enojado de Saito se escuchó hasta abajo.

La cuerda se mantuvo intacta. Si pensaba que podía romper la cuerda con la onda de choque, realmente no estaba pensando. Un gran agujero apareció en la pared. Kirche se moría de risa.

—¡ZERO! ¡LOUISE LA ZERO! ¡Rompió la pared en vez de la cuerda! ¡Eso sí es talento!

Louise bajó la mirada.

—Es verdad, debo preguntarte. ¿Qué diablos hiciste para que explotara así?!

«Oh dios, me duelen las costillas». Louise apretó sus puños y se arrodilló en el suelo.

—Ahora es mi turno —Kirche apuntó a la cuerda como un cazador a su presa.

Tabitha seguía agitando la cuerda así que era difícil apuntarle. Sin embargo, Kirche mantenía una sonrisa enérgica y tranquila. Recitando un hechizo corto, Kirche movió su varita como siempre. Después de todo, las bolas de fuego son su especialidad. De su varita apareció una bola de fuego del tamaño de un melón que voló hacia Saito golpeando la cuerda y quemándola en un instante. Saito empezó a caer, pero Tabitha movió su báculo desde arriba lanzándole un hechizo de levitación haciendo que aterrizara suavemente en el suelo.

—¡Yo gano, Vallière! —Kirche anunció seriamente.

Louise se sentó agarrando la hierba en desesperación. Mientras tanto, Fouquet los observaba desde los arbustos. Vio el agujero que el estallido de Louise hizo en las

paredes. «¿Qué tipo de magia es esa? Quiso lanzar una bola de fuego pero nada salió de su varita y después la pared explotó. Nunca escuché de un hechizo que pudiera hacer explotar las cosas de esa manera». Fouquet movió la cabeza. «Pero más importante que eso es que no puedo dejar escapar esta oportunidad».

Fouquet empezó a recitar un largo hechizo, moviendo su varita hacia el suelo. Cuando Fouquet terminó una pequeña sonrisa se dibujó en su cara. Después de terminar de recitar un bulto se formó en la suelo. Fouquet *de la tierra derribada* estaba mostrando su talento.

—¡Qué vergüenza, Vallière! —Kirche reía.

Con la batalla perdida Louise relajó sus hombros un poco deprimida y reticente. Saito la miró, una emoción complicada emergió en su rostro.

—¿Por qué no... eh... me soltáis primero? —dijo en voz baja. No podía moverse con la cuerda que le daba varias vueltas a su cuerpo.

Kirche sonrió.

—Oh, claro que sí. ¡Estaré encantada!

En ese momento, Kirche sintió algo detrás de ella. Se giró a ver. No podía creer lo que veía.

—¡¿Q-qué demonios es eso?! —Kirche estaba boquiabierta. Lo que vio fue un gigantesco golem de tierra moviéndose en su dirección.

—¡¡Ah!!! —Kirche huyó gritando.

Saito le gritó:

—¡Oye! ¡Oye! ¡No te vayas! ¡No me dejes aquí! —entró en pánico. Después de todo, nunca había visto a un golem gigantesco y este se estaba acercando a él.

—¡¿Q-qué demonios es esto?! ¡Es enorme!— Saito quería correr, pero las cuerdas lo mantenían atado. Louise volvió en sí y corrió hacia Saito.

—¡Tú! ¡¿Por qué estás atado?!

—¡¿No fue idea tuya?!

El golem levantó su pie encima de ellos. Saito perdió la esperanza.

—¡Louise, sal de aquí! —gritó.

—Maldición. Esta cuerda... —Louise intentó en vano desatar los nudos. El pie del golem descendió. Saito cerró los ojos.

En ese instante el dragón de viento de Tabitha bajó desde el cielo agarrando a los dos con sus garras a escasos milímetros del pie y los alejó antes de que aplastara todo en un abrir y cerrar de ojos. Colgando bajo el dragón de viento Saito y Louise observaron el golem. Saito preguntó tembloroso:

—¿Q-q-qué demonios es eso?

—¡No estoy segura! ¡Pero es un golem de tierra gigantesco! ¡Alguien debe haberlo invocado!

—¿¡Algo tan grande?!

—Quien haya convocado eso debe ser por lo menos un mago nivel triángulo.

Saito se mordió el labio y pensó en Louise que intentó desatarlo sin importarle el peligro.

—Dejando eso de lado, ¿por qué no corriste?

—Ningún amo que se respete dejaría a su familiar de esa manera —respondió honestamente.

Saito la miró callado. Por alguna razón la encontró muy atractiva justo en este momento.

Fouquet sonreía mientras se encontraba de pie en el hombro del golem. Fouquet no le prestó atención al dragón de viento o la huida de Kirche. Una capa negra lo cubría de pies a cabeza. No fueron capaces de ver su cara. Fouquet transformó el puño del golem en uno de una composición metálica y le ordenó que golpeará la pared. Un golpe torpe se escuchó cuando el puño metálico golpeó la pared, desmoronándola. Bajo la capa oscura Fouquet sonrió.

El golem transportó a Fouquet en su mano y el ladrón entró a través del agujero y fue directamente al cuarto de los tesoros. Guardaba objetos de valor de toda clase, pero Fouquet tenía sólo un objetivo: el Báculo de la Destrucción.

Una fila de báculos de muchos tipos colgaba en la pared, pero uno llamó la atención de Fouquet. Medía aproximadamente un metro y estaba hecho con un tipo de metal que Fouquet nunca había visto. Fouquet miró la etiqueta debajo del báculo que decía 'Báculo de la Destrucción. No coger'. Su sonrisa creció. Fouquet tomó el Báculo de la Destrucción y se sorprendió por lo ligero que era. «¿De qué estará hecho?» No tenía tiempo de pensar en esas cosas, así que corrió de vuelta al hombro del golem.

Fouquet grabó un mensaje en la pared antes de irse: 'Gracias por el Báculo de la Destrucción. Fouquet de la tierra derribada'.

Con su invocador en su hombro el golem saltó de las paredes de la Academia, aterrizó con un gran golpe y se fue en dirección a las praderas y más allá. Sobre el golem, el dragón de viento daba vueltas. Tabitha, sentada en el dragón, agitó su báculo para lanzar un hechizo de levitación, moviendo a Saito y a Louise encima del dragón. Lo agitó otra vez y el aire alrededor de Saito resonó en ondas cortantes despedazando las cuerdas que lo mantenían cautivo.

—Gracias —le dijo a Tabitha.

Su cara se mantenía indiferente, sólo asintió. Saito observó el gigantesco golem de tierra.

—Ese mago... rompió la pared. ¿Pero para qué? —preguntó a Louise.

—El cuarto de tesoros —respondió Tabitha.

—Llevaba algo en las manos cuando salió del agujero.

—Era un ladrón. Eso fue muy osado.

Mientras observaron cómo el enorme golem se desmoronaba en plena caminata convirtiéndose en una montaña de tierra.

Aterrizaron. Brillantemente iluminado por las dos lunas no había nada más aparte de una montaña de tierra. Y así de fácil el mago desapareció.

Capítulo 8

El Báculo de la Destrucción

A la mañana siguiente en la academia de magia de Tristain hubo mucha conmoción por los eventos de la noche pasada, como si hubieran agitado un avispero. ¿Por qué? Porque el Báculo de la Destrucción había sido robado. Y había sido robado usando un golem de tierra para destrozar la pared de la cámara.

Los profesores de la academia de magia que se reunieron dentro de la cámara estaban sin palabras al ver el inmenso agujero de la pared. La inscripción en la pared hecha por Fouquet *de la tierra derribada* lo decía todo: 'Gracias por el Báculo de la Destrucción. Fouquet *de la tierra derribada*'.

Llegados a este punto los profesores de la academia sólo podían murmurar y susurrar.

—¡Es ese ladrón que ha dejado limpios a los nobles, Fouquet *de la tierra derribada*! ¡Qué atrevimiento robar a la academia! ¿Qué hacían los guardias?

—Incluso si los guardias hubiesen estado cerca son inútiles. ¡Son sólo campesinos! Y hablando de eso, ¿qué noble se suponía que hacía la ronda por la noche?

La señorita Chevreuse estaba ansiosa. Se suponía que era ella la que estaba de guardia anoche.

—¿Pero quién podría robar a la academia? —pensó mientras dormía ruidosamente en su habitación en vez de estar junto a la puerta de la cámara como todos los nobles debían hacer cuando les tocaba la guardia.

Uno de los profesores le señaló inmediatamente.

—¡Señorita Chevreuse! ¡Se suponía que vos sería quien haría guardia anoche! ¿Tengo razón?

La señorita Chevreuse rompió a llorar.

—Lo siento mucho, muchísimo.

—Incluso si inundaras la academia de lágrimas, ¿crees que volvería el báculo? ¿O vas a pagar por esto?

—Pero, pero acabo de terminar de pagar mi casa. —La señorita se arrodilló y sollozó.

Justo en ese momento, el Viejo Osman llegó.

—Hm, este no es el mejor momento para tratar con dureza a las damas, ¿verdad?

—¡Pero Osman! ¡La señorita Chevreuse falló en su cometido! ¡Estaba durmiendo la mona en su cama tan tranquila cuando debería haber estado de guardia! —contestó

el profesor que le había echado la bronca a la Señorita Chevreuse.

El Viejo Osman se mesó afablemente su larga barba mientras miraba al estirado y tembloroso profesor.

—Hm, ¿cuál era tu nombre?

—¡Es Gimli! ¿Ya se te ha olvidado?

—¡Oh! ¡Cierto! ¡Gimli! Bueno, señor Gimli, no te enfades. Siendo sinceros, ¿cuántos de vosotros pueden decir que siempre están en sus puestos cuando tienen una misión o un cometido?

Los profesores se miraron unos a otros y bajaron sus cabezas avergonzados. Reinó el silencio.

—Bueno, esta es la situación en la que nos encontramos. Hablando de responsabilidad, creo que todos los presentes, incluyéndome a mí, tienen que ser culpables de este incidente. ¿Por qué pensamos que un ladrón no se le ocurriría atacar la academia? ¿Es acaso porque el número de magos que tenemos nos da la seguridad de que no seremos atacados? Este pensamiento es equivocado de cabo a rabo.

El Viejo Osman miró el agujero en la pared y continuó.

—Fue nuestra complacencia lo que le dio a Fouquet el coraje para atacar y robar el Báculo de la Destrucción. Todos somos responsables.

La señorita Chevreuse miró al Viejo Osman con gratitud.

—¡Oh! ¡Osman, Sir Osman! Gracias por tu benevolencia. De ahora en adelante te trataré como si fueses mi padre —dijo.

—Bueno, esto, je, je... señorita... —El Viejo Osman comenzó a tocarle el culo a la señorita Chevreuse.

—Si estamos de acuerdo le corresponde decidir al Director.

El Viejo Osman, no queriendo cargar la culpa sobre nadie, decidió que aquella era la mejor manera de relajar el tenso ambiente. Después de aclararse la garganta, con todo el mundo esperando solemnemente a que hablase, prosiguió.

—Bueno, ¿quiénes fueron los testigos del robo? —preguntó.

—Fueron estos tres —dijo el señor Colbert mientras señalaba a la gente a su espalda—.

Eran Louise, Kirche y Tabitha. Saito estaba también presente, pero dado que es un familiar no tenía consideración de persona.

—Oh, sois vosotros, chicos —dijo Osman mientras miraba a Saito con gran interés. Saito no sabía por qué estaba siendo examinado, pero se mantuvo cortés.

—Por favor, contadnos con detalles lo sucedido.

Louise dio un paso adelante y describió lo que vio.

—Mm, un gran golem de arcilla apareció y rompió la pared. El mago encapuchado encaramado a su hombro entró y cogió algo. Creo que probablemente era el Báculo de la Destrucción. Después de eso el mago encapuchado volvió a subir encima del golem y escapó más allá de las murallas. Luego, el golem se convirtió en una gran montaña de arena.

—Después de eso, ¿qué pasó?

—Después todo lo que vimos fue la montaña de arena. No había señales del mago.

—Así que eso fue lo que sucedió —dijo Osman mientras se mesaba la barba.

—Incluso aunque quisiésemos perseguirle no podríamos al no tener pistas. Así pues...

En ese momento, el Viejo Osman de repente recordó preguntarle al señor Colbert.

—Ah, ¿dónde está la señorita Longueville?

—No estoy seguro, no recuerdo haberla visto desde esta mañana.

—¿Dónde puede estar en este preciso momento?

—Es cierto, ¿dónde podrá estar?

En mitad de estos murmullos, la señorita Longueville apareció finalmente.

—¡Señorita Longueville! ¿Dónde te habías metido? ¡Algo terrible ha sucedido! —dijo el señor Colbert, ansioso.

La señorita Longueville le habló al Viejo Osman con toda la tranquilidad del mundo.

—¡Lamento mucho llegar tarde! Estaba investigando algo. Así que...

—¿Investigando?

—Sí. Cuando desperté esta mañana había ya mucha conmoción, así que fui a la cámara y vi la inscripción dejada por Fouquet en la pared. Supe que el conocido ladrón había dado un nuevo golpe. Así pues comencé inmediatamente mis investigaciones.

—Eres realmente eficiente, señorita Longueville.

El señor Colbert preguntó de nuevo con un tono apremiante.

—Pero, ¿conseguiste descubrir algo al final?

—Sí, creo que he descubierto el escondite de Fouquet.

—¿¡Qué!? —El señor Colbert exclamó sorprendido— ¿De dónde has conseguido esa información, señorita Longueville?

—De acuerdo con los plebeyos de alrededor varios han visto lo que parecía ser una persona vistiendo una capa con capucha negra entrando en una casa abandonada

en el bosque de aquí cerca. Creo que esa persona es probablemente Fouquet y que esa vivienda es probablemente su guarida.

Louise tras oír eso exclamó:

—¿Una capa con capucha negra? No hay error posible, debe de ser Fouquet.

El Viejo Osman se emocionó.

—¿A cuánto está de aquí? —preguntó.

—A pie llevaría medio día llegar, pero a caballo aproximadamente cuatro horas.

—¡Debemos informar a la Corte Imperial ahora mismo! ¡Debemos pedir refuerzos del ejército imperial! —El señor Colbert volvió a alzar la voz.

El Viejo Osman sacudió la cabeza y miró a Colbert con un vigor que no era de esperar en un anciano.

—¡Loco! —gritó— ¡Para cuando llevemos el informe a la corte imperial Fouquet ya estará en la otra punta del mundo! ¡Además, si no podemos solucionar este pequeño problema nosotros mismos no nos merecemos el título de nobles! Puesto que el báculo ha sido robado de la academia es responsabilidad de la misma de recuperarlo nosotros solos.

La señorita Longueville sonrió, como si hubiese estado esperando esa respuesta. El Viejo Osman tosió y comenzó a reclutar voluntarios.

—Bueno, vamos a organizar un equipo de búsqueda para encontrar a Fouquet. Aquellos que quieran unirse que levanten las varitas.

Todos los nobles se miraron unos a otros, pero ninguno levantó la varita.

—¿Nadie? Qué raro. ¿Nadie quiere ser conocido como el héroe que capturó a Fouquet de la tierra derribada?

Louise estaba entre los que agacharon la cabeza, pero decidió levantar la varita.

—¡Señorita Françoise! —exclamó sorprendida la señorita Chevreuse—. ¡No deberías hacerlo! ¡Aún eres estudiante! Por favor, deja este asunto a los profesores.

—Pero ninguno de vosotros quiere ayudar —Louise murmuró.

Saito miró a Louise con su boca abierta de par en par. El aspecto serio de Louise sumado a cómo se mordía tiernamente los labios golpeó a Saito de tal forma que quedó cautivado.

Viendo que Louise levantaba la varita, Kirche levantó la suya también con algo de desgana. El señor Colbert estaba aún más sorprendido.

—¡Señorita Zerst! —exclamó—. ¿Acaso no eres una estudiante también?

—Bueno, simplemente no puedo perder contra la familia Vallière —replicó Kirche con franqueza.

Viendo que Kirche levantaba su varita, Tabitha hizo lo mismo.

—¡Tabitha! ¡No necesitas hacer esto! ¡Es un asunto que no te atañe! —dijo Kirche.

—Estoy preocupada —se limitó a contestar Tabitha.

Sintiéndose conmovida Kirche miró a Tabitha con gratitud.

—Gracias, Tabitha —musitó Louise al mismo tiempo también.

Viendo a las tres el Viejo Osman rio.

—Bueno entonces, todo depende de vosotras ahora —dijo.

—¡Señor! ¡Director Osman! ¡Me opongo rotundamente! ¡No debemos poner en peligro la vida de ninguna estudiante!

—Bueno, ¿quieres ir tú en su lugar, señorita Chevreuse?

—Ah... em... Bueno, no me siento bien últimamente, así que...

—Ellas ya han visto a Fouquet antes. Y además, aunque la señorita Tabitha es muy joven, he oído que se le ha otorgado el título de caballero, ¿me equivoco?

Tabitha no respondió y se mantuvo callada. Todos los profesores miraron a Tabitha con asombro.

—¿Es eso cierto, Tabitha? —preguntó Kirche con un asombro similar.

Aunque el título de caballero era el más bajo que la familia imperial podía dar a una persona, Kirche estaba impresionada por que Tabitha lo hubiese podido obtener siendo tan joven. Si fuese un título como Baronesa o Marquesa, se podría obtener fácilmente adquiriendo grandes parcelas de tierra. Pero para obtener el título de caballero la persona tenía que rendir un gran servicio al país. Es un título que se daba únicamente basándose en el mérito.

De nuevo, había mucha conmoción en el interior de la cámara. El Viejo Osman continuó y miró a Kirche.

—La señorita Zerbst de Germania viene de una familia que se ha distinguido por sus héroes de guerra y ella misma posee gran dominio de la magia de fuego.

Kirche se atusó el pelo con confianza. Louise, pensando que le tocaba a ella ser halagada prestó atención. El Viejo Osman estaba en un aprieto. No había casi nada que destacar de Louise.

—¡Ejem! —carraspeando, Osman fijó su vista en Louise—, esto... la señorita Vallière procede de la prestigiosa familia Vallière, una familia conocida por sus magos. Y... será una maga prometedora en el futuro... y en lo referente a su familiar... —Posando su vista en Saito, Osman continuó— incluso siendo un plebeyo ha vencido al hijo del General Gramont, Guiche de Gramont, en combate.

«Y si es de veras el legendario Gandálfr, Fouquet *de la tierra derribada* no será un

adversario digno para él» pensó el viejo Osman para sí mismo.

—¡Sí! ¡Sí! Porque él es el legendario familiar Gand... —añadió entusiasmado el señor Colbert.

El Viejo Osman cubrió con rapidez la boca de Colbert antes de que pudiese acabar la frase.

—Ah... ¡Ja, ja, ja! ¡No sabe lo que dice! Je, je.

Reinó de nuevo el silencio. Entonces el Director Osman habló en tono solemne.

—Si alguien cree que es más capaz que las tres personas mencionadas que dé un paso adelante.

Nadie se adelantó. Así pues, el Viejo Osman se giró hacia el grupo de cuatro.

—¡La academia espera la captura de Fouquet! —exclamó.

Louise, Kirche y Tabitha se pusieron firmes.

—¡Juramos ante nuestras varitas que capturaremos a Fouquet! —dijeron.

Tras eso, cogieron los bordes de sus faldas e hicieron una reverencia. Saito hizo lo mismo con rapidez. Como no llevaba falda, se cogió la parte inferior de su chaqueta.

—Bueno, entonces preparad el carruaje y partid inmediatamente. Debéis conservar las energías antes de llegar a vuestro destino.

—Señorita Longueville, ¿podrías ir con ellos, por favor?

—Sí, Director Osman. Quería ir con ellos también —dijo la señorita Longueville.

Así pues, bajo el liderazgo de la señorita Longueville los cuatro partieron con celeridad.

Aunque era considerado un carruaje no era más que un carro corriente con planchas de madera puestas como asiento. La ventaja era que si resultaban atacados podrían saltar del carruaje sin problemas. La señorita Longueville se encargaba de conducir.

—Señorita Longueville, este trabajo lo podría hacer un plebeyo. ¿Por qué lo haces tú misma? —preguntó Kirche a la silenciosa Longueville que se concentraba en las riendas.

La señorita Longueville sonrió.

—No pasa nada —respondió—. No soy noble de todas maneras.

Kirche se calló un momento y preguntó de nuevo.

—¿Pero acaso no eres la secretaria del Director Osman?

—Sí, lo soy. Pero el Viejo Osman no es una persona a la que le importan los rangos de una persona cuando requiere ayuda, sea noble o plebeyo.

—Si es posible, cuéntame cómo perdiste tu posición, por favor.

Pero la señorita Longueville se limitó a sonreírle a Kirche. Parecía que la conversación había terminado.

—Por favor, dímelo, aunque sea un poquito —Kirche insistió mientras se inclinaba cada vez más hacia la señorita Longueville. Entonces alguien la cogió del hombro. Era Louise. Kirche se dio la vuelta— ¿Qué es lo que quieres, Vallière?

—Para ya. Deja de hurgar en el pasado de la gente.

—Hmpf, me aburro. Por eso necesito alguien con quien hablar. —contestó Kirche mientras ponía sus manos detrás de su cabeza y se recostaba contra un lado del carruaje.

—No sé si se aplica a tu país, pero en Tristain, es un acto vergonzoso forzar a alguien a revelar algo que no quiere decir.

Kirche no respondió. Se levantó, se sentó con las piernas cruzadas y comenzó a hablar.

—La culpa es de tu ímpetu que me ha metido en este lío. Capturar a Fouquet.

Louise miró enfadada a Kirche.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso no fuiste voluntaria?

—Si hubieses venido sola, ¿acaso no estaría Saito en peligro también? ¿Tengo razón, Louise *la Zero*?

—¿Por qué dices eso?

—De todas maneras, si un gran golem apareciese de nuevo seguro huirías a la retaguardia y dejarías que Saito hiciese todo el trabajo, ¿me equivoco?

—¿Por qué huiría? ¡Usaría mi magia! ¡Qué te crees!

—¿Tú? ¿Usando magia? ¡Esa sí que es buena!

Las dos comenzaron a encararse de nuevo. Tabitha seguía leyendo su libro.

—¡Ya basta! ¿Por qué no paráis las dos? —interrumpió Saito. Kirche hizo un gesto.

—Hmpf, pararé —dijo—. No soy yo la defectuosa de todas maneras —Louise se mordió los labios.

—Bueno, entonces cariño esto es para ti. —Kirche miró a Saito de forma seductora y puso en sus manos la espada que ella le había comprado.

—¡Wow! ¡Gracias! —dijo Saito mientras cogía la espada.

—Gané ese duelo, ¿o tienes algo que objetar? ¿Louise *la Zero*?

Louise les miró a ambos, pero se mantuvo en silencio.

De repente todo se oscureció. El carruaje había entrado al bosque. La oscuridad y un olor raro que invadía el bosque les hizo estremecer.

—Tendremos que caminar a partir de aquí —dijo la señorita Longueville.

El grupo bajó del carruaje y procedió a caminar por el estrecho sendero que conducía al corazón del bosque.

—Tengo miedo a la oscuridad y no me gustan los sitios como este —dijo Kirche mientras pasaba sus brazos alrededor de Saito.

—¿Podrías alejarte un poquito de mí?

—¡Pero tengo miedo! —dijo Kirche con una reacción bastante exagerada. Se olía su mentira a kilómetros.

Saito miró preocupado a Louise. Ella giró su cabeza.

—¡Hmpf!

El grupo llegó a un claro en el bosque. Era parecido al tamaño del Jardín Vestri y en el medio había una casa abandonada. La casa estaba construida con madera con una cocina corroída. Junto a ella había un pequeño almacén. El grupo se escondió detrás de unos arbustos y observó la casa.

—Por la información que he obtenido este debe de ser el lugar —dijo la señorita Longueville mientras señalaba a la cabaña.

—Parece que no hay nadie dentro. ¿De verdad que Fouquet se esconde ahí?

El grupo empezó a discutir usando palos para dibujar su plan de batalla en el suelo. Todos estaban de acuerdo en que lo mejor era una emboscada. Mejor incluso si estaba durmiendo.

Primero, necesitarían echar un vistazo alrededor de la casa para saber qué estaba pasando dentro de ella. Después, si Fouquet estuviera dentro el explorador lo sacaría fuera porque dentro de la casa no había suficiente tierra para crear un golem de tierra. Una vez fuera, el resto invocarían su magia contra él dejándole sin posibilidad de invocarlo.

—¿Entonces quién lo atraerá fuera? —preguntó Saito.

—El que tenga mejores reflejos —Tabitha respondió.

Todos miraron a Saito.

—¿Yo? —Saito suspiró. Desenvainó la espada que Kirche le había dado. Las runas en su mano izquierda comenzaron a brillar. Al mismo tiempo, Saito sintió su cuerpo ligero como una pluma.

Saito se movió más cerca de la casa y echó un vistazo a través de una ventana.

Sólo había una habitación en toda la casa con una mesa y una silla reclinable que estaban cubierta de polvo. También había una botella de vino en la mesa y en una esquina de la habitación había una pequeña chimenea encendida. No había nadie dentro y parecía que no había sitio posible para esconderse dentro de la casa. «¿Acaso se había ido ya de ese escondite?»

Pero su oponente era Fouquet, un mago de tipo triángulo. Así que podía esconderse dentro incluso si parecía no haber sitio para ello. Así que Saito decidió llamar a los demás.

Saito usó su mano para hacer una 'X' encima de su cabeza, un signo para decir que la casa estaba vacía. El resto del grupo que se escondía se aproximó con cuidado a la casa.

—No hay nadie dentro —dijo Saito mientras señalaba a la ventana.

Tabitha movió su varita cerca de la puerta.

—No hay trampas —murmuró Tabitha.

Ella abrió la puerta y entró en la casa. Kirche y Saito la siguieron y entraron a su vez. Louise dijo que ella haría guardia y se quedó detrás. La señorita Longueville dijo que investigaría el área alrededor y desapareció.

El grupo de Saito comenzó a buscar pistas que les indicaran dónde había ido Fouquet. Entonces, Tabitha encontró una caja. Era el Báculo de la Destrucción.

—El Báculo de la Destrucción —dijo Tabitha mientras lo cogía.

—¿No ha sido demasiado fácil? —exclamó Kirche.

Saito miró al Báculo de la Destrucción.

—Kirche, ¿de verdad es esto el Báculo de la Destrucción? —dijo con sorpresa.

Kirche asintió.

—Sin duda. Lo vi una vez cuando di una vuelta por la cámara del tesoro —dijo.

Saito cogió el Báculo y lo examinó de cerca.

—Si no me equivoco esto es un...

Justo entonces Louise, que estaba haciendo guardia fuera de la casa, dio un grito aterrador.

—¡¡¡Ah!!!

—¿¡Qué pasa, Louise!?

Justo cuando todo el mundo miraba afuera de la casa, se oyó un ruido chirriante. ¡Crack! De repente, la casa se quedó sin tejado y todo el mundo miró hacia arriba. En vez de techo había un golem gigante.

—¡Es un golem de tierra! —gritó Kirche.

Tabitha fue la primera en reaccionar. Moviendo su bastón comenzó a entonar sus encantamientos. Un remolino apareció de su bastón y golpeó al golem. Después de que el remolino desapareciese el golem no sufrió daño alguno. Siguiendo a Tabitha, Kirche sacó su varita oculta en su capa y comenzó a su vez a entonar. Una bola de fuego salió de su varita y envolvió al golem. Aunque toda la criatura estaba en llamas no parecía ser afectado por el fuego.

—¡Es demasiado para nosotros! —gritó Kirche.

—Retirada —dijo Tabitha con voz suave.

Kirche y Tabitha salieron corriendo por diferentes lados de la casa. Mientras tanto, Saito buscaba a Louise.

—¡Allí!

Louise se quedó detrás del golem, entonó algo y apuntó con su varita. Algo explotó en la superficie del golem. ¡Era la magia de Louise! El golem se dio cuenta, miró hacia atrás y se enfrentó a Louise. Saito estaba de pie cerca de la puerta a unos 20 metros de donde estaba Louise.

—¡Corre! ¡Louise! —gritó.

Louise se negó.

—¡No! Si consigo hacerlo nadie me volverá a llamar Louise *la Zero* nunca más.

Louise parecía hablar en serio. El golem sacudió su cabeza, decidiendo si enfrentarse a Louise o ir a por Tabitha y Kirche que estaban escapando.

—¡Mira la diferencia de tamaño entre tú y el golem! ¡Es imposible que ganes!

—No lo sabré hasta que lo intente.

—¡Es demasiado! ¡Es imposible!

Louise miró a Saito.

—¿Eso no lo has dicho tú antes? —contestó.

—¿Qué?

—Cuando las Valquirias de Guiche te estaban dando una paliza te volvías a levantar y decías que no querías bajar la cabeza o si no nunca ganarías.

—Sí, lo dije, pero...

—Yo siento lo mismo. Aunque no me sale nada bien es una cuestión de orgullo. Si salgo huyendo ahora la gente dirá 'es porque es Louise *la Zero*, por eso huyó'.

—¿Acaso importa? ¡Deja que la gente diga lo que quiera!

—Pero soy una noble. Los nobles pueden usar magia —Louise apretó su varita con fuerza—. Y los nobles nunca le dan la espalda a un enemigo.

El golem decidió que se encargaría de Louise primero y levantó la pierna, listo

para aplastarla. Louise levantó su varita hacia el golem y volvió a entonar, pero falló a pesar de que había usado 'bola de fuego'. Entonces una pequeña explosión apareció en el pecho del golem y pequeños fragmentos de tierra saltaron de su pecho. El golem no sintió efecto alguno tras el ataque. Saito cogió su espada y corrió hacia Louise. Ella vio el pie del golem aproximándose cada vez más. Cerró los ojos y se preparó para lo peor. En ese instante Saito llegó con la velocidad del viento, la cogió y ambos rodaron lejos del pisotón del golem. Saito abofeteó la cara de Louise.

—¿Es que quieres morir? — Louise miró a Saito, aturdida—. ¡Al infierno tu orgullo de noble! ¡Si mueres nada tendrá sentido! ¡Idiota!

Las lágrimas comenzaron a aflorar de los ojos de Louise como una catarata.

—¡Por favor! ¡No llores!

—Pero... pero no puedo fallar. Siempre me tratan como una inútil los demás.

Mirando la cara cubierta de lágrimas de Louise, Saito sintió lástima. «Llamada constantemente *la Zero* y siendo tratada como una idiota nadie podía permitirse el fallar de esa manera». Recordó su batalla con Guiche. Louise lloró aquella vez también. Incluso aunque Louise es cabezota y marimandona en realidad odia las peleas y tampoco es buena en ellas. «Sólo es una chica». La hermosa cara de Louise ahora está cubierta de lágrimas, como una chiquilla llorona. Pero este no es momento de consuelos.

Saito giró la cabeza y vio al golem levantando el puño preparado para aplastarlos.

—¿No puedes ni siquiera consolarme un poco? —protestó Louise mientras Saito la cargaba y escapaban.

El golem los persiguió y aunque no era nada ágil su velocidad estaba a la par con la de Saito.

El dragón de viento de Tabitha aterrizó justo delante de Saito para ayudarles a escapar.

—Montad —dijo Tabitha.

Saito puso a Louise en la espalda del dragón.

—¡Tú también! ¡Vamos! —dijo Tabitha con urgencia a Saito algo raro en ella. Pero Saito no subió. En vez de eso, corrió hacia el golem.

—¡Saito! —gritó Louise.

—¡Huid volando! —gritó Saito.

Tabitha miró a Saito con cara de póquer por un momento y después obligó a Sylphid a levantar el vuelo al aproximarse el golem.

¡Plas! El puño del golem se estampó contra el lugar donde estaba Saito. Él saltó y esquivó el golpe justo a tiempo. El golem levantó el puño del suelo y un cráter de un

metro apareció.

—¡No llores si no puedes aguantar la derrota, estúpida! —murmuró para sí mismo— ¡Esto me hace sentir que de verdad estoy haciendo algo por ti!

Saito se encaró al golem

—¡No me mires por encima del hombro! ¡Sólo eres un montón de tierra! —desenvainó su espada— ¡Yo soy el familiar de Louise!

—¡Saito! —Louise intentó saltar desde Sylphid que seguía volando, pero Tabitha la detuvo. —¡Saito, por favor! —Louise le suplicó.

Tabitha ladeó la cabeza.

—Es imposible acercarse.

Si Sylphid intentara acercarse el golem lo atacaría. Así que Tabitha no pudo aproximarse a Saito ni un poco.

—¡Saito! —Louise gritó nuevamente.

Louise vio a Saito sosteniendo su espada para enfrentarse al golem. El golem se movió y dio un puñetazo. Y en el proceso el puño se convirtió en uno de metal. Saito esquivó el ataque con su espada. ¡Crash! La espada se rompió desde la empuñadura debido al impacto. Saito se quedó de piedra. «¿Realmente esta era la espada echada por el famoso alquimista germaniano Lord Shupeí? ¡Es inservible!»

Sin un arma, todo lo que Saito podía hacer era evadir el ataque del golem. Louise desesperó viendo que Saito estaba en problemas. «¿No hay forma de ayudarlo?» En ese momento, Louise se percató del Báculo de la Destrucción que Tabitha sostenía.

—¡Tabitha! ¡Pásamelo!

Ella asintió y le pasó el Báculo de la Destrucción a Louise. El Báculo de la Destrucción tenía una forma inusual, una que Louise nunca había visto antes. Pero como la magia de Louise no funcionaba ahora sólo dependía del báculo. Louise cerró sus ojos y respiró profundo. Abriendo sus ojos de nuevo miró a Tabitha.

—¡Tabitha! ¡Usa levitación en mí! —Y saltó de la espalda de Sylphid. Tabitha lanzó 'levitación' en Louise.

Bajo el efecto del hechiz, Louise descendió lentamente y, mirando a Saito y al golem, agitó el Báculo de la Destrucción. No pasó nada. El báculo no respondió.

—¿¡Esto realmente es un báculo mágico!? —Louise gritó desesperada—. ¿Hay que hacer algo en especial para activarlo?

Saito observó a Louise mientras descendía. Estaba sorprendido. «¿Por qué volvió? ¡Habría sido mejor que se quedara en el dragón!»

Al mismo tiempo Saito vio el Báculo de la Destrucción que Louise tenía en sus

manos. Parece que Louise no sabía cómo usarlo y sólo lo estaba moviendo de aquí para allá. Saito corrió hacia donde estaba Louise. «¡Si pudiéramos usar esto tal vez derrotaríamos al golem!»

—¡Saito! —Louise gritó a Saito, que venía corriendo hacia ella.

Saito le quitó el Báculo de la Destrucción a Louise.

—¡No sé cómo usar esto!

—¡Así es como se debe utilizar!

Saito tomó el Báculo de la Destrucción, le quitó el asa, abrió la cubierta trasera y sacó y extendió el tubo interno. «¿Cómo sé hacer esto? Pero ahora no es el momento para pensar». La vista telescópica del tubo salió y Saito apuntó. Viendo su habilidad a la hora de manejar el Báculo de la Destrucción, Louise estaba demasiado sorprendida como para decir algo. Saito colocó el Báculo de la Destrucción en su hombro y apuntó hacia el golem. Debido a la poca distancia entre él y el golem, Saito decidió apuntarle a bocajarro. «Al estar tan cerca, el rango de armado puede no alcanzarse y si disparo es posible que no explote» — Saito agitó la cabeza — «¡Olvídate de eso y sólo inténtalo!»

—¡No te quedes detrás del báculo! ¡Habrà una explosión! —gritó Saito a Louise.

Saito colocó el Báculo de la Destrucción en su hombro y apuntó el frente del báculo hacia el golem. Louise se quitó del medio rápidamente. El golem se acercaba cada vez más a Saito. Saito quitó el seguro y disparó el arma. Inmediatamente, un fuerte trueno salió del báculo y el proyectil alado voló hacia el golem. El proyectil se encontró con el golem en una increíble explosión. Saito cerró sus ojos instintivamente.

Se escuchó un ruido ensordecedor y la parte superior del golem se pulverizó y salió volando en todas direcciones provocando una lluvia de tierra. Saito abrió los ojos lentamente.

Mientras, el humo de la explosión se disipaba sólo quedaba de pie la parte inferior del golem. Lo que quedaba dio un paso más antes de dejarse de mover y caer finalmente de rodillas. Entonces empezó a desmoronarse lentamente desde la cintura y volvió a su estado original: tierra.

Justo como la última vez el golem se redujo a una montaña de tierra. Louise, que presenció todo, sintió cómo sus piernas se debilitaban y se sentó en el suelo.

Kirche, que se escondía tras los arbustos, salió corriendo. Saito finalmente dejó salir un suspiro de alivio. Kirche abrazó a Saito.

—¡Saito, mi amor! ¡Lo lograste! —dijo.

Sylphid, que llevaba a Tabitha, descendió. Tabitha observaba la montaña de tierra cuando preguntó.



—¿Dónde está la señorita Longueville?

Justo en ese momento, todos se dieron cuenta de que la señorita Longueville no estaba. Y en ese instante la señorita salió del bosque.

—¡Señorita Longueville! ¿Descubrió desde dónde Fouquet controlaba el golem?

—preguntó Kirche.

La señorita Longueville ladeó la cabeza. Los cuatro empezaron a investigar la montaña de tierra buscando pistas. Saito las miró y luego miró el Báculo de la Destrucción. «¿Por qué esta cosa apareció en este mundo?» pensó.

Cuando estaba pensando la señorita Longueville le quitó el Báculo de la Destrucción a Saito.

—¿Señorita Longueville? —preguntó Saito confundido.

La señorita se alejó, aumentando la distancia entre ella y el grupo.

—¡Gran trabajo, gente! —exclamó.

—¡Señorita Longueville! —gritó Kirche—. ¿Qué está haciendo?

Louise miró fijamente a la señorita. Longueville. Estaba demasiado sorprendida para decir algo.

—Todo este tiempo era yo la que controlaba el golem.

—¿Qué? Eso quiere decir que vos es...

La señorita Longueville se quitó las gafas. La que alguna vez fue una expresión de ternura ahora era una de sed de sangre.

—Sí, yo soy Fouquet *de la tierra derribada*. El Báculo de la Destrucción es realmente poderoso. ¡Pudo derrotar a mi golem de un golpe!

Fouquet sostuvo el Báculo de la Destrucción en su hombro como Saito había hecho. Tabitha agitó su bastón y empezó a recitar.

—¡Que nadie se mueva! Os estoy apuntando con el Báculo de la Destrucción. Bajad vuestras varitas ahora.

No tuvieron más opción que obedecer. Sin sus varitas no podían lanzar hechizos.

—Señor *familiar ágil*, por favor, baja tu espada rota también. Eres una amenaza para mí si la sostienes.

Saito obedeció sus órdenes y bajó la espada.

—¿Por qué? —preguntó Louise enojada.

—Mm, es mejor que os lo explique, así podréis descansar en paz —dijo Fouquet con una sonrisa coqueta en su cara—. Me había apoderado del Báculo de la Destrucción, pero no tenía idea de cómo utilizarlo.

—¿Cómo usarlo?

—Sí. No importa cuánto lo agitará o le aplicará magia; no respondía. Me frustré. Después de todo, si no sabía cómo utilizarlo sería tan útil como un adorno. ¿No crees?

Louise quería correr hacia Fouquet, pero Saito la detuvo.

—¡Saito!

—Déjala terminar.

—Qué considerado, señor Familiar. Entonces continuaré. Ya que no sabía cómo usarlo, la única opción era dejar que otras personas me mostraran cómo utilizarlo.

—Y por eso nos trajiste aquí.

—Al ser estudiantes de la academia puede haber una posibilidad de que alguien sepa cómo utilizar el Báculo.

—Si ninguno de nosotros hubiera sabido cómo usar el Báculo de la Destrucción, ¿qué habrías hecho?

—Si ese hubiera sido el caso todos habríais sido aplastados por mi golem. Después habría traído a otro grupo de estudiantes. Pero gracias a vosotros finalmente sé cómo utilizar el Báculo de la Destrucción.

Fouquet sonrió.

—Aunque haya pasado poco tiempo con vosotros me lo pasé bien. Adiós — sentenció.

Kirche sintiéndose condenada cerró los ojos. Tabitha y Louise cerraron sus ojos también. Pero Saito no lo hizo.

—Eres muy valiente.

—Bueno, de hecho no es valentía —contestó Saito.

Fouquet presionó el gatillo tal como Saito había hecho. Pero la magia que había ocurrido antes no apareció nuevamente.

—¿Eh? ¿Por qué? —Fouquet presionó el gatillo otra vez.

—Sólo tenía un disparo, no funcionará más.

—¡¿Qué quieres decir con “un disparo”?! —gritó Fouquet enfadada.

—Aunque te lo explicara no lo entenderías. Esto no es un báculo mágico de tu mundo.

—¿Qué has dicho? —Fouquet dejó caer el Báculo de la Destrucción y cogió su varita. Saito se movió tan rápido como un rayo, y golpeó el estómago de Fouquet con la empuñadura de la espada—.

—Esta es un arma de mi mundo. Mm, para ser precisos es un lanzamisiles M72.

Fouquet cayó al suelo y Saito tomó el Báculo de la Destrucción.

—¿Saito? —Louise y las otras dos le miraron.

—Hemos atrapado a Fouquet y recuperamos el Báculo de la Destrucción.

Louise, Kirche y Tabitha se miraron las unas a las otras y entonces corrieron hacia Saito. Saito, un poco confuso, las abrazó a las tres juntas.

Dentro de la oficina del director, el Viejo Osman escuchó al grupo contar lo que había sucedido.

—Mm... así que la señorita Longueville es Fouquet de la tierra derribada. Como es tan bonita no lo pensé dos veces al momento de contratarla como mi secretaria.

—¿Cómo fue que la contrató? —preguntó el señor. Colbert que también estaba presente.

—En una taberna. Yo era un cliente y ella una mesera. La acaricié lentamente desde sus manos hasta sus nalgas.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó nuevamente el señor Colbert.

El Viejo Osman confesó apenado:

—Como no se enfadó conmigo después de lo que hice le pregunté si quería ser mi secretaria.

—¿Por qué? —siguió preguntando desconcertado.

—¡Da igual! —gritó el Viejo Osman, con un vigor inapropiado para un anciano. Empezó a toser y después prosiguió—. También podía usar magia.

—Sí, magia que mata —marmulló el señor Colbert para él mismo.

El Viejo Osman tosió nuevamente y dirigió sus palabras de forma educada al señor Colbert.

—Ahora que lo pienso, la razón por la que Fouquet me permitió tocarla por todas partes, por la que me servía vino felizmente y por la que me decía que era un hombre apuesto mientras estuve en la taberna fue sólo para infiltrarse en la academia. Todos esos halagos fueron probablemente mentiras.

Después de escuchar esto, el señor Colbert recordó inmediatamente que Fouquet también lo había convencido una vez y había revelado la debilidad de las paredes de la cámara. El señor Colbert decidió que se llevaría ese secreto con él a la tumba.

—Sí. Las mujeres hermosas son magas letales.

Saito, Louise, Kirche y Tabitha los miraban indiferentemente. Percatándose de cómo lo miraban sus estudiantes, un apenado Osman aclaró su garganta y recobró su compostura solemne.

—Buen trabajo el de vosotros. Han recuperado el Báculo de la Destrucción y han capturado a Fouquet.

Las tres, excepto Saito, agradecieron orgullosamente.

—Fouquet será entregada a los guardias de la ciudad y el Báculo de la Destrucción regresará a la cámara del tesoro. Finalmente se cierra el caso.

Acariciando amablemente la cabeza de las tres, Osman continuó.

—Le he pedido a la corte imperial que les otorgue el título de caballeros, pronto tendremos la respuesta. Y ya que Tabitha ya tiene ese título pedí que se le diera el Medallón del Elfo.

La cara del trío se iluminó tras escuchar las noticias.

—¿En serio? —dijo Kirche sorprendida.

—Sí. Ya han hecho más que suficiente para merecer el título. ¿No es así?

Louise miró a Saito que parecía indiferente desde que entró al despacho.

—Viejo Osman, ¿Saito no recibirá nada?

—No, eso me temo. Porque no es un noble.

—No necesito nada —contestó Saito.

El Viejo Osman juntó sus manos.

—Casi lo olvido. Hoy se celebrará el baile de Frigg como estaba planeado puesto que hemos recuperado el Báculo de la Destrucción.

La cara de Kirche se iluminó.

—Es cierto. ¡Olvidemos a Fouquet y bailemos toda la noche!

—La atracción principal del baile seréis las tres. ¡Así que apresúrense y arréglen-se!

Las tres hicieron una reverencia y salieron de la habitación. Louise se detuvo y miró a Saito.

—Tú ve primero —Saito le dijo a Louise.

Aunque Louise estaba un poco preocupada asintió y salió de la habitación.

Osman miró a Saito.

—¿Tienes algo que preguntarme?

Saito asintió.

—Por favor, pregunta. Trataré de responder a tu pregunta con todos mis conocimientos. Ya que no pude otorgarte un título esto es lo mejor que puedo hacer para agradecerte.

A continuación pidió al señor Colbert que saliera. El señor Colbert, que estaba esperando que Saito hablara, no se mostró complacido por tener que salir de la habitación.

Después de que el señor Colbert salió, Saito habló.

—Eso, el Báculo de la Destrucción, era originalmente de mi mundo.

Los ojos de Osman brillaron.

—¿Originalmente de tu mundo?

—No soy de este mundo.

—¿Es eso cierto?

—Lo es. Fui transportado a este mundo debido a la invocación de Louise.

—Ya veo. Si ese es el caso... —Osman entrecerró sus ojos.

—El Báculo de la Destrucción era un arma de mi mundo. ¿Quién fue el que lo trajo a este?

Osman suspiró y dijo:

—El que me entregó el Báculo de la Destrucción fue mi salvador.

—¿Dónde está esa persona ahora? Sin duda es del mismo mundo que yo.

—Murió. Eso fue hace más de treinta años.

—¿Qué?

—Hace treinta años, mientras daba un paseo por el bosque, fui atacado por un dragón de dos cabezas. El que me salvó era el dueño del Báculo de la Destrucción. Usó otro Báculo de la Destrucción para matar al dragón y luego se desmayó. Ya estaba herido. Lo llevé a la academia y traté sus heridas. Pero no sirvió de nada.

—¿Y murió?

El Viejo Osman asintió.

—Enterré el báculo que él había usado junto a él. Al otro lo nombré 'Báculo de la Destrucción' y lo guardé en la cámara en conmemoración de quien me salvó. —Osman miró a la lejanía—. Todo el tiempo que estuvo en cama hasta el día en que murió seguía repitiendo '¿Dónde estoy? Quiero regresar a mi mundo'. Supongo que era del mismo mundo que el tuyo.

—¿Entonces quién lo trajo a este mundo?

—No lo sé. Hasta el último momento nunca supe cómo había llegado aquí.

—¡Maldición! Justo cuando pensaba que tenía una pista —se lamentó Saito.

La pista lo había guiado a un callejón sin salida. El salvador de Osman era probablemente un soldado de su país. «¿Pero cómo terminó en este mundo?» Aunque Saito realmente quería saberlo no había forma de enterarse de más.

Osman sostuvo la mano izquierda de Saito.

—Las runas en tu mano...

—Oh, sí. También le quería preguntar sobre eso. Cuando las runas se iluminan

puedo usar perfectamente cualquier arma. No sólo espadas, sino hasta armas de mi mundo.

Osman reflexionó por un momento.

—Eso ya lo sabía. Esa son las runas de Gandálfr, el familiar legendario.

—¿Las runas del familiar legendario?

—Sí. Gandálfr era un familiar legendario que podía usar cualquier arma. Esa es probablemente la razón por la que pudiste usar el Báculo de la Destrucción.

Saito estaba confundido.

—Entonces, ¿por qué soy yo el familiar legendario?

—No lo sé —respondió Osman rápidamente—. Lo siento, pero hay una posibilidad de que las runas de Gandálfr estén relacionadas con que hayas sido transportado a este mundo.

—Ains —suspiró Saito.

Saito pensó que podría obtener las respuestas que quería del director, pero aparentemente él tampoco sabía mucho.

—Siento que no pueda ser de más ayuda. ¡Siempre estaré de tu lado, Gandálfr!

—Osman abrazó a Saito—. Debo agradecerte una vez más por devolver la posesión de mi salvador.

—No hay problema... —dijo Saito un poco cansado.

—Intenté averiguar cómo llegaste a este mundo, pero...

—¿Pero qué?

—Pero no pude encontrar nada, por favor, no te preocupes. Te acostumbrarás a este mundo a medida que pase el tiempo. Quizá hasta encuentres una esposa aquí.

Saito suspiró nuevamente. La pista para regresar a su mundo original se escapó de sus manos así de fácil.

En la planta superior del Comedor Alvíss hay un gran salón. Ahí es donde el baile se llevaba a cabo. Saito se apoyó en la baranda del balcón y observó la gran recepción. Los estudiantes y los profesores vestidos elegantemente se reunían alrededor de mesas llenas de exquisita comida y charlaban entre ellos. Saito llegó a ese lugar por unas escaleras que guiaban al balcón. Al verlos Saito sintió que no encajaba y por eso decidió no entrar.

Junto a Saito había un poco de comida y una botella de vino que Siesta le había

traído antes. Saito se sirvió un poco de vino en una copa y bebió.

—Eh, ¿no has tomado mucho? —dijo Derflinger un poco preocupado apoyado en el balcón.

Como la espada que Kirche le dio a Saito se rompió durante la pelea, Saito trajo a Derflinger por protección. Como siempre era un malhablado, pero tenía una personalidad despreocupada, así que tenerlo como compañía tenía sus beneficios.

—Eres escandaloso. Y pensar que había encontrado la manera de volver a casa. Al final sólo es un sueño. ¿No puedo beber para ahogar mis penas?

Justo antes de que empezara el baile Kirche, que usaba un hermoso vestido de noche, acompañaba a Saito. Pero cuando el baile empezó desapareció. Saito no tuvo más opción que usar a Derflinger como compañero para evitar aburrirse.

En el medio de la pista de baile Kirche estaba rodeada por un grupo de jóvenes hablando y riendo. Aunque Kirche prometió bailar con él pasaría un tiempo antes de que pudiera hacerlo. Tabitha, con un vestido negro, se daba un banquete con la exquisita comida que estaba en la mesa. Parece que todos disfrutaban al máximo del baile.

Las puertas del gran salón se abrieron y Louise apareció. Los guardias en la puerta informaron a todos de la llegada de Louise.

—¡La hija del Duque Vallière, Louise Françoise Le Blanc de La Vallière, ha llegado!

Saito contuvo la respiración. Louise llevaba un vestido de noche blanco con su largo cabello color fresa recogido en cola de caballo. Sus manos estaban cubiertas con unos guantes de un blanco puro que enfatizaban su esplendor. Su pequeña cara con su vestido escotado la hacían brillar como una gema.

Después de confirmar que la invitada había llegado, los músicos empezaron a tocar una música que era increíblemente tranquilizadora. Alrededor de Louise sólo había hombres cautivados por su belleza pidiéndole que bailara con ellos. Anteriormente, nadie había notado la belleza de Louise y sólo pensaban en ella como Louise *la Zero*. Ahora, el mismo grupo de hombres intentaba ganar su corazón.

Los nobles empezaron a bailar elegantemente en la pista de baile. Louise rechazó la invitación de bailar, vio a Saito en el balcón y se dirigió hacia allá. Louise, con los brazos en su cintura, estaba de pie frente al ligeramente borracho Saito.

—Parece que te diviertes —dijo.

—Realmente no —Saito apartó su mirada de la deslumbrante Louise. Pensó que tenía suerte de que Louise no se percatara de que él estaba sonrojado tras tomar un poco de vino.

Derflinger miró a Louise y dijo:

—Ja, ja. ¡La ropa sí que hace al hombre!

—No es de tu incumbencia —Louise miró a la espada y cruzó los brazos—.

—¿No vas a bailar? —preguntó Saito evitando la mirada de Louise.

—No tengo compañero de baile —contestó Louise.

—¿No te acabó de invitar ese montón de gente? —preguntó Saito. Louise no respondió y extendió la mano—. ¿Eh?

—Aunque eres sólo un familiar, haré una excepción —dijo la sonrojada Louise mientras evitaba la mirada de Saito.

—¿No querrás decir, '¿Me permite este baile?' —dijo Saito mientras también evitaba la mirada de Louise.

Después de un momento de silencio, Louise suspiró.

—¡Sólo por hoy! —dijo.

Louise sostuvo los bordes de su vestido e hizo una reverencia.

—¿Me concede este baile, señor?

Esto hizo parecer a la tímida Louise aún más linda y cautivadora que antes. Saito, sostuvo la mano de Louise temblando y juntos caminaron hasta la pista de baile.

—Nunca he bailado antes —dijo Saito.

—Sólo sigue el ritmo —dijo Louise y tomó la mano de Saito amablemente.

Saito imitó a Louise y siguió su ritmo. A Louise no parecía importarle que Saito bailara tan tieso como un palo de escoba y se concentró en bailar.

—Saito, ahora te creo —dijo.

—¿Qué?

—Dijiste que eras de otro mundo —respondió Louise mientras bailaba elegantemente.

—¿Eh? ¿Antes no me creías?

—Originalmente tenía mis dudas de lo que decías, pero el Báculo de la Destrucción es un arma de tu mundo, ¿cierto? Cuando vi lo que hiciste sólo me quedaba creer en ti —Louise bajó la cabeza. ¿Quieres regresar?

—Sí. Quiero regresar, pero como no hay forma de hacerlo. Me tendré que acostumbrar a vivir aquí.

—Tienes razón —murmuró Louise y continuó bailando.

Después de eso Louise seguía sonrojada y no se atrevía a mirar a Saito.

—Gracias —murmuró abruptamente.

Tras escuchar eso, Saito se sintió confundido. «¿Por qué actúa tan rara hoy?»

—Bueno, ¿no me salvaste cuando casi me aplasta el golem de Fouquet? —con-



testó Louise.

Los músicos tocaron una melodía más alegre. Poco a poco Saito se estaba animando. «Algún día podré regresar a casa, pero estar aquí no está del todo mal. Louise está muy amable hoy, debería bastarme».

—De nada. Eso es lo que se supone que debo hacer.

—¿Por qué?

—Porque soy tu familiar.

Louise sonrió. Derflinger, que seguía en el balcón, los miró a ambos.

—¡Increíble! —se dijo a sí mismo.

Las lunas gemelas en el cielo iluminaban la pista de baile y, junto a la luz de las velas, creaban una atmósfera romántica en la pista de baile.

—¡Compañero! ¡Me asombras! ¿Un familiar bailando con su amo? ¡Esa es la primera vez que veo algo así! — exclamó mientras su camarada bailaba con su ama.